

ANNA DONNER



*Quiero un  
Príncipe Inglés*

© *Anna Donner Rybak*

Montevideo-Uruguay

*Mayo 2019*

Diseño de portada © *Natalia Rudomin*

ISBN 978-9974-94-422-0

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sin el permiso previo por escrito del autor.

Quiero  
un  
Príncipe  
Inglés  
Anna Donner

Verte Bien.

Para verte bien no tenés que medir 90-60-90, esta es una idea incisiva que lleva a muchas mujeres a la desesperanza. Es que todas las modelos de pasarela son unas flacas escuálidas, no entiendo todavía por qué los diseñadores de moda las siguen eligiendo así. Como *Twiggy*.

*Twiggy* nació en Londres en 1949. Pesaba 40 kilos y medía 1.68. Dicen que la descubrió un hombre que la vio trabajando en un salón de peluquería: —Deja de morderte las uñas, Twigs —¿Cómo me has llamado? —“Twiggy”, Ramita. Eres tan delgada... y si te conviertes en modelo profesional, deberás adoptar ese nombre —. *Twiggy* brilló en la década del 60, se convirtió en un ícono de la cultura pop y fue inmortalizada por Andy Warhol. Fue apodada como “El Rostro de 1966” con tan sólo 17 años. A partir de su descubrimiento, los cánones de belleza de la época cambiaron: la mujer curvilínea fue reemplazada por una extremadamente delgada. Dicen que *Twiggy* fue la primer supermodelo del mundo. El mundo de la moda hace que las mujeres quieran imitar a modelos esqueléticas. El recién fallecido Karl Lagerfeld decía: “Nadie quiere ver gordas en las pasarelas”.

Para verte bien no necesitás usar ropa cara, ni de marca, podés tener la ropa más cara del mundo y de todos modos, verte ridícula.

Para verte bien no necesitás tener mucha ropa, no necesitás un armario como el de Wanda Nara, eso es simplemente un exceso.

Lo que intento decirte es que verte bien es mucho más accesible de lo que creés, lo que sucede es que nadie te lo dice. Te preguntarás por qué. Y te responderé: Nadie te dirá que no necesitás mucha ropa porque la industria de la moda se alimenta de consumidoras contumaces. Por eso año tras año “se usan cosas distintas”. Eso hace que las mujeres sientan que la ropa del año anterior está *demodé*, la descarten y salgan corriendo a buscar lo “que se usa”.

¿Cómo, sino, se genera la necesidad de tener ropa nueva cuando una mujer tiene ropa en perfecto estado? Y de esa necesidad, que se hace adicción, es que “comen” en la industria de la moda. Pero sucede que aún estando “con lo último”, existen muchas mujeres que se equivocan a la hora de vestirse y no se ven bien.

Nadie te dirá que podés verte bien sin ser una flaca esquelética. ¿Para qué te van a decir eso? Los gimnasios, los *personal trainer*, e *ainda mais* se quedarían sin clientela. Por eso, las mujeres se vuelven obsesivas con su peso, con su cuerpo, pasan el día entero haciendo dietas y ejercicio, pero siguen insatisfechas de su aspecto. Eso en el mejor de los casos. Y en el peor, esa obsesión deviene en trastornos alimenticios como la bulimia y la anorexia. Muchas de las súper modelos famosas la han padecido, han vivido bajo presión, su vida se ha vuelto un calvario, y algunas han terminado muertas.

Verte bien tiene que ver con cuestiones básicas, y vos podés verte bien. No importa tu dinero ni tu físico. Vos podés.

\*\*\*

Por hoy es suficiente. Me desperezo, corro la silla del escritorio y me paro. Tengo los ojos rojos por estar tantas horas frente a la computadora, pero si quiero que mi blog no decaiga tengo que invertir mucho tiempo y energía.

Siempre me gustó la moda. Quizá creas que soy una superficial y está bien, cada uno tiene derecho a creer lo que quiera. Y quizá lo creas aún más cuando te cuente que amo todo lo inglés. He visto todas las películas ambientadas en Inglaterra, Irlanda y Escocia. Las de época. Las contemporáneas. Las del campo. Las de la ciudad. Es que yo me muero cuando veo un paisaje típico inglés. También soy fanática de *Lady Diana* y estoy al tanto de todas las novedades de la familia real. No me gusta cómo se viste la Reina Isabel, no me gusta su corte de pelo, no me gustan sus horrorosos sombreros ni trajes a juego en colores verde cotorra o fucsia flúo. Odio a Camilla Parker. La odio con toda mi alma. El príncipe Carlos siempre me pareció un sapo espantoso. No sé qué le pudo haber visto Lady Di. Porque ella era tan preciosa... y él es tan... Feo. Si hay un hombre feo, ese es el príncipe Carlos. Y no es que sea feo porque es viejo. Siempre fue feo. Feo no. Horrible. Un flacucho con cara

de tonto, desabrido. Y teniendo a Lady Di, tuvo la osadía de engañarla desde toda la vida con Camilla, que siempre fue Fea. Muy fea. Y mala. Muy mala. Decir Lady Di y Camilla es como decir blanco y negro. Lady Di terminó muerta en circunstancias que hoy, a más de veinte años de su muerte, no han sido esclarecidas. Y Camilla es nada más ni nada menos que la esposa del príncipe Carlos. La vida es muy injusta, no sólo para nosotras, simples mortales. También lo es para la realeza. Como ves, soy fan de la familia real británica. Bueno, no de todos. Me gusta la pareja de William y Kate, me gusta que Kate lleve siempre el anillo de Lady Di. Me parece más apuesto Harry que William. Harry me parece apuesto. Claro que no tanto como Jamie MacKenzie Fraser, sí, soy fan de *Outlander*. ¿Cómo Jamie Fraser puede ser tan lindo? Ese cuerpo moldeado de guerrero, ese pelo que no es el típico de los pelirrojos sino una mezcla de castaño, cobre, canela, ámbar, rojo y oro, esos ojos de color azul oscuro, rasgados como los de un gato... El príncipe Harry no es tan apuesto como Jamie Fraser, pero tiene lo suyo. Qué suerte la de Megan Markle. Dicen que el príncipe Harry se enamoró de ella cuando la vio en *Suits*. Su cuento de hadas vaya que se hizo realidad, el príncipe inglés se casó con la actriz yanqui y ahora está embarazada. Estoy al tanto de las intrigas entre Kate Middleton y Megan, de la visita a New York para celebrar el *baby shower* con sus amigos actores. Es que yo a Megan Markle... la banco a muerte.

Mi escritora favorita es Jane Austin, estoy enamorada de Mister Darcy, qué suerte la de Elizabeth Bennet. Leí la novela tantas veces que ya no recuerdo, y vi la película otras tantas también. Será por eso que me llamo Emma.

Me llamo Emma y quiero un Mister Darcy o un Jamie Fraser. Quizá te parezca que soy ridícula, pero lo voy a encontrar. Mis amigas me dicen que esas cosas sólo pasan en las películas, pero yo soy una romántica empedernida y les voy a demostrar que los sueños pueden hacerse realidad. Sólo hay que soñarlos.

Mis mejores amigas son Luna y Morena. Luna es todo lo opuesto a mí: tiene el pelo castaño con reflejos rosados. Yo le pregunto si no se aburre de ir a la peluquería cada dos semanas, porque el rosado es un tono fantasía y con los lavados se va, pero ella dice que no, que ese es su “sello”, el pelo rosado. Yo soy una enemiga acérrima de todo lo que daña el cabello, me gusta tenerlo



impecable, así de obsesiva soy: me gusta que mi pelo tenga brillo natural, odio las puntas florecidas, producto de la decoloración o de la manía que tienen muchas chicas por tener el pelo bien largo y no entienden que para que el cabello crezca hay que recortar siempre las puntas. Luna usa vaqueros rotos, qué le voy a hacer, es una *fashion victim* de esta moda de *jeans* agujereados, bordados... Y Morena... ella es “la intelectual”, sostiene que dedicar tiempo al pelo y a la ropa es una absoluta frivolidad. Por eso hay días que su aspecto es realmente penoso: a veces usa sandalias con medias deportivas, otras, vaqueros desabridos con camperas de *jogging*, El pelo de Morena anda por esta vida sin rumbo, de todos modos casi nunca se ve porque siempre lo usa atado. De más está decir que jamás se maquilla. A pesar de todas las diferencias somos “mejores amigas” desde que tengo memoria. Somos muy distintas pero creo que la amistad se enriquece con las diferencias.

Hoy es sábado. A Luna le fascina la noche, va a *toques* de bandas de rock, le encanta bailar y es muy extrovertida. Se ríe de mi insistencia en encontrar un novio salido de una pantalla de cine, pero no sólo de eso, es que sencillamente, no cree en el amor. Sostiene que es una cursilería, dice que el amor no existe, que eso es lo que nos venden las películas. Luna no se apega a ninguna relación, sencillamente la disfruta y luego se aparta. Yo no podría salir y tener sexo con un desconocido, pero Luna me dice que soy una ridícula, que ahora los tiempos cambiaron y no es necesario esperar a que el hombre tome la iniciativa. Y Morena... tiene un novio “de toda la vida”. Parecen hechos el uno para el otro, porque Ezequiel se pone lo primero que encuentra cuando se levanta y usa unos anteojos “culo de botella” con armazón *demodé*. Son tan adictos a la tecnología que estando sentados en una misma mesa se hablan por *Whatsapp*.

Hoy es sábado. Y suponés bien, no voy a salir con mis amigas. Luna siempre insiste en que la acompañe para “presentarme a alguien”, pero yo me niego sistemáticamente, no me interesan los *hippies*. Luna dice que estoy llena de prejuicios y que no necesariamente en un toque son todos así, pero yo estoy convencida que en el fondo, sí. Y Morena... tiene novio, no voy a ir “de paleta”. De todos modos, eso jamás sucedería porque Morena y Ezequiel jamás salen.

Yo los sábados no salgo. Trabajo toda la semana y me da pereza. Además, a donde quiera que fuera, no encontraría a mi Jamie Fraser. Me gusta quedarme en casa, llamame anticuada si querés. En pantuflas de peluche y pijama.

Hoy es sábado, está cayendo la noche y yo los sábados soy como Bridget Jones. Me acurruco en mi sofá rojo con un enorme pote de pop frente a la pantalla “gigante” y me tapo con una colcha de retazos de colores. Es obvio que veré una película romántica inglesa. Mejor dicho, voy a volver a ver una, porque yo las amo y las veo como mínimo diez veces cada una. Me importa muy poco que las películas románticas sean vapuleadas por la crítica diciendo que son tontas y superficiales, yo no me considero una chica inculta. No soy la típica “políticamente correcta” que ve cine de culto o películas aclamadas por la crítica, como Morena y Ezequiel, que están al tanto de todas las “novedades” y de los *Oscars*. Cuando estrenaron “Roma” me invitaron a verla con ellos y te juro que casi me vuelvo loca. ¡Quince minutos dedicados a lavar un piso! Me aburrí como un hongo porque es una película muy lenta y para colmo de males, está filmada en blanco y negro. A mí esas películas no me gustan. Y no tengo ningún problema en reconocerlo. Según Morena yo miro “películas chatarra”: —Emma, no es posible que sólo mires películas rosa, tenés que culturizarte —me dice siempre. Ezequiel se limita a mirarme y atrás de sus culo de botella un rayo incandescente parece gritar “¡Ella no tiene remedio!”. Es que Ezequiel no es muy verborágico que se diga, siempre está metido en su celular y es un adicto. Morena no era así, pero después de tantos años junto a él, se contagió. Ambos crearon una realidad imaginaria, un mundo virtual del que no se desprenden ni un segundo. Yo creo que si Morena estuviera con otro chico no tendría esa actitud de “dejadez”, ella ve por los ojos de Ezequiel.

Suena mi celular, es el tono de *Whatsapp*.

Luna: ¿Qué hacés?

Emma: Por empezar peli.

Luna: En fb hay uno como el de Outl.

Emma: ¿?

Luna: T llamo.



—¡Emma! ¡Acabo de ver un chico para vos!  
—¿Qué decís? ¿Quién es?  
—Me fijé en los “amigos” de Ezequiel...  
—Ah, entonces debe ser uno de esos ratones de biblioteca...  
—No, no, ¡es re-lindo!  
—¿Y yo qué querés que haga?  
—¡Agregalo!  
—¡Ni loca! Va creer que me lo quiero levantar.  
—¿Y no es la verdad?  
—¡Luna! ¡No hables así!  
—Perdón, es cierto que vos sos “chapada a la antigua”...  
—¡Luna!  
—¿Cuál es el problema en que lo agregues? ¡Todas hacemos eso!  
—Todas no, ¡yo no lo hago!  
—¡Siempre hay una primera vez para todo, Emma!  
—Te dije que no.  
—Bueno, está bien, no lo agregues vos, algo se me va a ocurrir.  
—¡No! ¡No hagas nada, Luna!  
—¿No confiás en mi?  
—Es que no corresponde/  
—¿Si no sabés qué voy a hacer? No seas tan rígida, Emma.  
—No soy rígida, sólo que no me gusta mandarme. Además es un absoluto desconocido.  
—¿Y? Todos son desconocidos hasta que los conocés.  
—Tá, Emma, ta, ¡no tenés remedio!  
—¿Hoy no salís?  
—¡Emma! ¡Recién son las nueve de la noche!  
—*Okey*, pasala bien.  
—Vos también.

Luna me dejó con curiosidad. Y yo que me proponía ver mi película romántica de pronto me encuentro nuevamente sentada en mi escritorio con los ojos como dos platos fijos en la computadora. Entro a *Facebook*. A ver, a ver. “Ezequiel”. “Ver Amigos”. ¿Qué estoy haciendo? ¿Si no sé cómo se llama? Luna no me dijo. Pero ni loca la llamo para preguntarle. A ver, a ver. Ezequiel no tiene muchos amigos, así que quizá, de todos modos, pueda ver quién es. Luna dice que es como mi amado Jamie Fraser. Entonces tiene que ser

pelirrojo. A ver. A ver. ¡Aquí no hay nada! ¿De dónde sacó Luna que Ezequiel tiene un amigo así? Debe ser uno de sus tantos divagues. Y bueno, ya que entré a *Facebook*... me quedo. ¡Me muero! ¡Van a abrir *Victoria Secret* en Uruguay! ¡Me muero muerta! A ver... a ver... ¡Me muero con todo! Ay, esta bombacha con corazones. Ay, hace juego con la calza. No me puedo aguantar. Voy a hacer un pedido. Nunca está de más tener bombachas nuevas. Nunca se sabe... pero por si acaso conozco a mi príncipe inglés, tengo que estar preparada. ¡Me muero con esta crema de cuerpo! Dice que huele a durazno. Me encanta oler dulce. Me la pido también. “Kit Príncipe Inglés”. Cuando llegue todo lo voy a guardar en la canasta con lazo rosado que me compré la semana pasada. ¡Alguien me quiere agregar! A ver quién es. “Gabo” Ni idea. A ver qué amigos tenemos en común. ¡Luna! Es que Luna tiene “un millón de amigos” en *Facebook*. —Luna, ¿vos agregás personas que no conocés? —le había preguntado. —Esto no es real —respondió. —¿Pero no te da miedo agregar gente de la que no sabés nada? ¿Y si hay alguien peligroso? —Luna se había matado de la risa. —¡Ay, Emma, qué voy a hacer contigo! —. Tengo por regla no aceptar amigos de Luna porque sé que no los conoce, por lo tanto, yo tampoco. “Gabo”. A ver el perfil. Nada revelador. A ver. “Argentina”. Vive en Argentina. Bueno, no es de acá. Eso es una ventaja. Si es un pesado, rápidamente me lo voy a poder sacar de encima. Acepto la solicitud. ¿Te das cuenta que es la primera vez que hago esto? Para qué habré entrado a *Facebook*. Todo por culpa de Luna.

Gabo: ¿Qué hacés?

No, no, no. Este debe ser un pesado. ¡Para qué lo habré aceptado! No le voy a contestar. Voy a “investigar” un poco más para ver si encuentro al que dice Luna, el que se parece a Jamie Fraser. A ver... a ver... Reviso todos los contactos de Ezequiel. ¡Nada! ¿De dónde sacó Luna que Ezequiel tiene un amigo en *Facebook* que podría ser como Jamie Fraser?

Gabo: Hola... ¿estás?

¡No! Bueno, le contesto rápido, así se aburre y se deja de jorobar.

Emma: bien

Gabo: ¿Qué hacés?

¡Ufa!

Emma: veo una peli

Gabo: ¿Cuál?

¡Ufa!

Emma: quiero robarme a la novia

¡Bien! Qué suerte que saqué de la manga esta película, así ve que soy cursi y se va.

Gabo: ¿Qué peli es esa?

¡Ufa!

Emma: comedia romántica.

Gabo: ¿País?

Emma: inglesa

Gabo: ¿Querés que te roben a vos?

¿Pero quién se cree que es?

Emma: Claro

Gabo: Pena

Emma: ¿?

Gabo: Chau

Emma: ¿?

Gabo: Bodrio

¿Y? ¿Pero quién me entiende? ¿No quería borrarlo? ¿Por qué me siento una estúpida?

Siempre fui de levantarme temprano. Me despierto antes que suene el despertador, no importa que sea un domingo, como hoy. Es un lindo día, así que decido ir a correr a la rambla. Sí, adivinaste, soy de las que tienen exactamente las calzas, la remera flúo, los championes... Todo de “marca”. Sé que en mi blog hay un tópico que dice: “Para verte bien no necesitás usar ropa cara, ni de marca, podés tener la ropa más cara del mundo y de todos modos, verte ridícula.”, pero con la ropa deportiva haré una excepción, no es que te quiera engañar. Es que la ropa de marca deportiva es una inversión, porque una calza *Nike* dura impoluta, mientras que a otra se le hacen “pelotitas” en la tela, o no te estilizan lo suficiente. Luna dice que “no tengo vida”, que a quién se le ocurre madrugar un domingo siendo joven, “eso es cosa de viejos”, sostiene. —Ay, Emma, es que si querés “conseguir algo” tenés que ir a correr a la noche, de mañana son todos viejos —Pero lo que Luna no entiende es que yo no salgo de noche. No sólo a bailar, no salgo de noche “a nada”. —Emma, mirá que sos rara, ¿cómo te puede parecer tarde ir a correr a la hora que sale la “gente normal”? —Es que yo no creo que la rambla sea el lugar adecuado para encontrar a mi Jamie Fraser. —¿Seguís con esa tontería? —insiste Luna cada vez que puede. Pero para mí no es ninguna tontería. Llamame cursi, tonta, pero yo puedo llegar a ser muy perseverante. No me conformaría jamás con alguien como Ezequiel, y tampoco quiero un chico “ligue de una noche”. Yo quiero encontrar al amor de mi vida. —Emma, “El Amor de Mi vida” ¿no existe! —se burla Luna —Cuando lo encuentre, te lo voy a enrostrar en la cara —le contesto.

El sol empieza a levantar, así que elijo una calza en tonos de grises, una remera fucsia y los *Nike* amarillos flúo. Me paro frente al espejo, cepillo mi pelo, y lo recojo con una gomita. Conecto los auriculares a mi celular y elijo una *Play List* de música movida. Salgo a la calle. En cinco minutos estoy en la rambla. En la playa sólo están las gaviotas y bajo a correr por la arena. No está ni el loro, así que subo el volumen de la música, y voy corriendo con los ojos cerrados, salto, es que el rock me llena de energía y me hace olvidar de todo. Bueno, el rock, y todo lo que tiene que ver con lo inglés, pero da la casualidad que los genios más grandes son... adivinaste: ingleses. Llamame

elitista, pero yo detesto “la música de ahora”. Tenés varios motivos para odiarme: estoy pendiente de mi aspecto físico, de la ropa que uso, y no me gusta ni la cumbia, ni la salsa, ni el *reggaeton*. Cómo hubiera querido vivir en otro tiempo o encontrar una piedra en Escocia como Claire Randall, para poder ir al siglo XVIII...

\*\*\*

No me da el tiempo de nada, el golpe me deja *know out*. Estoy tragando arena, quedé boca abajo. Intento moverme y me muero de dolor. Y por si no fuera poco, una voz grita con mucha furia: —¡Estúpida! ¡No ves por dónde vas! ¡Tenías que ser una cheta tarada! —como puedo trato de darme la vuelta en el piso, aún con el dolor punzante que me atraviesa veo todo borroso. Me incorporo. ¡Qué cretino! No se hizo nada y es tan poco caballero que ni siquiera me pregunta cómo estoy. —Disculpame —es todo lo que me sale decir.

—¡Estoy entrenando y tengo que perder el tiempo porque a “una nenita de mamá” se le ocurrió madrugar! ¿Qué pasó? ¿Ayer no salió la nena, que hoy se levantó temprano?

—Sos una basura.

—Pendeja pelotuda, me importa un bledo tu opinión.

—Ay, *Mister Músculo*, lo que tenés en el cuerpo te falta en el cerebro, ¡cabrón!

—Cabrón... cabrón... ¿estás viendo muchas series mexicanas? Las chetas no dicen “cabrón”.

—¿Te gusta más “hijo de puta”?

—¡La típica! Qué boquita para una concheta de barrio de rico.

—¿Y qué hace un proletario por aquí?

—Decime, ¿*googleaste* la palabra? ¿Tus amigas te dijeron que es *fashion* decir “proletario”? Porque vos, nenita, no tenés ni idea de lo que significa.

—¿Creés que me intimidás?

—¿”Intimidás”? ¿De dónde sacaste la palabra? ¿De una novela romántica?

—¿Por qué no te vas y te dejás de molestar? ¿No decís que estás apurado?

—Mirá, pendeja, soy un caballero, así que hasta que no te pongas de pie por tus propios medios, no me voy. Dale, estirá el brazo, que no tengo todo el día.



Ya estoy de pie. Quisiera largarme a llorar pero no quiero que este tipo se burle aún más, así que me agunto. Cuando se vaya, lloraré, total mis lágrimas pueden esperar. Y se va, nomás. Ni un “que te mejores”, o “que te recuperes”. Nada. ¡No! No es posible. ¿Estoy loca o es pelirrojo? No, le veo el pelo así por la luz del sol. Y tiene buen lomo el muy desgraciado.

\*\*\*

Ya estoy en casa. Estoy muy dolorida, se ve que mi cabeza chocó contra la de *Mister Músculo*. Pero claro, para él fue una “caricia” mientras que para mí fue un golpe casi mortal. Me largo a llorar. ¿Si este tipo es un desgraciado? ¿Por qué lloro? ¿Por la vergüenza de haber corrido sin ver que venía alguien en la dirección opuesta? ¿Es que no me puedo perdonar ni la más mínima falla?

Me recuesto y me quedo dormida. Me despierta el sonido del celular. Es *Whatsapp*. ¿Qué hora es?

Luna: ¿Qué haces?

Luna: ¿Tas ahí?

Luna: ¿?

Luna: ¿Q paso?

Luna: ¿?

No puede ser. Se está poniendo el sol. ¡Estoy durmiendo desde la mañana!

Emma: Llamame.

Luna: Ok

—¿Emma?

—No vas a poder creer lo que me pasó.

—¡Hablá!

—Fui a correr esta mañana/

—¡Vos estás loca! ¿Madrugaste hoy?  
—Si.  
—¡No tenés remedio! ¿Y por qué no me contestaste los mensajes?  
—Porque estaba durmiendo.  
—¿¿Qué?! ¡Vos nunca dormís!  
—Es que tuve un percance...  
—¿Qué pasó?  
—Me choqué de cabeza con alguien corriendo.  
—Pero Emma, vos sí que estás en la Luna de Valencia.  
—Es que iba por la playa...  
—¿Por la playa? ¿Pero si no hay nadie en la playa?  
—Eso creía yo. Hasta que sentí el golpe.  
—¿Pero estás bien?  
—Me duele la cabeza, pero no tanto como esta mañana.  
—*Okey*, ya está, mañana vas a estar bien.  
—¡Es que fue con una persona horrible! Me dijo de todo menos que era linda.  
—¡Qué hijo de puta!  
—Me ayudó a levantarme.  
—¿¡Y qué!? Es un desgraciado. ¿Qué te pasa, Emma?  
—Me siento una estúpida.  
—¡Basta! ¿Qué te importa un desconocido?  
—Es que era lindo.  
—¡Emma!  
—Era pelirrojo...  
—Igual no lo vas a ver nunca más, ¡basta!  
—Pensó lo peor de mi...  
—¡No importa lo que ese malnacido haya pensado! ¡Ya fue!

Lunes.

*“Lunes otra vez...  
sobre la ciudad  
la gente que ves  
vive en soledad”.*

Otra vez lunes. El fin de semana me dejó un sabor amargo y no sé exactamente por qué. ¿O sí? Hay que levantarse, Emma... hay que ir a trabajar. ¿Y dónde trabajo? Obviamente, en una tienda que vende ropa, ¿dónde más, si no? El sueño de mi vida es tener mi propio negocio, pero por ahora, eso debe esperar. De todos modos, a pesar de ser dependienta, hago lo que más me gusta: asesorar a las clientas y la dueña, Marga, está encantada conmigo. Hace años que me considera “su mano derecha”, yo de números y ventas nada, pero si se trata de verse bien, en eso sí que soy buena, sí, está mal que lo diga yo, lo sé. Otra vez lunes. Y no se trata de “al que madruga Dios lo ayuda”, primero, porque tuve un fin de semana absolutamente olvidable pero que yo hago inolvidable y no puedo “apagar el chip”, y segundo, porque lo que se dice madrugar, no madrugo.

“Unikas” abre a las 10 y 30, lo que me permite ducharme, maquillarme con esmero, y eso no significa que me pinte como una puerta sino que el secreto es que el maquillaje se vea natural y delicado. También dedico un tiempo considerable para elegir el *outfit* diario, soy bastante obsesiva con respecto al tema. Me siento sin energía, apagada, todavía me duele bastante la cabeza por el golpe de ayer, tan *out* estoy que siendo las 10 y 25 todavía estoy en veremos. Igual es lunes y todo en la *boutique* está “tranquilo como agua de pozo”, con suerte a las 11 ya estaré ahí.

\*\*\*

—Emma, qué suerte que llegaste, te iba a llamar —me dice con voz baja Marga —no sé qué hacer con estas mujeres.

—Justo cuando me necesitás yo llego tarde, ¡perdón! —respondo sintiéndome muy culpable.

—Emma, ¿qué decís? Sos el monumento a la puntualidad, ¿cómo podría decirte algo?

—Es que ayer tuve un pequeño accidente...

—¿Tú, Emma? ¿Con lo precavida que sos? Pero ya me contarás, necesito un SOS porque estoy a punto de enloquecer.

—¿Qué pasa?

—En el salón hay dos señoras insufribles....

—Quedate tranquila, Marga, yo me ocupo...

—Buen día, ¿en qué las puedo ayudar?

—¡No sé! ¡No sé! —dice histérica una de las clientas.

—Mi nombre es Emma, tranquilizate, ¿sí? Tomen asiento que ya les traigo un té verde....—Oh my god. ¿Qué hago ahora? ¡Tiempo! Voy por los té, mientras pienso que no entiendo nada, la “nerviosa” no me dijo ni mú, y así ¿cómo la puedo ayudar? La otra parece su rival, o algo por el estilo, ya veremos.

—Aquí tienen —vuelvo y le alcanzo una taza a cada una.

—Gracias —dice la señora que gritaba —tengo que tranquilizarme, es que ¡no me veo!

—No te entiendo...

—Es que no me veo...—de pronto, la otra, con un aire altanero la interrumpe.

—¡Dorita! ¡Estás enloqueciendo a la vendedora! —Dorita, así que Dorita. Veamos qué le pasa a Dorita.

—¿En qué te puedo ayudar, Dorita? —trato de calmarla.

—Es que me veo ¡fea!

—Dorita, si no le decís a Emma cuál es el problema... ¡ella no es adivina!

—¡Basta, Chantal!

—Okey, Dora, Chantal, ¿qué están buscando?

—¡Yo busco un vestido de fiesta pero todos me quedan ho-rrri-bles!

—Yo también busco un vestido de fiesta pero ya “tengo la idea”...

—¿Chantal, verdad?

—Sí.

—Contame, Chantal, ¿en qué estás pensando?

—¡Es que somos las madrinas! —grita histérica Dorita.

—¡Qué lindo! —digo —Tenemos muchas propuestas para madrinas...  
—¡Pero yo soy la madre!  
—¡Yo también!  
—Yo soy la madre del “nene”, ¡se casa mi primogénito varón y yo estoy horrible!  
—Tranquila, Dora, ¿por qué te ves horrible? Veamos lo que te trajo Marga, si es un vestido bordado precioso...  
—Me lo probé y me veo como un ¡tanque!  
—Yo te veo bien —respondo tratando de calmar a la tal Dorita, que sigue histérica.  
—¡A mi! ¡A mi! —me habla la otra, Chantal.  
—Decime, Chantal.  
—Yo ya tengo el vestido perfecto para mi, pero aquí no hay ninguno.  
(¿¿??)  
—Si hay del color, pero no es exactamente el vestido.  
—Vamos por partes, Chantal, ¿sí? ¿Cuál es el color que habías pensado?  
—¡Verde!  
—Pero ¿qué tipo de verde, Chantal?  
—Verde esmeralda...  
—¿Verde esmeralda? ¿No te gusta más un verde apenas un tono más oscuro?  
—*Okey*, puede ser, puede ser, traeme.

Voy en búsqueda de todo lo que encuentro en el tono que podría irle a Chantal, bueno, lo que ella cree que podría irle, que es distinto. Pero a las clientas hay que tirarles la verdad de a cuentagotas, cuando vienen convencidas fehacientemente de algo, hay que “deconstruir”, como se dice ahora, esa idea sin que ellas lo perciban. Para Chantal, yo jamás habría elegido verde. No le va. Es bastante corpulenta, por lo que un tono más discreto sería más feliz. Pero si ella quiere verde, ¡verde que te quiero verde!

—Bueno, acá te traigo todo lo que tenemos en el tono que podría irte...  
—A ver, a ver... ¿sólo estos tenés?  
—Pero te traje cinco vestidos, Chantal...  
—Pero ninguno tiene ¡dorado! —Oh, my god. ¿Dorado? ¿Escuché bien? Y yo que creía que con el verde era demasiado...  
—Es que la idea que tengo es mirá, sobre ese verde, una línea en apliques

dorados...

—¿Tú querés unos brillitos?

—¡No! Yo quiero una línea central dorada, además había pensado para la parte superior todo en dorado, y...

—¿Y, Chantal?

—Y muñequeras en dorado.

*Plop.* Me muero muerta. “Unikas” no se precia de vestir a las clientas de modo estridente, y Chantal está decidida a vestir así, a veces hay que “perder para ganar”. A ver qué puedo hacer con Dorita.

—*Okey*, Chantal, dejame pensar mientras vemos qué podemos encontrar para tu consuegra. —le digo y me acerco a la tal Dora.

—Dorita, te traje otra opción...

—¡No, no, no! ¡Seguro que no me va!

—Dora, ¿por qué no te probás lo que te ofrezco? —le traje un vestido gris plata, que creo que le iría perfecto.

—Bueno, me lo pruebo, qué más remedio...

—Dora, ¡Ac-ti-tud! —digo.

—¿Dora, ya te pusiste el vestido?

—Sí, pero no me hallo...

—A ver... salí del probador, por favor... —Y Dora sale.

—Pero Dora, ese vestido fue hecho para ti —le digo y lo pienso de verdad.

Son las 18. Chantal y Dora salen del local. Chantal dijo que “vería otras opciones”. Mejor. Ese mamarracho no lo haremos en “Unikas”. Dora se llevó el vestido. No se va a arrepentir. Y yo... necesito ir a meditar, estas mujeres me dejaron agotada.



Al fin en casa.

Es el lunes más largo de mi vida... evidentemente hoy no es mi día, “mañana será otro día”. Quiero que termine el día ya, ya, ya. ¡Ya! Debería de escribir para el blog, pero no puedo concentrarme. “Ay, Emma, es que si querés “conseguir algo” tenés que ir a correr a la noche, de mañana son todos viejos”... ¿Por qué estoy pensando en esto? Maldito *Mister Músculo*. Debería hacerme un exorcismo. ¿Y si me lo vuelvo a encontrar? No, por favor. No podría soportarlo. Lo más seguro es no ir a correr a la mañana. ¡Bingo! ¿Y si voy ahora? “Vamos que podés, Emma”. Además a esta hora está lleno de gente, así que nadie me va a decir cosas tan espantosas como *Mister Músculo*.

\*\*\*

No es tan malo, después de todo. Me siento “a salvo”, la oscuridad oficia de velo, no me siento tan expuesta. Hoy elegí una *Play List* de lentos y no sé por qué. Será que no me siento pum-para-arriba. Corro y trato de relajarme, pero ni modo. Enlentezco la marcha, e inexplicablemente me siento en un banco, mirando el mar. Qué lindas que se ven las luces reflejadas en el agua... Me quedo con la mente en blanco, trato de controlar la cabeza para no revivir una vez más el bochorno con *Mister Músculo*... ya fue. No lo voy a ver más. Basta, Emma, ya basta. Miro como una autómatas la gente que pasa. Me entretengo contando a los que tienen remeras amarillo, verde, naranja y fucsia flúo. Recuerdo que una vez Ezequiel dijo con desprecio que la gente que usaba esos colores era ridícula y también superflua porque la ropa deportiva es cara. ¿Qué sabrá él? Para empezar, debería de hacer ejercicio, no importa si con remera flúo o no. Porque Morena y Ezequiel llevan una vida plagada de sedentarismo, no caminan ni dos cuadras. Ezequiel usa *Uber* para todo. —More, ¿pero Ezequiel no toma ómnibus? —No, no tiene paciencia para esperar en una parada. —¿Pero si pasan rápido? —Él no tiene paciencia para esperar ni un minuto —Así que Ezequiel se traslada para todo en *Uber*, o en taxis. No puedo ni pensar en el presupuesto que tienen en ese rubro. ¡Por favor! Y

precisamente él, Ezequiel, rotulando a quien hace deporte por lo que gasta. No sé cómo Morena lo soporta. Porque cuando se trata de él, dice que “sí” a todo. Pero ella... “no come huevo para no tirar la cáscara”. Ezequiel es un adicto a los remedios. ¡En lugar de cuidar su salud llevando una vida sana! En su mesa de noche hay tantos *blisters* que sólo Dios sabe. Además Ezequiel es un cerdo. Sí, lo digo sin tapujos. Me da asco cada vez que tengo que ir a visitarlos. El piso del departamento está lleno de pañuelos desechables con mocos, las cajas de remedios vacías están por todas partes, además de los platos todos mugrientos de varios días. Morena y Ezequiel se alimentan con *snacks*, panchos, y comida chatarra congelada. Y por supuesto son adictos a la *Coca Cola*. Pero eso no es todo. Ir a ese sucucho es exponerse ante el Vigía: Lucifer, amo y señor de ese magistral universo. Se sabe que los gatos son más ariscos que los perros. Pero en el fondo son queribles... todos... excepto él. Lucifer es el más abyecto de los felinos, si es que ese calificativo no le queda pequeño. Siempre ataca, y clava sus garras asesinas. Pero eso no es todo. Cuando voy a visitar a Morena y Ezequiel debo cuidar la cartera porque el deporte preferido de Lucifer es hacer pis en todo lo que traen los invitados. Y no sólo en las pertenencias de los invitados. También en las de sus amos. Lucifer es un gato malvado. No le importa que uno vaya a alimentarlo cuando sus dueños están de viaje, es atravesar la puerta del departamento y Lucifer recibe a quien sea arañando a todo trapo. Cuando digo que dan ganas de tirarlo por el balcón, no exagero. Ya lo haré. Te lo prometo.

\*\*\*

—¿Tan agotada está la nena que hoy no corre? —me sobresalto. Emma, contra todas tus predicciones allí está el también abyecto *Mister Músculo*. Y no tuvo mejor idea que detener su marcha. Quiero que termine este maldito día ya, y no exagero en lo más mínimo. Pero... ¿por qué *Mister Músculo* está aquí sin su indumentaria deportiva? Jamás lo habría reconocido si no fuera porque tuvo la “deferencia” de dirigirme la palabra.

—¿Qué hacés así?

—¿Así? Claro... no estoy vestido como “Dios manda”... y eso a las chetas no les gusta...

—....

—¿Ahora la “señorita” se quedó muda?

—No tenemos nada de qué hablar.  
—Bueno, por lo menos sentada no sos una amenaza... me quedo más tranquilo.  
—Qué desgraciado malnacido.  
—Yo también me quedo bien tranquila, por el mismo motivo.  
—Hacés bien. Hoy tenés suerte. —Si cree que le voy a preguntar algo más, que espere sentado. —Seguí tu camino, haceme el favor, ya tuve un día bastante complicado —¡Por qué habré hablado de más!  
—¿Día complicado? Hm... Veamos...Salir a trotar a la mañana, quizá a la tarde reunirse a tomar el té con las amigas conchetas como vos que seguramente tenés... y ahora... seguramente alguna te dijo que tenés un gramo de más o comiste un pedazo de torta de chocolate y estás “equilibrando la balanza”... oh... si todos tuvieran tus problemas... “nena de mamá”.  
—¡Basta! —intento ser dura pero la jugada me sale mal, y pasa lo peor. No puedo contener las lágrimas.  
—Tomá —dice y saca del bolsillo del jean un pañuelo de tela. ¿Un pañuelo de tela? ¿*Mister Músculo* usa pañuelos de tela?  
—Gracias.  
—Acompañame.  
—¿Qué decís?  
—No seas vueltera, son dos cuabras. —No sé qué extraño impulso me hace seguir al que ayer se rio en mi cara.

Caminamos uno junto al otro sin hablar. ¿Qué tengo yo para decirle a este tipo? A lo lejos hay un grupo de personas sentadas en el muro de la rambla y suena una guitarra. Nos vamos acercando y *Mister Músculo* se detiene.

—¡Uri! —se le acerca una chica con un *look* muy “Luna”. —Pensamos que no venías. —dice y me mira con cara de desconcierto.  
—Una amiga —dice *Mister Músculo*. ¿Amiga? La chica hace de cuenta que no existo.  
—¿Dónde ensayamos hoy?  
—¿Aquí?  
—¿Aquí?!  
—¿Por qué no?  
—Uri, ¡vamos a perder un día!  
—Hoy no tengo ganas de “darle”.

—Lo que vos digas. ¿Y ustedes? —gira la cabeza hacia los otros. —¿No van a decir nada?

Pero nadie dice nada, parece que *Mister Músculo* es el rey de la palabra. Me siento totalmente fuera de lugar, con gente que no conozco, y que no tiene nada que ver conmigo. Yo no hago estas cosas. Hablar con desconocidos. “Siempre hay una primera vez para todo, Emma”.

Siempre.

Llueve torrencialmente. El cielo está gris plomo y no parece que vaya a aflojar en todo el día. “Un típico cielo inglés”, pienso, excepto que no estoy dentro de ninguna película inglesa sino en mi casa, en Montevideo. Los días grises suelen gustarme, pero hoy hay un no-se-qué. Es que como buena romántica que soy, pensé que iría a encontrar a *Mister Músculo* nuevamente en la rambla. Pero nada. Parece que se lo hubiera tragado la tierra. No tengo muchos datos, sólo sé que se llama Uri, o al menos así lo nombraron aquella noche ya tan lejana, en la que vaya a saber por qué me pidió que lo acompañara y estuve sentada en el muro escuchándolo cantar al ritmo de la guitarra. ¿Será parte de una banda de rock? ¿Será un solista? No me “largó prenda”, y yo, creyendo que lo volvería a ver, no pregunté nada. Traté de averiguar con Luna, las bandas de rock son “su” tema. —¿Un Jamie Fraser rockero? Emma, ¡despertá! —me había retado. —Si seguís así vas a terminar mal, tenés que disfrutar de la vida, dejá de creer en cuentos de hadas. —Pero te dijo que es pelirrojo, y se llama Uri —*Okey*, Emma, voy a prestar atención —me había prometido. Y Luna cumplió con su palabra, por eso un mes después, y luego de haber recorrido todos los toques me dijo: —Lo siento, Emma, no vi a ningún pelirrojo. Ni vocalista, ni guitarrista, no vi a nadie como describís en ninguna parte. —Encontrar a un pelirrojo buen mozo aquí es más que difícil, todos por lo general tienen rulos y pecas, y gruesos anteojos. Pero él... es harina de otro costal. Ya perdí las esperanzas, pasó demasiado tiempo, estuve en la rambla corriendo a toda hora con la esperanza de encontrarlo, pero ahora sé que no volverá.

\*\*\*

Entro a *Facebook* para distraerme, estoy triste y no sé bien por qué. No puedo ser tan romántica y creer que por un único encuentro se trata “del amor mi vida”. Luna tiene razón. El romanticismo lo único que ha logrado es enamorados suicidándose por el amor de sus amados. Tengo que cambiar la perspectiva. Pero mi romanticismo puede más, no me voy a rendir. Navego por la red social más popular de los últimos tiempos, estoy en varios grupos relacionados con novelas románticas, con autoras y fans, además de otros que

tienen más que ver con mi otro tema favorito: la moda. Es que me veo siendo una cosmopolita de Londres, siempre elegante, como las *it girls* del momento. Haciendo lo mismo, asesorando a las chicas para que se vean bien, yendo al *London Fashion Week* compartiendo primera fila con la mismísima Victoria Beckham. Es que ese evento marca el comienzo del circuito de pasarelas internacionales, se presentan las nuevas tendencias de la moda londinense. Cientos de diseñadores y las firmas más prestigiosas muestran sus últimas colecciones. Al evento van *celebrities*, *influencers* y *bloggers*. ¿Qué tal ser una *blogger* en Londres? No ha de ser tan complicado, porque cuando una lleva la esencia de la moda en el alma, todo es posible.

Gabo: Hola... ¿estás?

No, no es posible. Ya que ando de capa caída, no creo poder soportar burlas de nadie. No me voy a exponer contestándole, prefiero pasar. Y paso. Si “Gabo” quiere diversión que se busque a otra tonta. Yo paso.

Gabo: Hola... ¿estás?

Ufa. Supongo que va insistir hasta que le conteste.

Emma: si

Gabo: ¿Hoy no ves pelis románticas?

Emma: no

Gabo: ¿Estás bien?

¿Leí bien?

Emma: si

Gabo: No me parece.

Emma: estoy cansada

Gabo: Estuve viendo tus fotos...

Emma: mirá vos

Gabo: ¿Sos diseñadora?

Emma: no



Gabo: Parecés diseñadora de moda.

Emma: solo me gusta la ropa

Gabo: Y los paisajes ingleses.

Emma: si

Gabo: Deberías ir.

Emma: algún día

Gabo: La vida es una sola.

Qué amable que está hoy “Gabo”. Mejor.

Emma: trabajo en una tienda de ropa

Gabo: Bueno, tiene que ver con lo tuyo.

Emma: ¿vos qué hacés? sos argentino ¿verdad?

Gabo: Verdad.

Emma: ¿en dónde vivís?

Gabo: Soy de Bs As.

Emma: conozco

Gabo: Qué bien.

Emma: las argentinas son muy elegantes

Gabo: Si vos decís así ha de ser, no me fijo en esas cosas.

Emma: todos ustedes dicen lo mismo pero si salen con alguien la eligen linda y elegante

Gabo: No todos.

Emma: la mayoría

Gabo: Puede ser.

Emma: da igual

Gabo: ¿Estás bien?

Emma: más o menos

Gabo: Se nota.

Emma: no me ves

Gabo: Te leo. Subiste una foto de la campiña inglesa con lluvia, con el cielo gris.

Emma: en Montevideo llueve

Gabo: Te gustan más los días de sol que los de lluvia.

Emma: si

Gabo: ¿Y por qué estás triste?

Emma: no estoy triste

Gabo: Me tengo que ir, chau.

Emma: chau

No entiendo cómo “Gabo” supo cómo estoy. ¿Acaso es un mago? ¿De dónde conocerá al *nerd* de Ezequiel? ¿”Gabo” será también un *nerd*? A ver si tiene alguna foto. ¿Te das cuenta qué patética que soy? Un tipo que me trató mal hoy me trató mejor y yo ya estoy investigando su perfil. ¡Ay, no! No hay ninguna foto. Debe de ser impresentable. Tanto como Ezequiel. No debería ser tan prejuiciosa. ¿Sólo me importa lo de afuera? ¿Y lo de adentro, qué? Porque Morena está con Ezequiel por algo, ¿no? No me veo con un tipo como él. Jamás. Antes me mato. Pero no todos los *nerds* deben ser como Ezequiel. No hay caso. Ni una sola foto. Seguro que “Gabo” es feo. Porque cuando un tipo no tiene foto de perfil en *Facebook* es porque es feo. No. Es muy feo. De todos modos prefiero que no tenga foto, a otros que tienen fotos que engañan. Seguro se sacan millones de *selfies* y después eligen la más aceptable, pero los ves y te querés matar. Eso sí que debe ser decepcionante. A mi no me pasó porque no salgo nunca con desconocidos, pero Luna tiene una historia así. ¿Qué historia no tiene Luna?

\*\*\*

Era sábado. Yo estaba con mis pantuflas de peluche y en pijama cuando sonó el timbre con insistencia. Cuando abrí la puerta, era Luna. ¿Qué hacía Luna un sábado tocando en mi casa?

—Emma, tenés que ayudarme.

—¿Qué pasa?

—Abajo me espera alguien.

—¿Y?

—¡No quiero salir con él!

—¿Tan grave es?

—¡Sí! ¡Es un plumazo y espantoso!

—¿Y por qué saliste con alguien así?

—No parecía en lo más mínimo.

—¿Ves? Por eso yo ni loca salgo con alguien que no conozco.

—Pero yo “lo conocía”.

—Disculpame Luna, pero conocer a alguien por *Facebook* no es conocerlo.

—¡Habíamos pasado al *Whatsapp*!

—¡Es lo mismo!

—¡No!

—¿Pero no viste que era espantoso?

—No, era rubio y de ojos verdes.

—¿Era?

—Habíamos quedado para hoy, y yo lo esperaba sentada en la plaza que habíamos marcado, y no venía ningún rubio. De pronto se me acerca alguien... ¿viste Ezequiel? Bueno, con esa onda. Me dijo que era él, y yo me quedé de cara. Me dijo que tenía miedo que me asustara, por eso había puesto una foto de perfil de su mejor amigo, y me pidió que le diera una oportunidad. Es un ridículo, ¿viste el calor que hace hoy? ¡Tiene puesto un saco de lana y una bufanda! Le pregunté si no tenía calor y me dijo que ni en verano se sacaba la lana porque prefería evitar la gripe y los resfríos. Le pregunté si acaso estaba resfriado y me dijo que nunca se resfriaba porque se cuidaba. De todos modos, acepté ir a tomar un café. Pensé que aún así, podría tener una conversación interesante. Cuando nos sentamos en la mesa de la cafetería, dijo que era un asco. Que había microbios por todos lados. Y entonces pasó lo peor: sacó una lupa del bolsillo del pantalón y se puso a mirar los vasos de vidrio. ¡Me quería matar! Le dije que me tenía que ir pero aquí está, y no me lo puedo sacar de encima. ¡Ayúdame, Emma!

\*\*\*

¿Cómo será “Gabo”? “Emma, no tenés que preocuparte, él no te invitó a salir”. Es cierto. Sólo me habló. Sólo fue amable. A ver. No es posible que no haya ninguna foto de perfil. A ver qué posteos tiene. Capaz me doy cuenta de cómo es por lo que escribe. A ver qué tenés en el muro, “Gabo”.

“Sabemos leer pero no entendemos lo que leemos: ¿Una nueva generación de analfabetos?” Es un artículo bien largo. No es para mí. Dentro de los “Me Gusta” tiene la página “Cultura Inquieta”. De ahí es el artículo. Y sí, es un *nerd*. “Películas: *Underground* de Emir Kusturica. Emir Kusturica es un director diferente. Brillante y dinámico, siempre logra narrar con suma naturalidad las situaciones más grotescas. Quizás sólo Berlanga sea capaz de

rayar a tanta altura en medio del caos. Los personajes van y vienen en una suerte de frenética orgía existencial, huyendo de la lucidez y sumergidos en el absurdo de las relaciones y convenciones humanas. En esta cinta, Kusturica hace alarde de su enorme talento narrativo y técnico, rodando escenas imposibles y comprimiendo en algo más de dos horas medio siglo de historia. Las ideas parecen inagotables: la banda sonora a cuestas, incluso debajo del agua; la huida subterránea hasta el punto de crear un mundo paralelo; la película rodada por los socios de los protagonistas; la manipulación de la verdad histórica (la Historia la escriben los que no están bajo tierra); el espeluznante bombardeo del zoológico (que recuerda a uno de los pasajes más memorables del libro "Sobre la historia natural de la destrucción", de W.G. Sebald); la maravillosa escena de la silla de ruedas en llamas, dando vueltas en torno a la cruz invertida... En fin, todo tiene cabida: guerra, celos, pasión, cine dentro del cine, música (¡indispensable!), traición, amor y una maravillosa concepción de la muerte como isla festiva. Una celebración perpetua, eso es el cine de Kusturica.”

Claro que le parezco una estúpida, si “Gabo” es tan cinéfilo como Ezequiel. Seguro que esta película es *nerd*. ¿Qué tendría para hablar con “Gabo” si algún día salimos? Somos tan distintos como el agua y el aceite, más allá de si él es feo o lindo. *Mister Músculo* era diferente. Al menos teníamos algo más en común.

Lucifer está parado como una estaca en la puerta del dormitorio. Gato de mierda. Hoy de veras lo voy a tirar por el balcón y espero que el malnacido se muera de una buena vez, me rompió las medias de lycra, qué gato hijo de puta, estaban recién estrenadas y con lo que me costaron. Aparte que me acabo de ensuciar la camisa blanca de chocolate porque no me di cuenta que la madera de la mesa de luz está pegajosa: —¡La puta madre! —No es que yo sea una chica de putear, pero este chiquero me saca. Me fijo abajo de la cama y está ¡lleno! de tarros de plástico de *pudding* de chocolate acabados. —¡More, no podés seguir viviendo así! — grito, histérica. —No son míos, son de Ezequiel. —¡Es un cerdo! —Luna me mira, yo la miro, las dos miramos a Morena y le decimos: —¿No pensás decirle nada? —A mi no me molesta —¿No te molesta vivir en este mugrero?—dice Luna.—¡Ustedes vinieron a ayudarme, no a darme sermones! —nos contesta Morena, enojada. Te preguntarás el motivo de nuestra presencia en “*chez Morena & Ezequiel*”. Me había llamado hace un rato: —Necesito ayuda —¿Qué pasa? —Tengo un casamiento y no sé qué ponerme —¿Por qué no pasás por “Unikas” y te busco algo? —¡No! No te llamé para eso, Emma, sino para que me ayudes a encontrar algo en mi ropero. La ropa no es importante y no pienso gastar ni un puto peso en “eso”. —Como no quería venir sola, llamé a Luna y le pedí que me acompañara. —Bueno, a ver qué tenés —le digo a More. —Yo había pensado en este —abre el ropero y saca una pollera campesina de esas con tres filas de volados, de una tela con fondo negro y flores bien definidas en amarillo, fucsia y turquesa, con ribetes fucsia marcando cada volado. Miro a Luna, Luna me mira y nos quedamos anonadadas. Si quisiera ser una ridícula, no podría existir una prenda mejor que esa. —¿Y con qué la vas a usar? —Ah, qué se yo —”Que se yo”, nada, ¿cómo la vas a combinar? —Morena vuelve al ropero y de pronto grita: —¡Listo! —¿A ver?! —decimos con Luna al unísono. No. ¡No es posible! Corazones fucsia, la palabra “*love*” escrita millones de veces en turquesa, anaranjado, violeta y verde fluo estampan una... ¡campera de *jogging*! —Morena, ¿creés que podés ir a una fiesta con esa campera? —¡Ya les dije que la ropa no me importa! —¿No entendés que es una fiesta? —¡Yo no creo en las fiestas! —¿Querés ser el hazmerreir y que todo el mundo hable de lo ridícula que te verás? —¡No me importa el “qué dirán”! —¿Y quién se casa? —¡La

hija del jefe de Ezequiel! —¿Estás loca? ¿Quieres que a tu novio lo echen del trabajo? —¿Cómo lo van a echar por cómo yo vaya vestida?! —¿Creés que el jefe de Ezequiel quiere ver a un payaso en una fiesta que seguro le costó un “ojo de la cara”? —Bueno, en eso no había pensado. —¡Despertá, Morena! ¡No podés andar por el mundo como una ridícula, porque no vivís sola en esta sociedad! —Pero Ezequiel no quiere que gaste... —¿No quiere que gastes pero quiere que su jefe lo eche?! —¿Y qué hago? —¿Cómo y qué hacés?! ¡Te vas a vestir como Dios manda! ¡Y vas a gastar lo que se te cante! ¡Es una inversión, Morena! ¿No ves que tu manera de vestir es espantosa? —¡Está bien! ¡Está bien! Pero a “Unikas”, no. Es muy caro para mi.

\*\*\*

Estamos las tres en el *shopping*. —More, vos lo que necesitás es un básico. —¿De qué hablás, Emma? —Un básico es una prenda que jamás va a quedar mal y que la vas a poder usar un montón, en este caso vamos a buscar un vestido negro, vas a ver que le podrás dar mil usos. —¿Pero negro? ¡Va a parecer que voy a un velorio! —¡No! Porque lo vamos a combinar los accesorios de color? —¿Accesorios? ¿Qué es eso? —Ay, Morena, ¡por favor! Cinturones, pulseras, caravanas, *bijou*, zapatos... —Nuestro objetivo es encontrar “ese” vestido negro. Esta Morena, es para matarla. Porque tiene lindo cuerpo, pero nadie se da cuenta con los mamarrachos que usa. —Tener un vestido negro te va a sacar de cualquier aprieto, pero no por eso vamos a elegir el primer vestido negro que veamos, vamos a elegir el que te quede mejor al cuerpo, el que mejor se adapte y te haga ver ¡es-pec-ta-cu-lar! —¿Y cómo es mi cuerpo? —¡Es del tipo “reloj de arena”! Es el que en el mundo *fashion* se considera ¡perfecto! —¿Yo, un cuerpo perfecto? —¡Sí! —Ni idea. Ezequiel nunca me dijo nada... —¡Basta ya con Ezequiel! ¡Basta! Es un estúpido que no sabe valorar a la mujer que tiene. —¡Emma! —me para Luna. —Perdón, perdón —digo. —No, está bien, Emma, nunca lo había pensado desde ese lugar y tenés razón —dice Morena. —Quiero estar linda, ¡sí! Y no me importa si Ezequiel se enoja porque voy a gastar algo de dinero —¡Muy bien! ¡Así se habla! —le contestamos. Morena se prueba varios modelos y se queda con uno que tiene una cintura definida, con escote en v, entallado, porque alarga la figura, pero sin llegar a ser vulgar. —¡Me encanta! —¿Estás preparada para estrenar tu primer par de zapatos rojos? —¡Estoy preparada para todo! —como buena

fashionista y *bloguera* de moda, sé qué bien queda el negro con zapatos rojos y se lo propongo. Todo un éxito lo mío. Así es que Morena encuentra, con nuestra ayuda, un *look* total, vestido negro, zapatos rojos, y unas delicadas caravanas. Pero yo sé que le falta algo. Y quizá hoy, al Morena hacer conciencia de su situación, vaya a tener suerte. —Morena, ¿por qué no aprovechamos y te hacés un buen corte de pelo? —¿Qué tiene de malo mi pelo? —¡Mirate! ¿Por qué usás siempre esa gomita? —¡Es que suelto me molesta! —Te molesta porque tu pelo no tiene forma, ni tiene vida, dale, dale... —Sí, dale, dale, dí que sí, dí que sí —dice Luna. —¡Está bien! —Te voy a llevar ¡con el mejor! —¿Es el tuyo? —Sí, pero además es el que le recomienda Marga a las clientas de “Unikas”... —¿Pero no me va a cobrar caro? —Tu pelo te lo va a agradecer.

\*\*\*

—¡Hola, miamooooor! ¡Divina! ¡Zentateacaaaá!  
—No, yo no me voy a hacer nada, Jimmy.  
—¡¿No?!  
—No, te presento a una de mis mejores amigas, Morena.  
—¡Cri-a-tu-ra-de-dióz! ¡Ez-toy-en-shooock!  
—Por favor, Jimmy.  
—Mirá, Emma, eztolohagoporquezoavoz, ¿okey? ¡A tu amiga hay-que-ra-paaaar-la! ¡Yo zoy eztilizta no mago! ¡Zentateacaaaá!  
¡Ezagomitaazquerozayvulgar! ¡No! ¡No! ¡¿Qué ez ezto?! ¡Qué-zon-ez-taz-gre-ñaz! ¡Ho-rroooooor! ¡Ho-rroooooor! ¡Ezta criatura ez un macaco de zirco!  
¡Verooooónicaaaaa! —Verónica es la asistente de Jimmy. La verdad es que no sé cómo lo soporta. —¿Qué necesitás, Jimmy? —  
¡Quierountédefrutillascontilosh!

Morena está quieta como una estatua. Jimmy le puso la capa de nylon, y la tiene con el pelo suelto. No es por nada, pero esta vez, Jimmy no exagera. El pelo de Morena está peor que la selva del Amazonas, es un tupido bosque, todo enredado, ¿cuánto hace que no se peina?

—Cri-a-tu-ra, vamo-z-a-cortar, y mu-cho, ¿o-key?—Morena asiente y cierra los ojos. ¿Qué otra cosa puede hacer? Pero de algo estoy segura, esto vale la

pena, Jimmy la va a dejar hecha una diosa.



—¡Quieto Lucifer! —dice Morena apenas abre la puerta de su departamento. El abyecto felino, como siempre, no hace caso, pero esta vez su dueña se pone firme: —¡Basta, Lucifer, te voy a encerrar! —grita y acto seguido agarra a Lucifer del cogote y cumple con su promesa. Es que Morena se siente “una mujer nueva”. Jamás había hecho conciencia de la dejadez en que vivía. Hasta ahora. Se miraba en el espejo mil veces y se sentía cómoda consigo misma. Ezequiel estaba donde siempre: apoltronado en el viejo sofá frente al plasma, con el control remoto en la mano. A Morena le hacía ilusión el que Ezequiel la viera con su nuevo *look*. Se acercó sigilosa, y fue entonces que su novio reparó en ella. —¿Qué le pasó a tu pelo? —¿No te gusta? —Seguro que la frívola de Emma te convenció, ¿verdad? Esa estúpida que tiene la cabeza llena de pájaros volados. ¡Vive para las pilchas! ¡Yo sabía que al final te ibas a contagiar! No entiendo como vos, Morena, podés ser amiga de alguien que ¡no tiene nada en la cabeza! —¡Basta! Con mis amigas, no te metas. —Me meto cuando tocan “lo que es mío”—Sos un machista. Yo no soy de nadie, soy mía. —¿Y quién va a pagar ahora ese peinado? Porque además seguro que te la bloguera estúpida te convenció de comprar ropa nueva para la fiesta, ¿verdad? —¡Se casa la hija de tu jefe! —¡No me lo recuerdes! ¿Creés que vamos a quedarnos en la fiesta? ¡Saludamos a los novios y nos vamos! —¿Y vos creés que eso le va a hacer gracia a tu jefe? —¡A él esas cosas no le importan! —¿Quién te dijo eso? —¡Nadie! —¡Claro que le importa la fiesta! ¿Por qué creés que nos invitó? —*Okey, okey*, si querés ir a la fiesta, vamos a la fiesta. —¿Y qué te pensás poner? —¡Cualquier cosa! —¿Ves? ¡No se puede ir a una fiesta con cualquier cosa! —¡Eso dice la ridícula de tu amiga Emma, que está todo el día entre las pilchas! —¡Hacé lo que quieras! Yo voy a usar mi vestido. —¡Usalo! ¡Y yo voy a usar mi ropa de todos los días!

\*\*\*

Seguro que Ezequiel le debe de haber hecho un escándalo a Morena. ¿Creés que no sé lo que dice de mí? No hay que ser muy iluminada para eso. Ese *nerd* me considera una frívola, y no podría importarme menos. Si tuviera que estar con alguien así, antes me mato, te lo juro. Por eso yo sigo en la dulce espera

de mi Jamie Fraser. Dicen que la esperanza es lo último que se pierde, yo creo en los cuentos de hadas y en los finales felices. ¿Por qué no? Ahora está de moda ser bien escéptico, los que se las dan de intelectuales repudian todo lo que tiene que ver con lo romántico. Pero lo hacen porque son todos infelices, de eso estoy segura. Suena mi celular. Es Marga. Qué raro, a esta hora de la noche.

—¿Marga?

—¿Emma?

—¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. Te llamo porque te tengo una noticia que te hará muy feliz y no pude esperar hasta mañana.

—Déjame adivinar: tiene que ver con el *MoWeek*. ¿Tenemos primera fila en todos los desfiles?

—Conseguí una nota con la revista *Caras*.

—¿De veras? ¡No lo puedo creer!

—Creelo. Porque va a salir tu nombre como “el cerebro” de la marca.

—¿El cerebro? Marga, no es para tanto...

—Claro que lo es. Llevás la moda en la sangre, Emma, sabés qué prenda va con cuál, qué vestir en cada ocasión, siempre estás elegante...

—Pero eso es un *hobbie*, nada más...

—No te tires a menos, Emma.

—*Okey*, Marga, *okey*.

—Mañana te espero temprano, porque tenemos que empezar a planificar todo.

No te voy a mentir. La moda me encanta desde que tengo memoria. Siempre fui muy observadora, y además, siempre amé la ropa. Me di cuenta a temprana edad de que lo más importante no era tanto la ropa en sí misma, sino cómo usarla. Cómo combinarla. Esa era la clave. La frase “menos es más” es mi lema de vida. ¿Qué no hay que hacer para ser elegante? Es sencillo. Exagerar. Todo en su justa medida. Toda mujer debe conocer sus puntos fuertes y sus puntos débiles y luego, armar sus *outifits* en base a ello. Su maquillaje. Elegir sus accesorios. Todo importa, hasta el detalle más nimio.

\*\*\*

—¡Buen día, Marga! —no pude pegar un ojo en toda la noche.  
—Emma, tenemos que hablar —me dice Marga y de pronto veo una expresión en su cara que no me gusta nada.  
—¿Qué pasa? ¿Ya no vamos al *MoWeek*? ¿Ya no voy al *MoWeek*?

Marga me acerca un sobre.

—¿Qué pasa? —pregunto muy angustiada.  
—Ahí está todo.

Muy bien. Un sobre con una mala noticia.

—¡Abrilo, Emma, por Dios! —grita Marga, es que me quedé paralizada.

*Ellis, Emma De Montevideo(MVD)Carrasco A Londres(LON) Heathrow  
Ida y Vuelta*

—¿Qué es esto, Marga?  
—¡Te vas a Londres!  
—¡¿Qué?! ¿Nos vamos a Londres, Marga?  
—No “nos vamos”, “te vas”.  
—¡¿Sola?!  
—Sola, Emma, sí, sola.  
—¿Pero cómo voy a hacer? Sabés muy bien de mi fobia a viajar sola.  
—Las fobias se curan enfrentando los miedos.  
—¿Pero dónde me voy a quedar? ¿Qué voy a hacer?  
—Es trabajo, Emma, tra-ba-jo.  
—No entiendo.  
—Es hora que “Unikas” tenga un catálogo digno.  
—No entiendo.  
—Vas a ir a Londres, y vas a encontrarte con un fotógrafo.  
—¿Un fotógrafo desconocido?  
—No es desconocido, yo lo conozco.  
—¿Entonces?  
—La idea es que tú vistas nuestras prendas y que él busque buenas locaciones

y hagan el catálogo.

—Esperá, Marga. ¿Querés que yo sea la modelo de la marca?

—Exacto.

—¡¿Yo?!

—Sí, Emma, tú.

—Pero esto me queda muy grande, Marga.

—De ningún modo.

—No creo ser capaz de hacerlo.

—Sí que serás, de todos modos no hay opción.

—Estoy en pánico.

—Tranquila, tengo unas cuantas canas más que vos, y este viaje te hará muy bien.

—¿Y dónde me voy a hospedar?

—Eso lo vas a planificar tú.

—¡¿Yo?!

—Sí, Emma, tú. Lo que te doy es solamente un pasaje Montevideo-Londres-Montevideo. El resto corre por tu cuenta, “Unikas” te da el dinero, pero de la organización te encargás tú.

—¡Jamás en mi vida organicé un viaje!

—Podés tomarte el día, asimilá la noticia.

\*\*\*

Sigo en *shock*. No logro tranquilizarme y ya es de noche. Le tengo pánico a las alturas, ¿y si me siento mal en el avión? ¿Y qué voy a hacer cuando tenga que caminar hasta el avión en la altura viendo todo por un vidrio? ¿Y si vomito en el avión? Me muero de vergüenza. ¿Y qué voy a hacer en Londres yo sola? Claro que si yo fuera inglesa, todo sería diferente. Sería “una más”, pero no, soy uruguaya. Seguro que los ingleses no saben dónde queda Uruguay, lo confunden con Paraguay. ¿Y qué voy a hacer con mis tres litros de agua diarios? ¿Dónde voy a encontrar baños limpios? ¡Basta, Emma! Acostate y mañana será otro día.

Hago lo impensado: salgo a correr a esta hora de la noche. Es que no puedo dominar la ansiedad, ¿qué voy a hacer al otro lado del Atlántico yo sola? Como buena fan de todo lo inglés, debería de estar contenta. ¡Al fin me voy a meter dentro de las películas que tanto me gustan! Podría pisar la campiña inglesa con mis propios pies, podría llorar donde lloró Tess D’Uverville, podría detenerme en el cruce de los dos caminos y ser Jane Eyre huyendo del castillo del señor Rochester, empapada por la lluvia y aterida de frío. Es cuestión de vencer mis fobias, pero no estoy lista para eso. Voy tan ensimismada en mis pensamientos... cuando de pronto Lo veo. Viene trotando de frente a mí, no hay caso, es Jamie Fraser. ¿Dónde se había metido *Mister Músculo*? Lo busqué hasta debajo de las piedras y nada. Y ahora, que dejé de obsesionarme con el asunto, ahí está. Seguro que ni se acuerda de mí, lo más probable es que pase corriendo al mismo ritmo que viene sin detener su marcha... pero... No.

—Hola.

—Hola.

—Creo que no nos presentamos debidamente, no sé tu nombre. Soy Uriel.

—Emma.

—Emma... lindo nombre.

Así que “Uri” era el diminutivo de Uriel. Así lo llamó su amiga aquel día en el murito de la rambla. Porque lo que no me falta, es memoria. ¿Se acordará que me presentó a su “banda”? Pero no quiero parecer una boba preguntando, ya bastante vergüenza pasé con él.

—Por lo visto me equivoqué contigo, no corrés por esnobismo. Me disculpo.

—Me muero muerta. ¿Se está disculpando?

—Vos tampoco. —devuelvo.

—Ahora mismo estoy entrenando para una carrera.

—Qué bien... yo nunca participé de ninguna. Me gusta correr pero no pasa de la rambla.

—Son experiencias que no deberías perderte, todavía tenés tiempo.  
—Capaz algún día me animo.  
—No te vas a arrepentir. ¿Qué escuchás? —Me toma desprevenida.  
—*Bohemian Rhapsody*.  
—Deberías venir un día a nuestros ensayos.  
—¿Cantás?  
—Y toco la guitarra.  
—Deportista y artista.  
—Así es, vos lo dijiste. Me gustó verte, Emma, debo seguir entrenando, nos vemos.  
—Nos vemos.

*Mister Músculo*, Uriel, se va alejando y yo ¡lo amo! Su aparición me distrae de lo que me tiene sin dormir, mi próximo viaje. Además de ser un bombón, Uriel es artista. La mezcla perfecta. Atlético y sensible. ¿Cómo no enamorarse de alguien así?

\*\*\*

—¿Luna?  
—¿Emma?  
—Disculpá la hora...  
—¿Estás loca? Vos te vas a dormir con las gallinas, ¿por qué estás despierta a estas horas?  
—¡Estoy enamorada!  
—¿Qué?!  
—¡De Uriel!  
—¿Uriel?  
—Uri.  
—¿Otra vez con eso, Emma?!  
—Lo vi.  
—Okey, lo viste. ¿Y?  
—Me habló.  
—¡Emma! ¡Estás más boba que de costumbre!  
—Estoy embobada con él.  
—Emma, ¿de verdad creés que porque sea igualito a Jamie Fraser y parezca salido de una película inglesa es suficiente para enamorarse? Mientras sigas

con esa idea infantil de buscar al príncipe azul...

—Claro que voy a seguir con esa idea.

—Emma, ay Emma, ¡No tenés remedio!

—Uriel toca la guitarra. Por eso la otra vez que lo vi le hablaban de ensayar.

—*Okey*, Emma, *Okey*. Uriel es un bombón, es deportista, es artista. Pero ¿qué pensás hacer para que se fije en vos?

—No voy a hacer nada. Elizabeth Bennet no hizo nada y Mister Darcy se enamoró de ella.

—¡Emma! ¡Vos no estás dentro de una película! ¡El mundo no funciona así! Dejá de pensar en tonterías, centrate en lo real, en Tu Viaje.

—¡No me hables del viaje!

—Lo siento, Emma, pero esa es tu realidad. ¿Y si allá conocés a tu príncipe? No me digas que no lo pensaste. ¿Querés un príncipe inglés? ¿Qué mejor lugar que Inglaterra para encontrarlo?

—Yo quiero a Uriel.

—Pero no seas ridícula. Hablaste dos veces con él. Además Uriel no es inglés. En el viaje tenés la posibilidad de conocer a un inglés como Dios manda.

—¿Y qué le voy a decir? ¡¿No te das cuenta de que tengo que ir a Inglaterra y entiendo nada de inglés?!

—Si querés llevame de traductora...

—Ojalá.

—¡No seas boba, Emma! ¡No es tan difícil!

—¡Voy a parecer una estúpida!

—Usá el lenguaje de señas. Eso lo entiende todo el mundo. ¡Ya sé! Pedile a Morena que te instale en el celular la aplicación que traduce lo que te hablan. Seguro que Ezequiel sabe cuál es. Vive adentro del celular.

—No es una mala idea. Sí, le voy a pedir.

—Con el celular “traductor” ya no tendrás problema.

\*\*\*

Después de hablar con Luna me quedo más tranquila. Por lo menos no voy a tener graves problemas con el idioma. ¿Y si de verdad encuentro a mi príncipe? ¿Pero cómo nos vamos a comunicar? No tengo nada de sueño. No sé cómo voy a pasar el tiempo hasta el día del viaje. Y recurro a mi “amigo” San

*Facebook*. Entro a los grupos de novela romántica, pero no hay caso, no logro calmarme. Ni siquiera en “Locas-por-Jamie”. Debo de reconocer que estas chicas están algo trastornadas. En el grupo hablan de Jamie Fraser, como si fuera una persona de verdad. Todas quieren ser Claire Randall. Están muy locas. Quizá Luna tenga razón y yo me haya contagiado.

Gabo: ¿Qué hacés a esta hora conectada?

Emma: necesito distraerme

Gabo: ¿Qué pasó?

Emma: tengo que ir de viaje

Gabo: Eso es bueno.

Emma: estoy re nerviosa

Gabo: ¿Dónde viajás?

Emma: Londres

Gabo: ¿Y estás angustiada por eso?

Emma: no se inglés

Gabo: No va a pasarte nada. ¿Y por qué viajás allá?

Emma: trabajo

Gabo: ¿A qué te dedicás?

Emma: trabajo en una tienda de ropa y la dueña quiere q haga un catálogo, tengo que encontrarme con un fotógrafo

Gabo: ¡Es genial!

Emma: nunca viajé sola

Gabo: Siempre hay una primera vez para todo.

Emma: todos dicen lo mismo!

Gabo: Es la verdad. ¿Así que te vas a Inglaterra? ¡Qué casualidad!

Emma: por?

Gabo: Nada, es un modo de decir. Mirá, cualquier cosa yo estoy acá siempre.

Emma: vivís en Facebook?

Gabo: Me conecto por trabajo.

Emma: y en qué trabajás?

Gabo: Fotógrafo.

Emma: ojalá hubieras sido vos el que va a trabajar conmigo

Gabo: ¡Qué honor!

Emma: tengo fobia a los desconocidos.

Gabo: Las fobias se vencen.

Emma: eso me dijo mi jefa!



Gabo: Tiene razón...

Emma: si te cuento algo no te vas a reír?

Gabo: Dale.

Emma: me gusta alguien pero no me registra

Gabo: Dame más datos.

Emma: corre por la rambla y toca la guitarra

Gabo: ¿Y por qué creés que no te registra?

Emma: me da poca bola.

Gabo: Las cosas nunca son lo que parecen.

Emma: por qué lo decís?

Gabo: Por nada. Andá a dormir, es re tarde.

Emma: gracias.

Gabo: No hay de qué.

Ahí está, clavado como siempre, Lucifer, gato del infierno. Adivinaste. Estamos en casa de Morena y Ezequiel, pero esta vez me siento agradecida, es una bendición tener amigas. —Emma, ¿cómo podés estar así de nerviosa? ¡Yo estaría saltando en una pata si me fuera a Inglaterra! —me había dicho Morena. —¡Nunca viajé sola! —¡Pero Emma! Una vez que estés en Londres te vas a olvidar de todo, ojalá yo fuera. —¡Es que no es sólo Londres! —¿?— ¡Marga quiere que recorra todo el Reino Unido! —¿Y cuál es el problema, Emma? ¡Es genial! —El problema es que sólo tengo un pasaje Montevideo-Londres-Montevideo, ¿cómo voy a hacer? —Y este es el motivo por el que estamos aquí. Mis amigas me van a ayudar con la organización del viaje.

—Bueno, Emma —dice Luna, la más expeditiva —tenés sólo el pasaje. ¿A qué aeropuerto llega?

—¿Cómo a qué aeropuerto llega? Al de Londres, supongo...

—Emma, en Londres hay varios aeropuertos.

—¿Y qué voy a hacer?!

—¡Mostrame bien el pasaje! A ver... llegás a Gatwick, y pero la vuelta es desde Heathrow.

—¿Y qué voy a hacer yo?!

—¡Dejar de seguir lamentándote! —dice Morena. Menos mal que Ezequiel salió, sino estaría muerto de risa.

—Lo primero que tenemos que conseguir es un hotel en Londres —dice Luna.

—¿Pero y cómo?

—¡Por internet, Emma! Vos que sos una *blogger*, ¿no sabés eso?

—A ver... —dice Morena —miren este departamento en Soho.

—¡Soho! —dice Luna —¡Me muero!

—¡No es caro! —dice Morena. —pero este es un departamento que tenés que alquilar, Emma.

—¿Pero no es suficiente complicación encontrar un hotel? ¿Cómo voy a hacer yo, para alquilar un departamento?

—¡Lo vas a hacer y sola! —dice Luna.

—Aquí están los datos del dueño, se llama Gavin. Hay que llamarlo.—dice

Morena.

—¡Llamalo, Emma! —dice Luna.

—¡Pero no sé inglés!

—¡No importa, acá tenés! —y me alcanza el celular, que ya está sonando. ¿Llamó a Inglaterra? ¡Está loca! —Hellow... —¡Hablan! —¡Hablá, Emma! — ¿Ser Gavin? —Yes. —Mi quiero alquilar casa. ¿Tener toallas? ¿Sábanas? — Excuse me? —Casa —Ver, señourita, no spanish, casa Soho for you ready — Thank you.

—¡Muy bien, Emma! ¡Lo hiciste!

—¡Me muero de vergüenza! Seguro que Gavin piensa que soy una estúpida.

—¡Qué te importa eso! ¡Te vas a quedar en el Soho! —dice Morena.

—¡Estoy exhausta!

—¡Exhausta nada! ¡Te falta todo el resto del viaje! —se enoja Luna —a ver, ¿qué días tenés que hacer las fotos? Perfecto. Entonces, después te vas a ir a Edimburgo, que es hermoso.

—¿Edimburgo?

—¡Escocia! ¿No querías conocer la tierra de Jamie Fraser?

—Ay, ¡sí!

—Y bueno, te vas a ir a Edimburgo.

—¿Y cómo me voy a ir a Edimburgo?

—Lo más barato es el avión.

—¡¿Avión?! ¡Otro avión! ¿Por qué no en tren!

—¡Es mucho más caro! Ya tenemos un viaje en tren para ir desde el aeropuerto a Londres.

—¡¿Es tan lejos?!

—¡Todos los aeropuertos son lejos de las ciudades, Emma!

—Te vas a tomar el tren hasta la estación Victoria, y te vas al *Soho*.

—Déjenme anotar.

—¡Yo te estoy anotando todo! —dice Morena —Te estoy armando esta carpeta, aquí estoy poniendo todos los *voucher*, ¡No vayas a perder nada, Emma!

—No, no...

—Chicas, atención. Ahora estamos con Edimburgo. Aquí hay un vuelo que te sirve, Emma.

—¿Pero así lo compro, sin más?

—Bienvenida al mundo real, ¡Emma!

—Después te vas a ir desde Edimburgo a Dublín. ¡Irlanda!

—Si vos decís...

—¡Qué viaje que te estamos armando, Emma!

—Y después te vas a ir a la tierra de *The Beatles*. ¡Liverpool!

—Tranquila, que estoy imprimiendo y guardando todas las reservas de tus vuelos, Emma —dice Morena.

—¿Querías tren? ¡Bien! Desde Liverpool volverás a Londres en tren. ¡Redondito te quedó, Emma!

\*\*\*

No puedo quejarme. Mis amigas me armaron terrible itinerario. ¡Tres países! Inglaterra, Escocia, e Irlanda. Claro que no sé cómo voy a hacer, tengo que tomar tres aviones, ¡¿qué voy a hacer?! Pero ya estoy en el baile. Y me toca bailar. Estoy tan ansiosa que no puedo conmigo, salgo a correr todas las noches, pero no vuelvo a ver a Uriel. Qué pena, tenía ganas de distraerme. Otra vez parece que la tierra se lo hubiera tragado. Ya se me hizo un hábito estar en *Facebook* por las noches, es sólo hasta que viaje...

Gabo: ¿Cómo va?

Emma: ya tengo el viaje organizado

Gabo: ¡Bien!

Emma: me ayudaron mis amigas

Gabo: Es bueno tener amigas...

Emma: voy a tres países!

Gabo: ¿A cuáles?

Emma: Inglaterra, Escocia, Irlanda

Gabo: ¡Tremendo viaje!

Emma: nunca viajé sola

Gabo: Va a estar bueno...

Emma: me voy a pasar en aviones

Gabo: ¿Eh?

Emma: mis amigas dicen que el avión es más barato que el tren

Gabo: ¿Y cuáles son tus vuelos?

Emma: llego a Gatwich tomo un tren a estación victoria, voy al soho...

Gabo: ¿Te vas a hospedar en Soho? ¡Buenísimo!

Emma: después de hacer las fotos tomo un avión a Edimburgo

Gabo: ¡Impecable!

Emma: después tomo un avión de Edimburgo a Dublín

Gabo: ¿Y después?

Emma: otro avión de Dublín a Liverpool

Gabo: ¿Sos rockera?

Emma: maso

Gabo: ¡Tus amigas son unas genias! ¡Vas a ir a la ciudad donde nacieron los Beatles!

Emma: después tomo un tren de Liverpool a Londres

Gabo: ¡Te felicito!

Emma: yo estoy re nerviosa

Gabo: Cualquier cosa que necesites...

Emma: me pone super nerviosa ir a tantos aeropuertos

Gabo: Si querés dame las fechas así cualquier duda me podés preguntar...

Emma: de verdad? gracias te las doy...

Gabo: ¿Sabés cómo encontrarme? En los aeropuertos hay *Wifi*...

Emma: si si

Gabo: Quedate tranquila, ya tengo todas tus fechas y todos tus vuelos, cualquier cosa te la soluciono.

Emma: no se que haría sin vos... perdón...

Gabo: Nada que agradecer.

Y aquí estoy, en el Aeropuerto Internacional de Carrasco. Vine muchas veces a despedir a gente que se iba, pero esta vez, la que se va soy yo. No llevo nada del otro mundo, una valija media y una mochila. No fue fácil: hacer el equipaje es todo un arte, sobre todo eso de poner “lo justo”, ni de menos, no de más. Luna y Morena vinieron a despedirme, es que estoy muy nerviosa: — Ya estás acá, Emma, de ahora en más, ¡a disfrutar! —ojalá pudiera... pero tengo miedo. —Aflojá el cuerpo, estás rígida como una estatua —. Anuncian mi vuelo y llega el momento del inicio de mi aventura: de ahora en más, soy sola y el mundo. De pensarlo me dan escalofríos. Me tiembla la mano, reviso todo un millón de veces, tengo el *check in* y el pasaporte. Es que soy muy obsesiva y temo haber olvidado algo: tengo el celular también, que será, presiento, un “amigo” muy importante. Estoy parada, en una fila. Sola. ¿Y si suena el sensor de metales? Con solo pensarlo, me muero de la vergüenza. Paso. ¡Alivio! No puedo tener esta postura ante la vida, estoy toda contracturada. ¡Me voy de viaje! ¡Y nada más ni nada menos que a Inglaterra! ¿Y si se hace realidad mi sueño de conocer a un príncipe azul inglés? Voy a la tierra de Jane Austin. Entro al avión y camino pacientemente hasta mi lugar. Marga pensó en todo: me toca ventana, y no es arriba del ala. Eso me asegura una vista maravillosa. Sigue subiendo gente. Tengo por delante doce horas de vuelo ininterrumpidas hasta el Aeropuerto de Barajas, en Madrid, en tránsito, y allí tengo que abordar otro avión que me lleve a Gatwick, Londres. Reviso nuevamente los papeles, todo está en orden, la conexión, el otro vuelo... Y sigue subiendo gente. Todavía no se sentó nadie a mi lado, espero que sea leve. —¡Aquí, chiquilinas, es aquí! —¿Y dónde voy a meter todos los bolsos? —dice la que la acompaña. —Se instalan y una de ellas casi me mata con la valija de mano, al intentar guardarla en la parte superior. —¡Espero no marearme! —¡Yo tampoco! —Ay no. Lo único que me falta. —¿Estás segura de que este es el vuelo? —¡Claro que este es el vuelo! —dice la que parece comandar a las otra. —¡Ay, necesito ir al baño! —Pero no entiendo. ¿Por qué no fue antes de subir al avión? —¡Yo también! —dice la otra. ¡Por favor! ¡Al fin! El avión cierra las puertas. “Todos permanezcan sentados en sus lugares con sus cinturones puestos” anuncian de la cabina. —¿Y Dorita? —¿Dorita? ¿Pero esta no es la que vino a probarse el vestido para el casamiento? Me

parece que es la misma... —Ya tengo ganas de ir otra vez. —Pasa la azafata. Les dice que no puede ir la valija que pusieron en la parte superior. —¿Por qué? —Debe de estar cerrado —¡Pero mi valija tiene que ir! —Lo siento, pero debe de ir a bodega. —¡No! ¡No! —Ni modo. —¡Señora, por favor tome asiento! —El avión comienza a desplazarse lentamente. —¡Sondra! ¡Esto no me gusta nada! —¿Sondra? ¿Qué nombre es ese? —¡Tengo vértigo! —Tranquila Sondra —Dorita, ¡tengo vértigo! —Y se hace silencio. El avión se pone en la pista y acelera. Cómo me gusta el momento del despegue. Yo me había olvidado del movimiento, el instante más sublime es cuando un avión toma carrera para despegar. El cuerpo se pega fuerte, vienen unas cosquillas en la panza, como en las sillitas voladoras del Parque de la Costa. De pronto, una luz se enciende: tan sólo quería registrar momentos, pero me siento aterrada. Todo comenzó cuando miraba lentamente, primero el aeropuerto de Carrasco, luego la costa, luego vi el mar, después vi la playa Carrasco, algunos edificios se me aparecieron, después Pocitos, y todo se fue haciendo cada vez más pequeño. Cuando antes no sabían volar y no habían inventado estos aparatos, ¿cómo se podía ver el mundo redondo y no plano? Y caigo en la cuenta de que uno está mejor informado cuanto más tarde nace. Uno es un punto dado por las coordenadas del Tiempo y del Ser. Ahí nace, existe. No antes, cuando no había nada que nos permitiese conocer el mundo, salvo ese que se veía directamente; ni después, cuando quizá se supiese de la existencia de otras vidas en otros sistemas, otros seres, otras inteligencias. ¿Hay solo un antes y un después? ¿La coordenada del tiempo será una? No somos nada, al fin y al cabo... Este es un momento muy mío, parece que sólo conmigo y el mundo me basto, por suerte otros descubrieron muchas cosas antes que yo, pero en tiempos anteriores otros no tenían mi suerte: nada sabían, poco les era contado, ¿cómo y a través de quién podría ser imaginado el mundo? Demasiadas interrogantes. Estoy paralizada, inmediatamente antes había pensado en mi cuerpo, lo peor sería perder los ojos, qué privilegio es tener piernas, poder moverse, poseer un cuerpo y sentidos. Y descubro con pánico que en cualquier instante, cualquier acontecimiento puede interrumpir esta maravilla. Si secuestran el avión, si el piloto se distrae, qué precaria es nuestra existencia... Todo es tan relativo, mi tranquilidad, mi casa, mi equilibrio... qué angustia. —¿Te sentís bien?! —El estridente grito me devuelve a la realidad. —¡Estás blanca como un papel! ¿Pero... nos conocemos de algún lado? ¡Te veo cara conocida! —Soy Emma —Claro, Emma, ¡de Unikas! ¡Me salvaste la vida! —Dorita, no la vuelvas loca, pobre,

¿no ves que se siente mal? —Gracias, Dorita, ya estoy mejor —Yo me llamo Sondra, ¿así que vos sos Emma? ¡Hay que hacerte un manolito! —Callate, Sondra —No, no, no, que no sabés cómo rompió los cataplínes con que la consuegra iba a estar más linda que ella en la fiesta... ni te digo... ¡durante meses nos tuvo la cabeza hecha una coctelera! —Ay, Sondra, no exageres —¿Y cómo estuvo la fiesta? —pregunto, recordando a Dorita, el casamiento de su “nene”, y a la consuegra, la tal Chantal y su idea nefasta de un vestido horroroso. —¡Divina! —¿Y estuviste “a la altura” de tu consuegra? —Jajajaja —¡Sondra, no te rías! —¡Es que la consuegra de Dorita fue la peor vestida de la fiesta! —Sí, me acuerdo, Chantal. —¡Se mandó hacer el vestido verde esmeralda con todo dorado hasta las muñequeras! ¡Parecía Cleopatra! —¡Basta, Sondra! ¿No ves que Emma no se siente bien? —Gracias, Dorita, ya estoy mejor... —No, no, no, tenés que tomarte algo —No gracias, Dorita —No, no, no, ¡yo tengo una farmacia a bordo! Tengo sobres de té para pánicos. —Bueno, muchas gracias —le digo. Nunca pensé que Dorita me sacaría el pánico, pero así fue. —¿Y a dónde viajás, Emma? —A Londres... —¡¡Nosotras también!! —Ay, qué alivio. Nunca viajé sola. —Nosotras hacemos una conexión en Barajas —Debe de ser la misma que la mía —Mostrame los *voucher*. —Le doy a Dorita los papeles —¡Sí, es el mismo vuelo! —La verdad es que siento un alivio inmenso. Por suerte alguien hablará español cuando llegue a Gatwick. —¿Y vas a hacer algo en especial a Londres, Emma? —Dorita, ¡no seas tan indiscreta! —le grita Sondra. —No hay problema —digo —voy por trabajo. —¿En serio?! —Sí, tengo que encontrarme con un fotógrafo para hacer un catálogo con la ropa de Unikás. —¿De verdad?! ¡¿Sos modelo, Emma?! —¡No, nada que ver! —No seas tímida, Emma. —¿Y ustedes? — ¡Yo voy a correr! —dice Dorita. —¿Hay alguna carrera? —Sí, ¡la 10k en Edimburgo! —¿Edimburgo? Yo también voy a Edimburgo... es que mi jefa, Marga, la dueña de Unikás quiso que organizara un viaje yo sola, y mis amigas me ayudaron... Además de Inglaterra, voy a Escocia y a Irlanda. —¡¡Nosotras también!! —¡¡ Qué casualidad !! —Empieza el movimiento de carros en el avión. Las azafatas van y vienen... —¡Nos van a dar la cena! —dice Dorita. —Ya es noche cerrada. El asiento es de lo más incómodo, y son doce horas de vuelo. Este viaje va a ser muy largo.... Llega la azafata a nuestra fila. —Ay, esta comida tan rara —dice Sondra —Yo me quería pasar los *sandwiches* de jamón y queso... ¡ahora acá no hay nada! —¡Sondra, no se puede pasar comida! —¡Yo la hubiera pasado! —Estas mujeres son un show. No entiendo por qué no les gusta la comida. Está rica. Pasa nuevamente la



azafata. Se lleva todo. Se apagan las luces. Me acurruco como puedo, es de lo más incómodo para dormir. Me duele la espalda... —¡Ya estamos por llegar! —grita Sondra. Cuánto dormí... —Emma, vení atrás nuestro, porque yo tengo todo calculado, ¡hay que correr! —¿Correr?! —Sí, porque tenemos que ir a tomar el otro avión y el aeropuerto de Barajas ¡es una ciudad! —Seguro tenemos que tomar un ómnibus para ir de un lado al otro —dice Sondra. Menos mal que estoy con ellas. La azafata anuncia el aterrizaje. Apenas el avión se detiene, la gente se para enloquecida, como si le fuera la vida en ello. Yo sigo a Dorita y a Sondra. Primero pasamos por la manga. Después seguimos una flecha amarilla. —¡Corramos! —Dice Dorita, sobre la cinta transportadora. —¡Tengo vértigo! —grita Sondra —¡No importa, Sondra, vamos a perder el avión! —Yo las sigo. Era verdad lo del ómnibus. Respiro. Esperamos. Delante nuestro hay un pelirrojo como Jamie Fraser. ¿Cómo voy a hacer para llamar la atención de Uriel? A la vuelta veo. Ahora nada de eso me importa. Una mujer se acerca a este Jamie Fraser, los dos están de espalda. Él le pasa el brazo. ¡Qué suertuda! —¡Uri! ¡Ahí viene! —¿Uri? ¿Le dijo “Uri”? Ay, no quiero saber. Porque si “Uri” es “mi” *Mister Músculo* entonces... ¡tiene novia! No pienso mirar. Si me tengo que decepcionar, que sea después del viaje. —Arriba, Emma —grita Dorita. Las sigo y el ómnibus arranca tan violentamente que casi me caigo. ¡Lo único que me falta! El ómnibus se detiene. —¡Vamos! ¡Vamos! ¡Ya están embarcando! —grita Dorita —¡Vamos a perder la conexión a Londres! —Otra vez las cintas transportadoras. Otra vez correr. No sé cuánto corrimos dentro de este maldito aeropuerto. Me mato si pierdo el vuelo. Pero si no fuera por Sondra y Dorita seguro lo hubiera perdido. —¡Allí está la puerta de embarque! —grita Dorita —¡Vamos! ¡Rápido que nos dejan! —grita Sondra. Con la lengua afuera... en el literal sentido de la palabra, llegamos a tiempo a nuestra conexión. La aventura comenzó.

Aeropuerto de Barajas. Madrid.

Amanece. Mis párpados sucumben ante la fuerza de gravedad, crucé el Atlántico. Nada más eterno que los tránsitos de los aeropuertos. Corredores infinitos, un laberinto de vidrio con bóvedas celestiales. Mi cuerpo resignado aguarda desplomado en bancos de metal. Mil voces me hablan pero no las puedo oír, un peso me aprieta contra el suelo.

La carrera por el aeropuerto de Barajas me dejó estupefacta, nunca hubiera imaginado que una terminal aérea pudiera ser tan grande, parece una ciudad, con transporte y todo. Después de correr tanto aquí estoy, subiendo al avión que me llevará a mi destino final: Gatwick, Londres. Me duele todo el cuerpo. Doce horas sentada en un avión no es para cualquiera, y para colmo el día “se acortó”. Maldito síndrome transoceánico, me voy a descompensar por la falta de horas. Me pasé leyendo sobre este asunto la semana pasada: existe un desequilibrio producido entre el reloj interno de una persona y el nuevo horario que se establece al atravesar varias regiones horarias. Tengo todos los síntomas del *jet lag*: estoy agotada y de mal humor. Y claro, si no dormí casi nada. Todavía me faltan dos horas más de vuelo para llegar a Londres. Nunca tuve tantas ganas de salir de un avión como ahora. Este avión por suerte es más chico; ya no soporto las multitudes.

Aeropuerto de Gatwick. Londres.

El avión se detiene. No lo puedo creer, estoy en suelo inglés. A pesar del cansancio, mi instinto hace que me pare de inmediato, quiero salir, quiero respirar aire puro inglés. Sigo la fila de personas que bajaron del avión, y entro en pánico: multitudes apuradas van y vienen en todos los sentidos, ¿cómo voy a comunicarme aquí? Nadie habla español. Lo primero que tengo que encontrar es el tren que va a la estación Victoria. Se ve que después de todo, Dios existe. Me las arreglo como puedo y elijo a alguien con rostro amable, porque aquí la gente no se ríe: —train, station Victoria —pronuncio en mi

nefasto inglés. Es una chica joven, y trata de hablarme pausado, y señalándome direcciones. —¿Uruguay? ¿South América? —Yes —respondo. —Good luck —dice. Me fijo en el celular, significa “Buena Suerte”. Alguien amable. Qué bendición.

Londres, hacia estación Victoria.

El tren rápido se desplaza cual flecha veloz, soy mi cuerpo dibujado con lápiz gris. Imágenes de bullicios y cintas con valijas vivientes hacen un mosaico en mi retina. Pero rápidamente me distiendo. El asiento del tren es mil veces más cómodo que el del avión. Estoy tan cansada que podría dormirme, pero el estar viajando en un tren a Londres me es tan excitante, que definitivamente sí me siento en mi película inglesa. Estoy muy agradecida con Dorita y Sondra, si no fuera por ellas habría perdido el vuelo, pero la verdad me dejaron la cabeza hecha una coctelera.

Yo estoy “de paso”, voy muy ligera escuchando “Last Train To London”... Jamás hubiera pensado, cuando escuchaba a *ELO*, que podría vivenciar Last Train to London viajando precisamente en un tren a Londres y me balanceo levemente con el desplazamiento, acurrucada en un rincón con los auriculares puestos, mirando este paisaje tan inglés que ahora, increíblemente, tengo frente a mis ojos y no está en ninguna pantalla de cine. Aterricé en Gatwick, luego de muchas horas de vuelo, desde el confín del mundo; un país cuyo nombre a los ingleses les cuesta pronunciar por su ascendencia guaraní, “río de los caracoles”, “urugúá” significa “caracol” e “y”, río.

El cielo es igual, aquí, en la ciudad de los ómnibus rojos de dos pisos, los taxis negros y las cabinas de teléfono rojas, y allí, en el sur, en el rincón de América que me vio nacer y que nadie aquí conoce: —¿Paraguay? —No, Uruguay —tengo que aclarar varias veces y eso me muestra la insignificancia de nuestra existencia. No me importa si me ven como a una “sudaca”, no me importa si les molesta mi acento, los ingleses son un témpano de hielo y una está acostumbrada a la sonrisa amable y a la vehemencia de las palabras.

Un hombre de impecable traje está desayunando, no se le mueve ni un solo

músculo facial mientras lee el periódico, seguramente “The Times”, mientras su perro está sentado debajo de la mesa, al igual que él, erguido y tieso. Cuando una turista latina se acerca a acariciar al animal, el inglés parece que va a enloquecer, cree que quién-sabe-qué le podríamos hacer “las bestias latinas” a su perro. La mujer se aleja estupefacta, ¿cómo podría imaginar que acariciar a un perro se podría transformar en casi un delito? Pero ellos son así, el calor latino los exaspera, son iguales a como los muestran en las películas que vi tantas veces, tantas, como la cantidad de corazones que tracé, películas sobre grandes obras de la literatura inglesa de Jane Austin, Charlotte Brontë y Thomas Hardy. Decididamente en nada exageran, son impolutos, erguidos... si no reparan demasiado en mí es por mis ojos claros, eso hace que parezca “una más” en la vereda de *Old Compton Street*, una calle en pleno Soho londinense, pero parecer no es lo mismo que ser. Como las cabinas de teléfono rojas, que ya no son porque huelen a orines pero igual se yerguen esbeltas en toda la ciudad; también están de paso, al igual que yo.

Una casita encantada en el Soho.

En el corazón de esta calle angosta, *Old Compton Street*, tras una puerta azul, está el departamento que alquilé. Había intercambiado varios *emails* con Gavin y me dijo que me esperaría para darme la llave. Efectivamente, hay un tipo que al verme, se acerca: ¿Emma? —Yes —respondo. “Yes” me sale genial. —I’m Gavin. —me acerco para saludarlo, y el inglés se queda hecho una estatua. ¿Pero estos ingleses no se saludan con un beso en la mejilla? Definitivamente no. Gavin me mira como si fuera un animal salvaje, claro, somos “sudacas”, creará que soy descendiente de los jíbaros, los indios del Amazonas, y que si tiene contacto corporal conmigo, la cabeza se le va a reducir. Abre la puerta de color azul, lo sigo por una escalera y me muestra el lugar. Un dormitorio que da a la calle, un estar y el baño. Espero que se siente a charlar conmigo pero soy muy ingenua. La única preocupación de Gavin es acordar el día que me voy para pasar a buscar la llave. Y se va. ¡Se fue! Ahora sí, estoy absolutamente sola. Me tiento acostarme a dormir, pero ¡estoy en Londres! ¡No estoy soñando! Así que decido salir a la calle. Los taxis son idénticos a los que se ven en las películas, el tránsito es minuciosamente ordenado, la gente hace fila en las paradas de *bus*, a nadie se le ocurriría colarse en este primer mundo. Todos están ensimismados en lo suyo, no son

como nosotros, que nos pasamos mirando a la gente que tenemos alrededor, nos fijamos qué tienen puesto, y nos comparamos con ellos. Aquí nadie mira a nadie, y eso me genera mucha paz. Yo pensé que iba a llamar la atención por “sudaca”, pero mientras no abra la boca, nadie se da cuenta de nada. Está lleno de carteles redondos con la leyenda “Underground”, en todas las ciudades del mundo hay subte, excepto en Montevideo. Los *buses* rojos de dos pisos pasan como flechas veloces, es increíble la prolijidad del manejo de los choferes en estas calles, estrechas y con muchas curvas. A nadie se le ocurre cruzar si el semáforo está en rojo, todos están parados tiesos como estacas esperando el cambio de luz. Choferes y peatones por igual. Una mujer de pelo fucsia encandila pantallas de televisores. Pero no es la única. Si en Montevideo alguien saliera con el pelo todo fucsia, la gente se daría vuelta a mirar, pero aquí no. Hay mujeres de pelos de colores: verde, azul, fucsia, aquí definitivamente yo podría tener el pelo azul. Aquí me animaría, sin dudas. Recorro el barrio pero luego me entra miedo a perderme, así que vuelvo a “mi casa”. Todavía es de día. Me acerco al ventanal, se ve la calle desde arriba, flores blancas y rosas en el pie de la ventana. Definitivamente es encantador.

Ahora sí, me tiro en la cama. Me conecto al *wifi* con mi celular. ¿Gabo? Tengo montón de mensajes suyos.

Emma: llegué

Responde al instante.

Gabo: ¡Bien! ¿Ya estás en el depto de *Old Compton Street*?

Emma: si

Gabo: ¿Qué tal el Soho?

Emma: divino

Gabo: Tenés que dormir... perdiste varias horas. Cuesta adaptarse.

Qué raro. Lo dice como si estuviera aquí cerca... Deben de ser alucinaciones más.

Emma: me va a costar

Gabo: ¿Ya pensaste qué vas a hacer mañana?

Emma: tengo un lío en la cabeza

Gabo: Cuando te despiertes escribime.

Emma: ok

Gabo: Que duermas bien.

E increíblemente me duermo. Estoy agotada.

Llego con puntualidad inglesa a la dirección que me dio Marga. —¿Pero ellos me conocen? —le había preguntado —Claro — ¿Y por qué me eligen a mi si no soy modelo? —Para la campaña queremos chicas reales, no flacas escuálidas. Queremos que “Unikas” sea vista como una marca en que cada mujer puede encontrarse con un estilo único e inconfundible. — Otra vez una escalera estrecha, de madera. “Bien inglés”, pienso recordando que en cada una de las películas que vi, había una escalera como esta. Llego a la planta alta y hay más de veinte personas, todas alteradas. ¡Me muero! Una mujer joven se me acerca: —¿Emma, verdad? —me dice en español. —Si —Mirá, te vamos a hacer unas fotos acá para ver cómo te relacionás con la cámara — Tiene acento rioplatense. —¿De dónde sos? —me nace preguntarle. —Buenos Aires —es todo lo que responde, ¡qué engreída! —Vas a tener que cambiar de actitud, no veo que pueda salir algo bueno. —¿De qué hablás? —De las fotos. ¿Nunca posaste para una cámara, verdad? —No. —¡Yo sabía que no era una buena idea! —Qué desgraciada. Qué pedante. —Ahora esperás a que llegue el fotógrafo. —me dice. —¡Cleo! —grita alguien. —¡Ya voy! —Cleo. Me siento en un taburete. Tengo ganas de llorar, pero ni loca pienso dar el brazo a torcer. —Te van a peinar —me dice Cleo. De pronto, la cara se me ilumina. —¡Amor! ¡Zi-zi! ¡Yozabía! —¡Jimmy! Ay, corazón, ¡qué suerte que estás acá! — Ricura, ¡no le hagaz cazo a eza bruja ho-rri-ble! —Jimmy me suelta el pelo — Ziem-pre-con-el-pelo-cuidado-amooooor-ezoezloquemeguztadevoooooz. ¡No como eztaz chiruzas! —¿Jimmy, amor, ya está pronta? —viene Cleo —Para voz amor ¡Noooo! —Bueno, Jim, es una forma de decir... —¡No me cortez el nombre que me pongo loocoooo! —Okey, Jimmy, Okey —qué bien. Jimmy le puso a Cleo los puntos sobre las íes. —Dezime, ¿y el fotógrafo? —Está retrasado —¡Ezunirrezponzable! ¡Ya dije yo que eze chico tiene la cabeza llena de pájaroz! —Te digo que ya viene, Jimmy —¿Te parece que Emma tenga que ezperar? —¡Emma tiene que esperar y hacer todo lo que se le diga! —grita Cleo. —¡Estamos en la fase de pre producción! —Zi tu fotógrafo no viene, ¡que venga cualquier otro! —¡Son todos ingleses! ¡Y Emma no sabe inglés! —¡Voz callate y hazé lo que te digooooo sino Me-vooy! —Tranquilo, Jimmy, ya voy a buscar a alguien. —La desgraciada de Cleo se va y aparece con un flaco alto. —¡Parate contra esa pared blanca! —grita Cleo. —¡Te digo

que no-le-gri-tez-chi-ru-za! —¡Tanto escándalo, yo no le grito! —¿Qué paza, darlilng? ¿Tu novio no viene y ez-tás-en-e-zos-dí-az? Hay chicaz tan monaz aquí... ¡yo no lo de-ja-ría-zolo-a-eze-bombón-i-rres-pon-za-ble! —Ojalá el novio la deje por otra. Se lo merece por mala. Porque Cleo es mala. ¿Quién se cree que es? —¡Loz-ar-gen-ti-noz-tie-nen-buen-guz-to-para elegir mujerez! —¿Argentinos? [Click] El inglés me está fotografiando. —Relax, jus't relax and look here! —dice y me hace señas para que gire la cabeza. Como buen inglés es muy minucioso en su trabajo. Está muy atento a la iluminación, mi vestuario, el maquillaje y los accesorios. Prepara con cuidado la “escenografía”, tiene una cámara con una lente gigante, y pone dos reflectores. Me hace parar, sentar, girar hacia un lado, hacia el otro, y pierdo la cuenta de los *clicks*. —It's ok —dice. —¿Ya está? —grita Cleo. El inglés asiente. ¿Qué se creía esta infeliz? ¿Que yo no estaría a la altura? —Mirá que esto no quiere decir nada —me dice —aquí las decisiones las toma nuestro fotógrafo, ¡no él! ¡Y te aviso que es muy exigente! —”Nuestro fotógrafo”. El fotógrafo es su novio. ¡Ay! ¡Estoy frita! Porque para aguantar a esta tipa hay que ser un gilipollas como ella. Pero si el inglés dijo que estaba “Okey”, por algo será. En medio del alboroto Cleo se pone a gritar —¡Ahí viene! —¡Máz-te-valía! —le grita Jimmy. —¡Ammooooor! ¡¿Qué pasó?! ¡Te estamos esperando! —Ahora no, Cleo. —Aquí está nuestra “modelo” —le dice. Y cuando presto atención, me quiero morir. Muerta. Bien muerta. ¿Estoy alucinando? ¿El largo viaje en avión me trastornó? Miro nuevamente. No. No. No. ¿Pero este tipo es *multitask*? Deportista, músico... y... ¡fotógrafo! No estoy dormida, es *Mister Músculo*, y la peor pesadilla para mi se confirma: tiene novia. —Hola, Emma —¿La conocés?! ¡¿La conocés, Uri?! ¡¿De dónde la conocés?! —grita Cleo desquiciada. —¡Vaz-ta! Laz-ez-ce-ni-taz-de-ze-loz-en-ca-za! —dice Jimmy y la mira con sarcasmo. —Hola, Uriel. —Bueno, Emma, nos vamos, que tenemos que hacer las tomas en el exterior y hoy hay sol. Sos muy afortunada, llegás a Londres y sale el sol para vos. —Lo sigo, bajamos la escalera y salimos a la calle. El cielo está totalmente azul, no hay una sóla nube. Y yo que me había preparado toda mi valija para la lluvia... —Bueno, Emma, vamos al palacio de Buckingham. —Me muero. ¿Y si me encuentro con alguien de la familia real? Yo lo sigo a Uriel, tomamos el bus, caminamos otro tanto, y ¡llegamos! ¡Qué verde! ¡Qué jardines! El portón del palacio real se impone con su majestuosidad, las rejas son de hierro y bronce. ¡Cómo brillan! Parece que fueran de oro. El césped está bordeado por banderas británicas que penden de columnas que se repiten en toda la superficie. —A ver, Emma, dame



una sonrisa delante del portón real —dice Uri y yo sencillamente sonrío. — ¡Muy bien! Súper natural. Ahora aquí, con el jardín detrás. [Click]. —¡Qué belleza de parque! —Te quiero sentada en el banco —¡Bancos como los de las películas! —Me siento. Saca más fotos. Me evado de la realidad, nunca pensé que podría coexistir con *Mister Músculo* sin ponerme nerviosa. Y no sé por qué, vienen Dorita y Sondra a mi cabeza. ¿Por dónde andarán? Mientras trataba de dormitar en el vuelo de doce horas, ellas no pararon de hablar: — ¡Yo quiero ver el cambio de guardia! —repetía Dorita. —Tranquila, Dorita, que sí lo vas a ver —¡Yo quiero ver a La Reina! —¡Sondra! ¡No grites! —Jua jua jua, ¡esa vieja fea! —¡Sondra! —¡Esa vieja no se va a morir nunca! ¡Yo me voy a comprar un traje como el que usa ella! ¡No! Me voy a comprar uno verde loro y uno fucsia. —¡Te quiero ver yendo a trabajar así vestida! Vos te comprás los trajes verde cotorra pero yo voy a ver el cambio de guardia.— Pero Dorita, hay que ver si nos dan los tiempos —Yo voy a ver el cambio de guardia, ¡Pase lo que pase! —¿Dónde estarán Sondra y Dorita? —¡Listo, Emma! ¡Perfecto! ¡Las tenemos! —dice Uri y yo vuelvo a la realidad. — ¿También sos fotógrafo? —no puedo evitar preguntarle. —Amo la fotografía, de esto vivo, pero si me das a elegir, prefiero las fotos artísticas, no hacer catálogos de moda. Prefiero sacarle una foto a una flor o a una gota de agua. —¿Trabajás en Londres? —No, esta es una excepción, porque yo tenía programado este viaje desde hace tiempo. —Qué casualidad, yo no tenía nada programado y la dueña del local donde trabajo me esperó una mañana con un pasaje Montevideo-Londres-Montevideo. Sólo con eso. —Hm... ¿Y vas a algún otro lado? —Ni me digas. Tuve que armarme un viaje, ese fue el requisito. Pero yo nunca viajé sola, esta es mi primera vez. —¿Y a dónde viajás, si se puede saber? —En realidad, me ayudaron mis amigas, porque yo no tenía idea por dónde empezar. Voy a Escocia, Irlanda y también a Liverpool. —¡Pero flor de viaje te armaron tus amigas! —Sí, pero me tengo que manejar sola y no sé si lo voy a lograr. —Siempre hay una primera vez para todo, Emma.

\*\*\*

Qué día, señor, qué día. Llego con la lengua afuera al Soho, ya está cayendo la noche. Doy una vuelta por *Old Compton Street*, los días aquí son tan largos... son las nueve y media de la noche y todavía no está oscuro. Y a las cuatro y

media de la mañana ya sale el sol. Los boliches empiezan a llenarse, así que entro “a casa”. Subo la escalera agotada y me tiro sobre la cama. Gabo. Tengo mensajes.

Emma: recién llegué

Gabo: ¿Y cómo te fue?

Emma: no vas a creer lo que me pasó

Gabo: ¿Qué pasó?

Emma: al fotógrafo ya lo conocía!

Gabo: Mirá...

Emma: esto es lo peor que me pudo pasar!

Gabo: ¿Por?

Emma: te puedo contar un secreto?

Gabo: Claro.

Emma: estoy enamorada de él pero resulta que tiene novia.

Gabo: ¿Y?

Emma: como y?

Gabo: ¿Qué vas a hacer?

Emma: olvidarlo

Gabo: ¿Porque tiene novia?

Emma: te parece poco?

Gabo: No. Está bien que lo olvides, si tiene novia capaz te lastima.

Emma: por eso. Pero estoy tranquila porque después que termine con las fotos y me vaya de acá ya no lo veo más.

Gabo: Claro.

Emma: Me tengo que dormir porque mañana tengo que trabajar

Gabo: Que duermas bien.

Me despierto nerviosa. Es que la sesión de fotos de hoy, la dirige Cleo. Llego puntual, vuelvo a subir la escalera estrecha y me quedo tiesa, paralizada. Ella y Uriel están levantando la voz: —¡Siempre el trabajo! ¿Olvidás por qué estamos en Londres? —(Silencio) —¡Decime qué día vamos a ir por las telas! —No veo por qué necesitás que yo vaya —¡Porque quiero que participes, Uri! ¿Para qué vinimos? —Vine a trabajar y vos quisiste acompañarme. —¡Pero trabajar un día, Uri! —¿Quién te dijo que un día? —¡Quiero que me acompañes a elegir la tela! —¿No era que eso es cosa de mujeres? —¿De qué hablarán? Quiero ser invisible. —¿Desde cuándo te volviste machista? —Estás confundida, Cleo. —¿Confundida, yo? Ya tengo el diseñador elegido, ya tengo la tela pensada, y la confundida soy yo. Además tenemos que ver las tarjetas. —¿Aquí? —¿Y para qué vinimos? —Eso lo hacemos en Buenos Aires. —¡Ni loca! ¡Quiero tarjetas con sello inglés! ¡Ya hablé con un diseñador! ¿Qué pasa, Uriel? ¡Nos vamos a casar y vos no estás ni ahí! —Casar. No sólo Uriel tiene novia sino que también está a punto de casarse. Decididamente, él no es mi príncipe azul. Tengo que olvidarlo. Tenía razón Luna. Soy una tonta romántica que cree en cuentos de hadas. Bueno, si mi príncipe no es Uriel, capaz es Gabo... Por algo Luna me dijo que él era un chico para mi. Capaz mi príncipe es Gabo.

—¿Qué esperás ahí?! —me dice Cleo —Las chicas están allá —dice señalándome una puerta. —¡Sabía que no era buena idea que hagas fotos con modelos profesionales! —¿Modelos profesionales? Pero si estas chicas son casi nenas. Sus vidas consisten en correr, hacer abdominales, comer yogures edulcorados y pasar días rodeadas de cintas métricas, balanzas y espejos. Están demasiado delgadas. Están obsesionadas con su apariencia y llevan una vida terrible. —¿Eres nueva? —me dice una de las modelos en español. Asiento. —¿Eres modelo? —No, no, yo solamente estoy haciendo unas fotos —Está bien, ¿sabes? Yo me salí de esto, pero mi mamá me dejó de hablar. —¿Y por qué? —Porque es su sueño. Un verano se me acercó en la playa un hombre de una agencia y me preguntó si alguna vez había pensado en ser modelo. Yo no lo podía creer, mi corazón latía a mil por hora. Me dio su tarjeta y me citó para una reunión. Un gestor de talentos me midió las caderas,

la cintura, el busto, y me dijo que tenía que perder peso. Me dijo que tenía que reducir mis caderas de 99 a 91. Y que si no lo hacía, no podía calificar. Yo sabía que perder peso no era difícil... La fórmula era menos comida y más ejercicio. En seis semanas ya estaba lista. Entonces me invitaron a un campamento para aspirantes a modelo. Los requisitos eran: nunca tomar sol, no cortarse el cabello, practicar continuamente delante del espejo caminando con tacones y seguir perdiendo peso. A cambio de eso me prometieron fama, dinero, y una vida llena de glamour. El mundo de la moda comenzó a oprimirme, pero la presión de mamá era muy grande. El primer día en el campamento, nos hicieron hacer una clase de yoga en conjunto. La experiencia para mi fue horrible, era mi primera clase de yoga y estaba rodeada de futuras modelos súper flexibles. Y para colmo la exhibición fue grabada y publicada directamente en la web. El segundo día, una top consagrada nos hizo una demostración sobre cómo se tenía que caminar en una pasarela. Acto seguido todas tuvimos que desfilas delante de los agentes. Entonces vino lo peor. Nos dieron a todas una camiseta de la misma talla. Yo estaba súper flaca pero igual me quedaba chica. Ante la queja de algunas, dijeron: “Las modelos deben usar talles chicos”. Cuando volví de ese infierno, el agente llamaba a mamá advirtiéndole sobre los peligros de comer demasiado. Un tiempo después me invitaron a participar en un desfile. Me pusieron un traje de baño y me volvieron a medir las caderas: “No se puede hacer nada más, es demasiado ancha”, dijeron. Mamá se puso furiosa conmigo. Me gritó que era una egoísta que desperdiciaba el tener una carrera profesional. Pero yo sentí alivio. Había dejado de hacer las cosas que me gustaban por vanidad y codicia. Sólo quería que los días terminaran para comerme mis cereales por la mañana. Mi vida era cualquier cosa, menos divertida. Ahora estoy contenta. No soy lo suficientemente delgada para los agentes, pero sí lo soy para mi. —Qué historia. Cuando quise hacerle algún comentario, apareció Cleo y no pudimos seguir charlando. Nos peinaron, maquillaron, y vistieron. Éramos cuatro. Nos subieron a un coche y viajamos un buen rato hasta *Abbey Road*, una calle muy conocida por ser la sede de los estudios de grabación Abbey Road Studios, y por el álbum de The Beatles de 1969, “Abbey Road”. Los *Abbey Road Studios* están situados en el extremo sureste, en el número 3 de Abbey Road en St John's Wood. Además de The Beatles, muchos otros artistas famosos han grabado en este estudio como Pink Floyd. The Beatles decidió llamar Abbey Road a su último LP de estudio, la fotografía de la portada del álbum muestra a los cuatro miembros del grupo cruzando el paso de cebras que está frente a la

entrada del estudio. Como resultado de la estrecha relación con The Beatles, esta parte de la calle es destacada en el circuito de turismo de Londres. A pesar de que la calle aún es transitada por vehículos, el paso de cebra se ha convertido en una zona popular para fotografías turísticas. La intención de Cleo es que hagamos las fotos las cuatro, cruzando la cebra, por eso el tráfico está desviado, según gestiones del estudio de fotografía. A esta hora de la mañana no hay demasiados turistas. Cleo nos hace cruzar para un lado, para el otro, no sé cuántas veces cruzamos la maldita cebra. No deja de gritar en ningún momento, es una tirana despiadada. Pienso en qué diferente se ve la cebra ahora y en la tapa del disco: en la calle había mucho menos gente, sólo se ve a una persona y por supuesto, a los genios de Liverpool, cruzando la cebra, un VW escarabajo estacionado, y otros vehículos desperdigados. Ahora ya no hay vehículos estacionados, sólo circulan. No puedo quejarme del clima. Hoy también el cielo en Londres está azul, el sol ilumina las copas frondosas de los árboles. ¡Estoy en Londres! ¡Estoy en Abbey Road! ¡Estoy aquí!

\*\*\*

La sesión de fotos lleva muchas horas, regresamos agotadas al estudio de fotografía. Y el día se me va. Vuelvo al Soho, a *Old Compton Street*, estoy toda contracturada, pero lo importante es que las fotos salieron y Cleo parece haber quedado satisfecha. Cleo... no había pensado en nada desde la mañana pero ahora, ya relajada y tranquila, me vuelve la tristeza. Luna quería que me fijara en Gabo, y debo de hacerlo, aunque muy en el fondo sé que nunca funcionó ese asunto de “un clavo saca a otro clavo”. Y hablando de Gabo...

Gabo: ¿Estás ahí?

Emma: si

Gabo: ¿Estás bien?

Emma: maso

Gabo: ¿Qué hiciste hoy?

Emma: fotos en *Abbey Road*

Gabo: ¡Pero eso es genial!

Emma: si, la pasé bien

Gabo: ¿Pero?

Emma: el fotógrafo que te conté ayer

Gabo: ...que tiene novia.

Emma: y se va a casar

Gabo: Capaz no quiere...

Emma: qué?

Gabo: me refiero a que capaz él no quiere casarse

Emma: Por qué no querría?

Gabo: cosas...

Emma: para. Vos sabés algo?

Gabo: Yo decía...

Emma: no me digas que lo conocés.

Gabo: Digamos que si.

Emma: Lo conocés y no me dijiste nada?

Gabo: No soy yo el que tiene que decir...

Emma: De dónde lo conocés?

Gabo: No importa.

Emma: No me vas a decir nada?

Gabo: Estás en Londres, disfrutá, olvidate de ese imbécil.

Emma: *Okey.*

Gabo: Que duermas bien.

Me despierto nerviosa. Es que hoy tengo que viajar a Escocia. Luna y Morena me imprimieron todos los *voucher*, pero yo nunca viajé así. ¿Un simple papel emitido en las antípodas vale de pasaje? Estoy aterrorizada. Ya me dijeron que aunque el viaje no es largo, tengo que estar un buen tiempo antes en el aeropuerto. Ni siquiera es Gatwick, es Heathrow. Contra todos mis miedos, la primera fase de mi aventura resultó: hicimos las fotos como quería Marga, me sentí muy cómoda con Uriel, excepto el día en me tocó con Cleo, pero de todos modos fue una experiencia única: haber compartido con modelos para mí fue genial. Además la fotografía de *Abbey Road* quedó perfecta. Lo único que empaña mi felicidad es el hecho irreversible de que Uri y Cleo se van a casar. Yo me había ilusionado con él porque había sido amable, pero lo hace porque me ve como a alguien que aprecia... siempre lo mismo... el “Te aprecio pero no te amo”... ese que representa el amor no correspondido. Si bien siempre me mantuve a salvo de esa experiencia horrible, esta vez no pude preservarme. Me tocó a mí. Yo me reservaba para un príncipe salido de una película inglesa, pero no estaba preparada para enamorarme y no ser correspondida. Claro que no hubo ni habrá oportunidad para que Uri me diga cosas espantosas como: “Sos una buena persona, sos una mina buena onda, sos linda... te quiero pero como una amiga”. Es que antes de demostrarle que me pasan cosas con él, me mato. Los únicos que conocen mi secreto son Luna, Morena y Gabo. ¿Gabo? ¿Y si lo conoce a Uri? ¿Y si le dijo algo y se están riendo juntos de mí? No, no, no me tengo que perseguir. Yo pensaba que jamás podría vivir en el exterior. Pero después de haber conocido Londres, ya no lo creo. Podría vivir aquí. Claro que sí. Londres me encanta. Es una ciudad moderna, ordenada, encantadora, y bien “inglesa”. No como Montevideo, llena de basura tirada en las calles, toda desprolija excepto las zonas residenciales. Aquí todo es perfecto. Todos los frentes de las casas idénticos, con las mismas rejas, escaleras, puertas, alineadas como los soldados en los ejércitos, algunas con canteros de flores. Después de las 16 horas la gente sale del trabajo y se paran a tomar cerveza en cualquiera de los encantadores bistro. ¡Qué bien que se visten las mujeres en Londres! Van a la oficina de *championnes* y *pollera*, *championnes* y *pantalón*, pero jamás pierden la elegancia. Caminé por las orillas del Támesis, anduve en bote por el río, visité la Torre de Londres, me

dio impresión cuando pensé todas las cabezas que fueron cortadas allí, no sé por qué recordé a Ana Bolena. Subí al London Eye... ¡qué experiencia! Me encantó. También anduve por *Harrods*, hasta me compré un libro de Lady Di y una cartera. Lo más increíble de todo es que no llovió ni un solo día. Dormí súper bien en este departamento en el Soho, sólo tengo que dejarle la llave a Gavin y él ni se va a molestar en venir a despedirme, ¿por qué habría de hacerlo? Al principio creía que no era seguro dejar la llave sola, pero esto no es Uruguay. En unos instantes dejaré este piso en el Soho y no volveré jamás. El pasaje de Londres a Edimburgo es en una línea *low cost: Ryanair*. Me espera toda una aventura, según las indicaciones de mis amigas, tengo que estar muy atenta en el momento en que anuncien mi vuelo porque lo dicen por el altavoz y muy rápido, y debo correr hacia la puerta que me indiquen. Tengo mi valija y mi mochila, dejo la llave y salgo a la calle. Tomo un taxi. Sin Dorita y Sondra no estoy para trenes. Me entretengo mirando los escaparates, sumida en mis pensamientos. Nadie parece reparar en mí, hay muchísima gente pero cada uno está “en la suya”. El vuelo dura veinte minutos. ¡Ni media hora! Es un avión chico, y los asientos son para dos personas. Yo tengo el de la ventana. Alguien se aproxima. —Emma —al escuchar mi nombre giro la cabeza. No puede ser. ¿Qué hace Uriel aquí? No, esto no me está pasando a mí. —¿Qué hacés aquí? —no puedo evitar preguntarle. —Viajo a Edimburgo, supongo —Yo también —Sí, Emma, este vuelo va a Edimburgo, es una condición “Sine qua non”. —Qué tonta que soy, es obvio, mejor me llamo al silencio. Pero mi curiosidad puede más. ¿Irá a Edimburgo por algún tema relacionado con el casamiento? —¿Por qué viajás a Edimburgo? —¿No estás enterada? —Ah, qué pasará. Seguro que me va a decir algo del casamiento. —Voy a correr. —¿Correr? —Me gusta correr, bueno, eso lo sabés —me dice y me guiña el ojo. ¿No le alcanza con el bochorno que debo de soportar porque se va a casar?! —Voy a la 10k de Edimburgo, son sólo cuatro horas. —Debe de ser lindo correr en otro lugar que no sea Montevideo —Por supuesto. Yo, cada vez que puedo, corro en el exterior. Y ahora, aproveché. Emma, ¿por qué no participás? —¿Qué?! —Que por qué no participás. —Es que no estoy inscripta. —Ese no es problema, yo te inscribo ahora cuando lleguemos a *Holyrood Park*, que es el lugar donde será la carrera. —Pero no traje ropa para correr —me lamento, y no saben cuánto. —Eso no es problema. —¿Cómo que no es problema? —Compramos —¿Estás loco? Aquí debe de salir muy cara. —Después arreglamos, no hay problema. —Pero no me animo a correr sola, no te rías de mí. —¿Quién te ha dicho que correrás sola? Corrés



conmigo, Emma. —¿Se puede? —Emma, ¿cómo no se va a poder? —Pero no creo que pueda, no estoy inscrita. —Si llegamos al parque antes que se vayan los organizadores de la carrera, te inscribís. —La verdad es que estoy muy nerviosa. Por un lado, correr sólo en la rambla es una cosa, pero correr con Uri es muy distinto. ¿Y si corre rápido y no puedo alcanzarlo? ¿Y si paso vergüenza? El avión de *Ryanair* finalmente cierra las puertas y apenas despega comienza el aterrizaje. Menos mal. El Aeropuerto de Edimburgo es chico, así que seguro que no vamos a demorar nada. —¡Emma! —¡Dorita! ¡Sondra! ¡Qué casualidad! —Decime —Dorita le habla a Uri aunque no lo conoce —¿se sale rápido de acá? —Hay que esperar que avance la fila —¡Es que esta fila no se mueve! Es que voy a correr la 10k de Edimburgo y tengo que llegar al parque porque sino no me van a dejar correr! —Si será chico este mundo. —¿Tú también corrés, Sondra? —No, no, la que corre es Dorita, ya le dije mil veces que no se va a quedar sin correr —Te digo que los que organizan la carrera están hasta temprano y si no me anotan, ¡no corro! —Disculpá —dice Uriel —pero no te pongas nerviosa, te aseguro que vas a correr. —¿Vos también corrés? —Sí, y la convencí a Emma. —Emma, ¡qué bien! Pero Emma, tenemos que gritar para que nos dejen pasar porque esta fila no se mueve —¡Calmate, Dorita! —dice Sondra. —Te va a dar algo —Pero Dorita no escucha a nadie. Ni a Uriel, ni a Sondra. Está totalmente sacada. Va hasta un policía y le grita: —Mi tener que correr carrera 10k, ¡dejarme pasar! ¡Mi correr! ¡Mi necesitar inscribirme! —Toda la fila se da vuelta.

\*\*\*

Finalmente, salimos del aeropuerto. —Emma, vamos directamente al parque, si te parece, te inscribo, y después vas a tu hotel —Asiento. Es un lugar hermoso, veo una gran montaña, y un cartel rojo que dice “Road Closed”, puesto por los organizadores de la carrera. Veo algunos corredores con camisetas amarillas flúo, tengo la montaña frente a mí, se ve de color ocre, mimetizada con el verdor de los árboles. ¡Qué belleza de lugar! —La carrera sale de la montaña —me dice Uriel. Me inscribe sin ningún tipo de problema. —Bueno, Emma, vamos por tu ropa. —Me muero de la vergüenza. Lo sigo porque yo aquí estoy totalmente perdida. Él parece conocer la ciudad, porque se mueve con tanta naturalidad como si estuviéramos en Montevideo. Entramos en un local y Uriel habla en voz baja con el vendedor, que le dice

que aguarde un instante, y me trae unas calzas, una remera, y un par de championes. —¿Me pruebo? —No hace falta —dice Uriel. Estos te van a quedar bien. —¿Y cómo sabe? Salimos a la calle y caigo en la cuenta de que tengo que hacer el *check in* en el hotel. Ya me empiezo a poner nerviosa. Uriel lo nota: —¿Qué pasa? —Es que como nunca viajé sola, tengo que hacer el check in... —Yo voy contigo —Pero no es necesario —Yo te acompaño, no me cuesta nada, Emma. —¿Qué alivio! —Yo también tengo que hacer mi *check in*... —¿Y cuál es tu hotel? —*Edimburgo House Hotel* —¿De verdad? ¡Pero ese es el hotel en donde me voy a quedar! —Es una gran casualidad...

Me están pasando cosas muy raras. Ni siquiera yo había reservado el *Edimburgo House Hotel*, todo lo hicieron mis amigas ante mi inutilidad para planificar viajes por internet. Es muy raro que precisamente Uriel, haya reservado el mismo hotel que yo. *Okey*, Edimburgo es una ciudad pequeña. Pero hay muchos hoteles y lugares donde hospedarse. Pero no debo de hacerme películas falsas, es sólo una coincidencia, no debo olvidar ni por un instante que Uriel se va a casar y es un hecho consumado. La habitación es muy coqueta, con cama vestida, súper mullida y cortinas con flores. Bien de película inglesa. ¡Qué cansada que estoy! Me dispongo a recostarme, cuando golpean la puerta: —Emma, vamos a cenar, que mañana tenemos que madrugar —dice Uri y salimos raudos y veloces. —¿Sabés que debemos nutrinos con carbohidratos? —No lo sabía. —¿Qué tal hacer una buena cena con pastas escocesas? —Yo estoy más perdida que Adán en el día de la madre, así que lo sigo. Desconozco la ciudad, pero es preciosa. Las edificaciones son idénticas a las de *Outlander*, llegamos a un cruce de avenidas y entramos en un restaurante. Al menos no tengo que hablar, Uri hace el pedido. No se muestra muy locuaz, supongo que estará pensando en la carrera de mañana. La chica que nos trae la comida nos sonrío y dice: “Enjoy!”, cree que somos pareja, pero Uriel no le dice nada. De verdad estoy muerta de hambre y disfruto de las deliciosas pastas. Apenas terminamos, regresamos al hotel. —Hasta mañana Emma, poné el despertador a las 4 y 30. Salimos muy temprano —es todo lo que me dice y se va.

\*\*\*

Me acuesto y caigo rendida en brazos de Morfeo. Fue un día agotador, entre el viaje, encontrar a Uriel, la decisión de participar en la 10K de Edimburgo, es demasiado para mí. No me da tiempo de nada cuando suena mi alarma, ya es la hora. Increíblemente, el sol está asomando. ¿Pero cuántas horas duran los días aquí? Me visto rápidamente y nos vamos directamente al parque. Nos cruzamos con varios participantes, los identifico por los colores fluorescentes de sus remeras y championes. Ya llegamos, y la hierba a la mañana se ve sensacional. Sigo a Uriel hasta el punto de partida, arriba de la montaña. Y

todo comienza. Nunca estuve en una carrera con tanta gente, ni fuera del Uruguay. Se ve la ciudad desde lo alto, es una sensación maravillosa, y disfruto de todo lo que veo. Cuando quiero acordar, ya estamos frente a unos letreros que dicen “Finish”. Hay un vallado y mucha gente aguardando a los competidores. Sólo veo un mar de cabezas, realmente estoy muy cansada, nunca había corrido en una montaña. Tengo muchísima sed y me hidrato. —¿Nos vamos? —dice Uri y yo lo sigo. Las calles de la ciudad son empedradas y empinadas. Se ven muchos turistas, también gente con ropa deportiva que corrió como nosotros. Parece la ciudad de Harry Potter, parece que estoy en otro siglo, todas las edificaciones tiene paredes de piedra, las calles son curvas. “Wellcome to Edinburgh Castle” dice un letrero y detrás se ve un castillo... ¡sacado de una película! —¿Querés visitar el castillo? —pregunta Uriel. —Claro —Vamos. —Atravesamos la entrada, que conserva todas las características de la época, sólo falta el foso con los cocodrilos. Veo almenas, torres y escaleras muy empinadas. Después de subir hasta el último peldaño llegamos a una explanada desde donde se ve toda la ciudad. Es una belleza absoluta, se combinan las montañas, las edificaciones de piedra, y el follaje de la vegetación. Tomo fotografías, todas parecen postales, el gris de la montaña, contrastando con el verde amarillo de los árboles y las edificaciones antiguas. ¡Estoy en el castillo de Jamie Fraser! Nunca habría imaginado que vendría aquí, y eso es algo que tengo que agradecerle a Marga, jamás lo voy a olvidar. El interior del castillo es lúgubre, oscuro, tal cual se lo ve en *Outlander*. Veo cabezas de venado exhibidas como trofeos de cacería, y cañones apuntando al vacío. En una de las paredes exteriores, con letras doradas dice “1615”, ¡estoy en el siglo XVII! De pronto, el cielo se pone gris oscuro y comienza a llover. Salimos del castillo y pasamos por la puerta de una iglesia. Veo hombres con faldas escocesas. ¡Como Jamie Fraser! Uriel pensaría que soy una estúpida, por estar concentrada en una serie tonta estando en este lugar, pero por suerte él no puede leer mis pensamientos. Siguen llegando personas a la boda, todos los hombres visten impecable falda. Me viene un sabor amargo, pienso en el próximo casamiento de Uri. Todo el mundo nos observa como si fuéramos novios, pero la novia no soy yo, es una bruja horrible. Estoy metida en un cuadro surrealista: la lluvia, las campanas de la iglesia, Uriel a mi lado, pero no soy la que se casa. Esto duele. Finalmente avanzamos y dejamos el casamiento atrás. La calle es un desfile de paraguas, estoy absolutamente empapada, y muerta de frío. Uri tiene el ceño fruncido, seguro que se debe de haber aburrido entrando al castillo para

llevarme a mí, es todo un caballero. —¿Volvemos al hotel? —yo asiento. Cuando llegamos al *Edimburgo House Hotel*, Uri me dice: —Espero que hayas disfrutado de la ciudad, Emma, y de correr en Escocia, es una experiencia alucinante. —Claro que sí. —Nos estamos viendo —¿Nos estamos viendo? Pero se va para su habitación y no me dice más nada. Uriel se despidió de mí, eso es lo que acaba de suceder.

\*\*\*

Da gusto ver llover desde la habitación. Me saco la ropa mojada, me meto bajo el agua bien caliente. ¡Estoy sola en Escocia, y no tengo miedo!

Gabo: ¿Estás ahí?

Emma: si

Gabo: ¿Cómo estás? ¿Qué tal Edimburgo?

Emma: Es una ciudad mágica, como en las películas.

Gabo: ¿Y paseaste?

Emma: No te lo vas a creer...

Gabo: ¿Qué te pasó?

Emma: Corrí la 10K de Edimburgo!

Gabo: ¿Te animaste?

Emma: Uriel...

Gabo: No te estoy entendiendo...

Emma: Cuando subí al vuelo me lo encontré...

Gabo: Claro! El tipo te rompió el corazón y vos...

Emma: Uriel corre...

Gabo: Ah, ¡pero no le falta nada!

Emma: No era que lo conocías?

Gabo: No te dije eso.

Emma: Ah, me confundí, entonces.

Gabo: ¿Decís que el tipo es fotógrafo, está en una banda y además es deportista?

Emma: Exacto.

Gabo: Y además se va a casar con una perra que te maltrató.

Emma: Si.

Gabo: Supongo que él te animó a correr.

Emma: Sí.

Gabo: Y vos como si nada, aceptaste.

Emma: Y qué querías que hiciera?

Gabo: Podrías haber participado pero sin él, sólo!

Emma: Yo no hablo nada de inglés!

Gabo: Te las podrías haber arreglado igual y no te habrías rebajado con ese gil.

Emma: Por qué me hablás así?

Gabo: Perdón, perdón. Debés estar nerviosa, mañana volvés a viajar.

Emma: Sí, pero no estoy tan nerviosa...

Gabo: ¡Bien! ¿Y decime, Uriel?

Emma: Ya se despidió, así que ni idea, sigo sola.

Gabo: ¡Bien!

Emma: Mañana viajo a Irlanda! ¿Te lo podés creer?

Gabo: Por supuesto. Vos podés eso y mucho más, te falta confianza, nada más.

Emma: Este lugar es como en las películas!

Gabo: Disfrutalo, que duermas bien.

Tengo que cruzar el puente. Estoy paralizada, mirando el río *Liffey*, que atraviesa Dublín de oeste a este. ¿Por qué todas las ciudades en Europa tienen un río que las atraviesa? Cruzar el puente me da vértigo. Me concentro. Cierro los ojos. Uno. Dos. Tres. Otro logro cumplido. Me gusta Dublín. Pero no me encanta. Me encanta Londres. De todos modos, también podría vivir aquí. Estoy en la zona del Temple Bar. Luna me insistió hasta el hartazgo que lo visitara. Que era uno de los lugares más famosos de Dublín. No puedo negar que la zona es hermosa, calles empedradas, paredes de ladrillo visto, y muchas flores. Banderas de todas partes del mundo coronan los pretilos, esto es mágico. Ya se me fue la fobia a dormir fuera de mi país. Llegué a Dublín desde Edimburgo, y no tuve ningún problema para encontrar el hotel. Me está gustando esta vida de viajera. Estoy en los jardines del *Trinity College*. Es que me encantan los bancos de madera. ¡Cómo me recuerdan a las películas! Me siento y hago una pausa. Respiro aire fresco. Hay mucha gente que circula por aquí. Es que *Trinity* retiene una fuerte atmósfera estudiantil a pesar de su ubicación en el centro urbano de una ciudad capital. Aquí funcionan varias facultades, es que *Trinity College*, Dublín, está considerada como la mejor universidad en Irlanda en diversas clasificaciones mundiales. Yo sigo ensimismada en mis pensamientos, en mi hermoso banco de madera. Soy una suertuda: en Dublín también salió el sol para mí. Cuando mis amigas mencionaron Irlanda como parte del itinerario de mi viaje, tuve miedo. — ¡Emma, no podés! —se reía Morena. —¿Cuántas películas del IRA viste? — Era cierto. Siempre había asociado Irlanda con terroristas, a pesar de que eso es en Irlanda del Norte, en Belfast. Pero es el mismo país, ¿no? ¿Y si queda algún simpatizante del IRA? —Hola —dice una voz que me sobresalta. Levanto la cabeza. —¡Uriel! ¿Qué hacés aquí? —Estoy analizando la posibilidad de hacer una licenciatura de Arte y Humanidades aquí. —¿De fotografía? —Emma, la fotografía es uno de mis pasatiempos, pero yo amo la literatura. —No puede ser cierto. ¡Esto no puede ser cierto! —A mí me encanta la literatura inglesa. —Ya, ya, imagino, Brontë, Austin... —Le debo de parecer una boba. —Me gusta la literatura romántica —Está bien, Emma, no me debés ninguna explicación. —Esto no me está pasando a mí. Uriel aparece en cada ciudad que visito. Mi parte romántica se inclina a creer que

esto es una “obra del destino”, pero Uriel sólo es amable conmigo. Nada más. —Si te gusta la literatura inglesa, creo que hay varios lugares que tenés que conocer. Aquí, en Irlanda, y en Inglaterra. —Es que yo nunca viajé sola, y no podría deshacer la planificación del viaje... —Emma, mañana temprano te espero aquí mismo, te prometo que no te vas a arrepentir. Chau —¡Se va! ¿Esto es una cita? “No seas tonta, Emma”, me digo.

\*\*\*

Esta es mi primera noche en Dublín nerviosa. ¡Tan bien que había dormido los días anteriores! Mañana me tengo que encontrar con Uriel y no sé para qué.

Gabo: ¿Estás ahí?

Emma: si

Gabo: ¿Pudiste ir al Trinity?

Emma: si

Gabo: Me alegro

Emma: Por?

Gabo: Es una de las mejores universidades del mundo.

Emma: Ah, si, claro.

Gabo: A vos que te gustan tanto las películas inglesas...

Emma: ¿?

Gabo: Solo digo que sería un gran paso para vos si pudieras cursar algo allí...

Emma: No se inglés!

Gabo: Emma, inglés aprende cualquiera.

Emma: Y qué estudiaría?

Gabo: Literatura inglesa.

Emma: Aquí? El que va a estudiar es Uriel.

Gabo: No entiendo.

Emma: Está viendo para hacer Arte y Humanidades.

Gabo: ¿En el Trinity, en Dublín?

Emma: Si

Gabo: ¿Y cómo sabés?

Emma: Me lo encontré hoy.

Gabo: Mirá vos.

Emma: No te entiendo! No me conocés y cada vez que te hablo de Uriel te



enojás!

Gabo: Ya te dije, no me gustaría que te lastimara.

Emma: No te preocupes, tengo las cosas bien claras. Él no me ve como mujer, me ve como amiga. Además se va a casar!

Gabo: ¿Estás segura que tenés las cosas bien claras?

Emma: Por supuesto.

Gabo: ¿Y no estás enojada con él?

Emma: Por qué me voy a enojar? No me dijo ninguna mentira.

Gabo: Claro, es verdad.

Emma: Me voy a dormir.

Gabo: Que duermas bien.

\*\*\*

Uriel está parado en la puerta del *Trinity*. —¿Vamos? —Lo sigo. Se detiene frente a un auto estacionado. ¿Vamos a ir juntos? ¿Sólos? No me puedo acostumbrar a la dirección invertida, me pregunto cómo se hará para manejar al revés. Yo no manejo ni al derecho ni al revés. Me da terror. Por supuesto que mis amigas se rieron mucho: —Emma, ¿cuándo pensás sacar la licencia de conducir? —Ni loca. Me da miedo manejar. —Emma, ¿cómo te va a dar miedo manejar? Podrías tener tu propio auto, no tendrías que andar dependiendo de los ómnibus. —Yo me arreglo perfectamente con el ómnibus—. Si Uriel supiera que me da miedo manejar se mataría de la risa. Bueno, no tiene por qué enterarse. Subo al auto, y me pongo el cinturón de seguridad. Salimos de la ciudad. Comienzo a ver la campiña inglesa en todo su esplendor. Grupos de casitas insertadas en el verdor, igual que en las películas. ¡Un cementerio! Los crucifijos, una abadía abandonada y el verde. Vacas. Hierba. Un río que refleja el cielo. Más ruinas. Más cementerios.

Miro el paisaje y me pregunto cuántas personas pisaron esta tierra, abrazaron estas piedras, lloraron estos muertos. ¿El cielo me lo dirá? ¿El mar? ¿Quién vivió en este castillo, palacio, casa? ¿Quién sabe? Las piedras, ellas hablan. Ese gris ceniciento de un cielo que anuncia la llovizna. Ese sol, que se cuela entre las nubes. Esa tranquera, parada cual grácil bailarina en medio de la maravillosa pista de baile, como si quisiera mimetizarse con la planicie. Imagino a una mujer que se detiene, como queriendo sentir el alivio de la

opresión del corsé, como queriendo liberarse de las enaguas que le esculpen la falda, el cuello de encaje y las mangas abullonadas. Está harta de esa ropa hecha a medida con telas que se fabrican en las ciudades del norte de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Preferiría ser libre pero su familia no puede permitirse tamaño lujo. ¡Cómo quisiera ella correr libre por el campo! Pero esa conducta no es propia de la hija de los Duques. Imagino que ahora la mujer camina descalza sobre la arena y moja su falda ajada en el mar, no es impedimento la llovizna para que ella salga a meterse en el lodo. Un trueno la trae a tierra, comenzará a llover y deberá entrar. Yo no. Y Uriel tampoco.

¿Aquí lloró Tess D'Uberville? ¿Aquí se detuvo Jane Eyre al huir del castillo del señor Rochester, empapada por la lluvia y aterida de frío? Los sepulcros abrazan al mar, las ruinas de una abadía que quizá pisó una campesina consciente de jamás poder acceder a la aristocracia han sobrevivido. Por aquí pasó una y mil veces la nefasta reina Isabel, creída y engreída de pertenecer al reino divino por portar las joyas de la corona. Aquí quizá pensó en prohibirle a su hermana Margarita el casamiento con Peter Townsend. Aquí quizá se permitió llorar, o no, ni las piedras ni el gris cielo inglés podrían verlo. El "qué dirán" ante todo. ¿Qué diría el cielo gris? ¿Qué dirían las piedras? ¿Qué diría Uriel si pudiera meterse en mi cabeza?

Y llegué a Liverpool. Un *Yellow Submarine* me recibe apenas salgo del aeropuerto *John Lennon*. Durante la segunda guerra mundial, Liverpool fue la ciudad más bombardeada de Inglaterra, después de Londres, es una ciudad que en el pasado fue industrial y de tradición obrera, muy marcada por el fútbol y por la música. Fue uno de los puertos más importantes del mundo y vio nacer a cuatro chicos de barrio, que en los años 60 revolucionaron el mundo de la música. Liverpool tuvo su momento álgido a principios del siglo XIX cuando aproximadamente un 40% de todo el comercio mundial pasaba por su puerto. A partir de 1970, los muelles y las industrias cayeron en declive, pero siempre será la ciudad natal de los genios de Liverpool. Al escuchar los nombres de John, Paul, George y Ringo, no es necesaria ninguna otra explicación para reconocer a *The Beatles*, eran casi vecinos, así que las casas de su infancia se han convertido en lugares de culto para sus fans. Desde mi ventana se ve una pared de piedra cuyos vidrios reflejan al sol. Siento una profunda emoción por estar aquí y pienso que se habrán conocido en la escuela o en el liceo, aquí, en este lugar... Fueron poetas de una generación y héroes de una era, y como todos los poetas y héroes, expresaron y reflejaron el espíritu de su tiempo. John Lennon, pendenciero de Liverpool, puerto y antro de Inglaterra, tenía una única meta: ser rockero y famoso. Dueño de un andar duro, armó un grupo sin saber mucho de música, con cuanto amigo tenía a mano, pero todo cambió cuando conoció a Paul McCartney y George Harrison, en uno de los salones de la iglesia de *St. Peter de Woolton*. Aquel día, Lennon, quien era un muchacho de 16 años, se presentaba junto a su banda, “The Quarrymen”, en una actividad en los patios de la iglesia. “The Quarrymen” interpretaba temas clásicos del rock and roll y el skiffle, una mezcla de música folk y blues y Lennon era el vocalista y líder del grupo. Paul McCartney, de 15 años, estaba entre los espectadores de aquel evento y quedó impresionado con el talento de Lennon, quien pese a no saberse la letra de las canciones ni los acordes se la jugaba para mantener el show: “Al fondo había una especie de pequeño escenario en la cual tocaban unos muchachos. Me fijé particularmente en uno de ellos con una camisa escocesa a cuadros, pelo rizado rubio y patillas que tenía muy buena pinta. Estaba tocando una guitarra no muy buena, de esas garantizadas para no quebrarse. Aún así lo hacía bastante bien, recuerdo que me dejó

impresionado”.

\*\*\*

Estoy en *Mathew Street*, en la puerta de *The Cavern Club*, el sitio donde tocaban *The Beatles*. Empiezo a bajar la escalera, un piso tras otro, como si estuviera bajando a una cueva. Me parece estar dentro de un túnel de subterráneo, desde el techo descienden las luces y las paredes están plagadas de graffitis. El escenario se mantiene intacto, y hay un chico cantando Help. Enloquezco. Me olvido de dónde estoy, bailo y me muevo alucinada. Tan bien estoy, que no tengo claustrofobia, a pesar de que el aire circula poco y hay muchísima gente. Siento que estoy en una máquina del tiempo. Quisiera quedarme a vivir aquí. No me doy cuenta del paso de las horas. Sigo saltando, estoy sola y no tengo miedo, parece increíble. Estoy sola y me animé a bailar, igual aquí nadie me conoce, en Montevideo jamás haría una cosa así, antes me mato. Luna sí, seguro que lo haría, cómo le gustaría estar acá... yo así vestida no encajo, estoy más cerca del estilo *it girl* de Londres, que de una chica rockera. A mi no me gustan los pantalones rotos, si bien se usan desde hace muchos años. La primera vez que los ví, me parecieron absolutamente antiestéticos. Se supone que la ropa rota es el resultado de estar gastada y para tirar. Por supuesto que Luna se hizo un festín: —Emma, ¿estás hablando en serio? —Claro, jamás en mi vida voy a usar un jean roto, no quiero parecer una pordiosera. —¡Qué obsesiva que sos! Son así, representan el sentirse libre y no ser una oprimida del sistema. —Otra vez con el discurso de los oprimidos —. Años más tarde vinieron sus reflejos rosados. —Un día que estés dormida te voy a teñir el pelo de azul —me había dicho. No puedo ni siquiera imaginarme con ese color, no importa que sea un solo mechón. Sin embargo, estando aquí y viendo a tantas chicas con pelo de color, no me sentiría tan ridícula. Pero lo que ni loca voy a usar jamás es un jean roto. —Ya te vamos a agarrar —dicen siempre. Antes de ponerme un jean roto me mato. De verdad.

\*\*\*

—¿Qué hacés, rubia? —me quedo perpleja. ¡Un desconocido hablando en español y además rioplatense! No me gusta nada el tono en el que me habla,

me parece que está un poco pasado de alcohol. No le contesto. —Rubia... ¿te comieron la lengua los ratones? —Me empiezo a poner nerviosa. ¿Cómo pedir ayuda si no hablo inglés? Él se da cuenta de que lleva ventaja en la situación y se aprovecha de eso. —Ya sé que no hablás inglés, ja ja —¿Cómo sabe? —Yo te conozco muuyyy biennnn... —¿De dónde me conocés?! —Se dice el pecado pero no el pecador, ja ja —¿Qué hace este tipo aquí? ¿Cómo es que está en Liverpool, y me conoce? No entiendo nada. —Bueno, rubia, parece que estás a mi merced. —¡Help! —es lo único que se me ocurre gritar. Pero hay tanto ruido que nadie me escucha. —¿No estabas ahí bailando solita recién? ¡Bailemos! —No me animo a enfrentarlo, estoy sola en una ciudad que no conozco. ¿Y si me sigue hasta el hotel? En un instante pasé de la alegría al terror. Podría intentar hablar con alguien, pero están todos como locos, todos copados con los Beatles, nadie tiene tiempo para oírme. Pero no me puedo quedar aquí. De algún modo tengo que llegar al hotel. Ya es de noche. Necesito salir de esta cueva. ¿Cueva? ¡No quiero irme de Liverpool con un recuerdo tan feo! Pero el tipo sigue ahí y no me queda otra que subir la escalera de una, a pesar de todos los pisos que son. Salgo a la calle. La estatua de John Lennon me mira, y detrás siento pasos. ¡Me está siguiendo! Sólo necesito caminar estas cuadras... Las que me separan del hotel... ¿Y si mañana cuando salgo me está esperando en la puerta? Estoy aterrorizada. Cada paso que doy se refleja en el eco del suyo. Y sucede lo peor, me alcanza. Y me agarra con mucha fuerza. —¿A dónde vas tan apurada? —¡Soltame! —Nadie te va a oír... —¿Qué querés? —Quiero que volvamos a donde estábamos y que bailes conmigo —el tipo me arrastra y desando todo el camino. Bajo nuevamente la escalera, y me lleva donde estuve bailando. Qué pesadilla, ¡por dios! —Ahora vas a bailar conmigo, rubia —Estoy aterrada, me falta el aire, hay demasiado humo, estoy muy mareada, todo me da vueltas... y todo se vuelve blanco.

Siento frío. Mucho frío. Intento moverme pero no lo logro, estoy mareada. Abro los ojos. Tengo la ropa toda mojada. ¿Dónde estoy? Miro las paredes cubiertas de hongos. Al frente hay altar, y se filtra la luz lúgubre a través de un vitral. Tengo la mente embotada, pero poco a poco voy recordando: el tipo violento con acento rioplatense... *The Cavern*... Porque yo sola aquí no llegué. Estoy en una iglesia abandonada. Me duele todo el cuerpo. Me pongo de pie. —¡Alto! —Ahí está. —¿Qué creías, rubia? ¿Quieres alejarte de mi? — Te juro que estoy aterrorizada. Justo cuando me estaba empezando a gustar este asunto de viajar sola... cuando por fin lo estaba disfrutando... pero no puedo detenerme a pensar en eso. —¿Qué querés? —Quiero robarme a la novia... —Me quedo estupefacta. No puede ser. Miro a mi carcelero. Es obvio que no podré luchar con él: es alto y lo que menos le falta son músculos. Tiene una remera negra, y un tatuaje en el brazo: es una calavera. Alto, rubio y musculoso. “Yo te conozco muy bien”... había dicho. Me conoce. ¿De dónde? —Querés robarte a la novia por eso me trajiste a una iglesia en ruinas... — Muy bien, veo que adivinaste mis intenciones. —¿Intenciones? —¿Qué querés de mí? —Como querer... hmmm... Quiero muchas cosas... —Por favor, ¿qué te hice yo? ¿Por qué yo? —No seas tan impaciente, rubia. Mirá que belleza de lugar. ¿Sabés que me fascinan los lugares abandonados? ¡La potente personalidad emana de los objetos! ¿No es maravilloso? Me habría gustado ver *Chernóbil*... ¡aún descansan los enseres de aquella desdichada población que tuvo que huir de la radiación! Los fotógrafos nos encargamos de captar la esencia de los lugares abandonados y de hacerlos potentes... hay tantas iglesias y capillas olvidadas a lo largo y ancho de toda Europa... El lento e imparable declive de la religión... Paul Auster lo refleja a la perfección en la novela *Sunset Park*, cierto, me olvidaba, vos no lees cosas difíciles... ¡me enoja la gente tan superficial! ¿Creés que la ropa puede salvar al mundo? — ¡¿Quién sos?! ¡¿De dónde me conocés?! —¿No te enseñaron que no se debe de confiar en los extraños? —Y de pronto se me paraliza el corazón. “No reveles información personal o confidencial a desconocidos. Crear perfiles falsos cuyo fin es el engaño es fácil y gratuito, y está al alcance de cualquiera. Las relaciones en Internet pueden ser realmente interesantes, se puede conocer gente que, al menos por como escriben por el Chat parecen buenas personas.

¿Será realmente como se muestra? ¿Me habrá dicho la verdad?” —¿Gabo? — Rubia, tardaste... sos lenta, ¿eh? —¿Por qué? —Lo fácil me tienta... mirá que no tuve que ser nada ingenioso... sos un blanco tan tentador... ¿Te confieso algo? Te elegí cuando no me dijiste nada de mi nombre... —¿Tu nombre? ¿Qué tiene tu nombre? —¿Ves? ¡Ahí está! ¿Qué tiene mi nombre? Voy a tener un poco de misericordia si me respondés bien la pregunta. ¿Qué tiene mi nombre? —Mi vida se volvió un infierno. ¿Cómo pude ser tan ingenua? —¿Te llamás Gabriel? —Frío. Frío. Frío. —¿Gabo no es el diminutivo de Gabriel? —No, rubia, ¡Gaby es el diminutivo de Gabriel! —¿Cómo confié tanto en alguien que no tenía foto de perfil? —¿Vos no querías ser la protagonista de tu propia película inglesa? ¡Te felicito! No es de tu género preferido, pero bueno, algo es algo. No me vas a decir ahora que las películas de terror te dan miedo, ¿verdad? Porque eso me haría enojar... Aunque debés ser de las que le tienen miedo a los cementerios... por eso elegí este lugar... ¿no sabés que todas las iglesias abandonadas tienen un cementerio afuera? Esta no es la excepción... y de noche... salen los espíritus... claro que no Jamie Fraser... ¡sale el conde Drácula! —Gabo me muestra una cámara de fotos. “vivís en Facebook? Me conecto por trabajo. y en qué trabajás? Fotógrafo. Estuve viendo tus fotos... ¿Querés que te roben a vos?” Me quiero morir... —Cierto que me dijiste que sos fotógrafo... —¿No te acordabas? ¡¿Eh?! ¡Tuve que mostrarte la cámara! Tenías muy clarito que Uriel era fotógrafo... ¿cómo fue que dijiste? Ah, si “ojalá hubieras sido vos el que va a trabajar conmigo”... ¡Aquí estoy rubia! ¡Para hacer tu sueño realidad! ¿No querías que fuera tu fotógrafo? ¡Se te cumplió el deseo, rubia! ¿Sabés por qué estamos acá? Te voy a hablar de alguien que obviamente no conocés: otro fotógrafo, pero quedate tranquila, no es Uriel, es James Kerwin. ¿Desconocido? Para vos, ¡obvio! James Kerwin se encarga de captar la esencia de lugares abandonados. En su serie fotográfica titulada "Domum Dei" (Casa de Dios en Latín), James evidencia el declive lento e imparable de la religión. Fue en 2014 cuando James, especializado en fotografía artística en Norwich, Reino Unido, empezó a fotografiar sus primeros edificios abandonados en una serie que tituló "Decadencia". ¡Como vos! No, pobres iglesias. Vos de todo lo que yo te conté no te acordás. Y ¿sabés, rubia? Me enojo con la gente que no presta atención a lo que le digo... me hiciste perder mucho tiempo... y seguro que no te acordás de nada de lo que te dije. Claro... la rubia tenía miedo porque nunca había viajado sola... y ahí estaba su buen amigo Gabo para calmarla... pero a ella Gabo no le importa... porque le importa Uriel... ¡Le importa Uriel que tiene novia! Mirá

que resultaste pecadora, rubia... Te gustan las cosas difíciles... Porque sabés rubia... yo no tengo novia... estoy libre y sin compromisos... pero vos me despreciaste. —Yo no te desprecié...—¿En serio? ¿No me digas? Vos no me querías... —Claro que te quería... te quería como se quiere a un amigo... — ¿Sabés qué significa “te quiero como un amigo”? ¿Significa “No me gustás”? Y me encantaría saber qué tiene Uriel que yo no tenga... —Si nunca me dejaste ver tu cara... —¿Y vos te fijás sólo en el aspecto físico de las personas? Porque eso no significa nada... ¡Las personas valen por lo que son, no por lo que parecen! Pero todas las minitas que están ricas quieren nenes bien facheros, ¿verdad? ¿Y viste? Yo también soy fachero, pero claro, no lo sabías. No lo sabías porque yo lo decidí, porque el control, rubia, lo tengo siempre yo. ¿Sabés por qué soy Gabo? No, rubia, no me llamo Gabriel, porque si así fuera sería Gaaabyyyy... ¿Nunca oíste hablar de Gabo? ¡¿Nunca oíste hablar de Gabo?! Sos muy ignorante, ¿sabés? También podría ser José Arcadio Buendía... pero seguro que no te gusta el nombre Úrsula —Disculpame, pero no te entiendo nada de lo que decís —Claro que no entendés, rubia, a ver si te suena... cien años de soledad...—Lo escuché... —Lo escuchaste, mirá vos. ¡Lo escuchaste! ¿Y qué es? —¿Una película de esos directores de cine que te gustan? —Permitime que me emocione. ¿Reparaste que me gustan las películas de culto? ¿Y qué director de cine me gusta, a ver? —Kusturica. —Me sorprende que recuerdes un nombre tan difícil, pero si, rubia, vas muy bien. Lástima que no sepas que cien años de soledad no es una película sino el mejor libro de Gabriel García Marquez, ¡Gabo! —Por eso te pusiste “Gabo”... —¡Muy inteligente, rubia! —¿Qué querés? —Ya te dije, rubia, querer... como querer... quiero muchas cosas... ya lo sabrás, en su debido momento. —¿Y qué vamos a hacer ahora? —¿Cómo qué vamos a hacer ahora? ¡Disfrutar de este lugar maravilloso! — ¿Y dónde vamos a dormir? —Ah... la rubia quiere seguir durmiendo en camas mullidas.... ¿Alguna vez dormiste en condiciones adversas? —¿A qué te referís? —A la intemperie... O en un lugar como este... —No —Me lo imaginaba... va a ser una experiencia sublime... ¡Tu película comenzó rubia! ¡Ahora sí!



Estoy muerta de frío. Pero más muerta estoy de miedo. Sobre todo ahora que está empezando a oscurecer. Por si no fuera poco, hay tormenta. Pensar que yo soñaba con estar en Inglaterra y ver llover, pero ahora es mi peor pesadilla. El viento se cuele por todos los poros de esta iglesia del terror, y la luz de los relámpagos la penetra como un reflector de discoteca. Me pongo de pie y descubro que estoy sola. Atino a caminar, salgo a la intemperie, llueve pero no me importa mojarme. Y veo el cementerio, los crucifijos se vuelven fluorescentes cada vez que cae un rayo. La realidad supera a la ficción, siento curiosidad y me aproximo a las viejas tumbas. Qué ridículo es tener miedo de los muertos, pienso ahora, hay que tener miedo de los vivos. No sé cómo llegué hasta aquí, seguramente Gabo me puso algo en la bebida sin que yo me diera cuenta, porque recuerdo que empecé a marearme y después, nada. Tenía esperanzas de pedir ayuda, pero estoy en el medio de la campiña, no se ve edificación alguna en las inmediaciones. Voces. Oigo voces. Gabo habla con alguien más. Esto no me gusta nada. Me sorprende que no me esté vigilando, y aprovecho para espiar. Me aproximo a hurtadillas hasta que las voces se me hacen más claras:

—¿Y ahora cómo seguimos?

—Ahora me la dejás a mí. —Es una mujer.

—Pero me tenés que dar algo a cambio, acordate.

—No me fastidies, tengo mucho para pensar. Es hora de que tenga una charla con la chirusa esa. ¡Llévame con ella ya!

La voz de la mujer me suena, pero ahora tengo otra preocupación más urgente. Huir. Es mi momento, ahora que están distraídos y entran en la iglesia abandonada. Corro. No me importa que no haya nadie, supongo que el instinto de supervivencia prima. Corro por el campo, sin mirar atrás. Ni una sola vez. Y me viene a la mente la escena de Jane Eyre corriendo bajo la lluvia para huir del señor Rochester, si ella corrió hasta extenuarse, yo también lo haré. Y si tengo suerte, no me voy a desmayar como ella. ¡En el horizonte veo una luz! Está muy oscuro pero corro desesperada, la tengo que alcanzar. ¡Es una casa!

Este campo no estaba despoblado, después de todo. Golpeo la puerta desesperada. ¿Y si no hay nadie? Pero hay luz, alguien debe de haber. Y la puerta se abre:

—¡Help! —es lo único que se me ocurre decirle a la mujer que aparece.

—Oh, darling. What happened? —no sé lo que me está diciendo pero tengo que hacerme entender.

—Mi no english. —respondo. —Español. Mi hablar español. No english.

—Came in, please —me hace señas y entro en la casa. No lo puedo creer, hay una estufa de leña encendida. La mujer se da cuenta de mi penosa situación, se señala la ropa y me dice:

—Clothes —me señala las mías —Clothes wet. Water. —Y entonces comprendo.

\*\*\*

La mujer me salvó la vida, me dio ropa seca, me ofreció tomar un baño y después me llevó en coche hasta la estación de tren, y se ocupó de todo. Hablé con Marga en cuanto pude, y arregló para que me quedara en un lugar seguro en Londres hasta conseguirme un vuelo. Estuve dos días en esa situación, encerrada en un cuarto de hotel. Es que hasta que no me fuera de Inglaterra no iba a estar tranquila: —Arruiné todo en trabajo —no podía parar de decirle. —Dejate de tonterías, Emma. Además el catálogo de Unikas ya está listo. Ahora aprovecharé a recuperar fuerzas—. Estaba tan cansada que dormí varias horas corridas. Me sentía a salvo. Mi equipaje está listo y salgo del hotel. Y así termina mi aventura inglesa. Estoy en *Heathrow*. En breves instantes vuelvo a Uruguay. Sé que mi vida será un antes y después de este viaje. ¿Podré volver a ver películas inglesas? ¿O voy a dejar de ser quien soy por el terror que siento al pensar en Inglaterra y mi secuestro? ¿Y quién voy a ser, entonces? Porque lo inglés es parte de mi esencia. ¿Cómo voy a ver películas inglesas sin recordar toda la pesadilla que viví? El viaje fue un error. Era mejor quedarme con la idea romántica de la campaña inglesa, y verla a través del cine. Me siento vacía. No soy nadie. Ni siquiera estoy nerviosa y eso que voy a subir a un avión. Anuncian el vuelo y yo, lo más pancha, embarco. Ni siquiera me da miedo la escala en Barajas. No siento ni alegría, ni tristeza, ni miedo. ¿Y si nunca más siento nada? Ya no quiero ningún príncipe azul. Ni

inglés. Ni no inglés. Mi corazón se volvió una piedra como las de Inglaterra.

\*\*\*

Soy una autómata. Marga es muy generosa, y me dijo que me tomara todo el tiempo que necesitara. Me la paso todo el día en pijama. Es que no tengo ganas de vestirme. Mi pelo está hecho un asco. Mi blog está en *stand by*. Luna y Morena vienen a verme todos los días, pero yo sigo paralizada. Hasta Ezequiel se muestra humano. Tampoco podría salir a correr, porque el miedo está instalado en mi. Porque la verdad es que no sé quién es Gabo. No sé dónde vive. Me la paso en la computadora tratando de sacar algún dato más sobre él, pero ni modo. Dice que vive en Argentina. Pero ¿por qué eso debería de ser cierto? Tengo terror de salir de casa y que Gabo esté al acecho. Tan mal estoy, que ni siquiera puedo pensar en Uriel. Mis amigas empiezan a preocuparse porque pasa el tiempo y sigo igual. —Emma, deberías ir a terapia —dicen, pero yo no puedo ni pensarlo. No sé cuándo empiezan los pánicos. Siento desesperación. Ya no puedo estar sola en casa. Me tiembla todo el cuerpo. Además ya no puedo dormir. Creo que estoy enloqueciendo. No me pasa bocado. Mis amigas insisten en que coma pero tengo el estómago cerrado. Bajo de peso rápidamente. El hecho de pensar en la comida me da náuseas. —Te tiene que ver un médico —insisten las chicas, pero yo no quiero saber de nada. Ellas tampoco pueden llevarme a la fuerza, así que nadie puede hacer nada. Perdí mi vida, y eso es peor que haber muerto. Cómo quisiera despertar y que todo esto fuera una pesadilla. Cómo quisiera estar tranquila. Pero sé que nunca volveré a ser la de antes. Nunca.

Contra todo pronóstico, voy recuperando mi vida. Es un proceso lento, de a cuenta gotas. Luna y Morena me dijeron que me haría bien volver al trabajo y les hice caso. El primer día, Marga me esperó con algo que sabía me subiría el ánimo: —No sabés el *feedback* que está teniendo el nuevo catálogo de Unikás... ¿querés verlo, Emma? No quisiera que te trajera malos recuerdos... —Y caí en la cuenta de que no había visto las fotos, así que más que asentir, lo imploré: —¡Por favor! —Al ir pasando las distintas imágenes donde, modestia aparte, parezco una modelo, me fui tranquilizando. La foto en *Abbey Road* con las modelos quedó alucinante. Pero todas las demás también. Y fue entonces que tomé conciencia que las fotos eran los ojos de Uriel que me miraban. Y entonces me sentí linda.

Poco a poco voy encontrándome con la Emma de antes, aunque siempre estoy alerta. Ya puedo volver a ver mis adoradas películas románticas inglesas, y las disfruto más que antes, porque reconozco lugares, porque estuve ahí. Es emocionante volver a ver la campaña inglesa y “vivir para contarlo”. También retomé mi blog de moda con varias propuestas que vi en las calles de Londres. Hago “vida normal”, aunque eso es un cliché porque después de la experiencia que viví, no puedo ser la misma, aunque lo intento, o eso creo. Me visto, como todos los días, con ropa deportiva y voy a la rambla. El correr me relaja, el viento que viene del mar me hace olvidar el trauma que pasé, incluso ahora me gusta más la noche que el día, porque ver el reflejo del alumbrado público en el agua me parece una obra de arte. Además, a esta hora está lleno de gente haciendo lo mismo que yo, cada uno va conectado a su música, concentrado en el ritmo, las pulsaciones, la velocidad, y me siento a salvo. Si vas por tu senda, todos te respetan, entienden que estás entrenando y a nadie se le ocurre atropellarte. Aunque las bicicletas que se entreveran con la gente me ponen histérica, sobre todo por la velocidad a la que andan, porque deberían andar por su senda y si no hay senda, por la calle. Y ni que hablar de que andan todos como nenes con chiche nuevo con los monopatines eléctricos *Grin* de alquiler, que llegaron a Montevideo. Se promocionan como una alternativa ecológica, que posibilita depender menos del auto. Los monopatines son compartidos entre los usuarios para hacer viajes cortos por la ciudad. Nunca

vi tanta gente atontada andando como bólido en su “vehículo”.

No me da tiempo de nada, un monopatín verde me choca por la espalda y me tira al piso. Mi suerte es lamentable, y no sé por qué recuerdo cuando choqué a *Mister Músculo* en la playa. Aún embotada alguien dice: —Mirá que sos fácil... ¿eh? —esta voz yo la conozco. Giro la cabeza y... ¡es Cleo, la novia de Uriel! Ella sigue hablando: —Qué estúpida que sos, sé que estás enamorada de mi novio, ¿qué parte no entendés de “tenemos fecha de casamiento”? —Me quedo atónita. Si antes me parecía insoportable, ahora me siento ridícula. ¿Cómo sabe lo que siento por Uriel? ¿Tanto se me nota? —Nunca fue mi intención/—trato de darle alguna explicación pero no me deja. —¡Nunca fue tu intención, mosquita muerta! Con esa cara de “Yo no fui” estás enamorada de mi novio. —No estoy enamorada de tu novio. —¿En serio? ¿No estás enamorada de mi novio? ¿Sabés lo que le pasa a las mentirosas? —¡Si no hicimos nada! ¿De dónde sacás que estoy enamorada de tu novio? —Obvio que no hicieron nada, ¿creés que Uriel tendría el mal gusto de hacer algo con vos? —Yo nunca fui una persona conflictiva, siempre fui tranquila, pero esta mujer se está volviendo muy agresiva y no tengo porqué soportar sus humillaciones: —¿Quién te creés que sos para hablarme así? —¡Te hablo como se me da la gana, estúpida! —¡No me faltes el respeto! —¡Mosquita muerta! ¿Ahora contestás, ridícula? —Ya te dije que no estoy enamorada de tu novio, son alucinaciones tuyas. —¿Me estás llamando trastornada, malnacida? —¡Basta! —¡¡Basta vos!! —Dejá de decir que estoy enamorada de tu novio. —¡Solo digo la verdad! ¡Y tengo pruebas! —¿En serio tenés pruebas? —¡¿Vivís en la Luna, estúpida?! —Me acerca su celular, y lo pone delante de mi vista, mostrándome una captura de pantalla:

Emma: recién llegué

Gabo: ¿Y cómo te fue?

Emma: no vas a creer lo que me pasó

Gabo: ¿Qué pasó?

Emma: al fotógrafo ya lo conocía!

Gabo: Mirá...

Emma: esto es lo peor que me pudo pasar!

Gabo: ¿Por?

Emma: te puedo contar un secreto?

Gabo: Claro.

Emma: estoy enamorada de él pero resulta que tiene novia.

Gabo: ¿Y?

Emma: como y?

Gabo: ¿Qué vas a hacer?

Emma: olvidarlo

Gabo: ¿Porque tiene novia?

Emma: te parece poco?

Gabo: No. Está bien que lo olvides, si tiene novia capaz te lastima.

Emma: por eso. Pero estoy tranquila porque después que termine con las fotos y me vaya de acá ya no lo veo más.

Gabo: Claro.

Emma: Me tengo que dormir porque mañana tengo que trabajar

Gabo: Que duermas bien.

Me aterrorizo. Por algo dicen que no hay que contarle intimidades a desconocidos, nunca se sabe qué pueden hacer con ellas. Las cosas son peores de lo que imaginaba. Gabo y Cleo se conocen, eso es obvio. ¡Son cómplices! Pero... ¿de qué? Y entonces, caigo en la cuenta de que la voz de la mujer que oí hablando con Gabo cuando me tenía secuestrada, era la de Cleo. Ya no es sólo Gabo mi preocupación. Es otra cosa, mucho más escalofriante. ¿Y Uriel? ¿El también será parte de esto? Me paraliza. —¿Así que no estás enamorada de mi novio, chirusa? —No sé qué hacer ni qué responder. —El mundo es un lugar pequeño, ¿no creés? ¿Tu mami no te enseñó que no debés hablar con extraños, tonta? Vamos a hacer de tu vida un infierno, estúpida. —¿Vamos? ¿Quiénes? ¿Uriel también será parte de estos desquiciados? Miles de dudas me atormentan. ¿Y si las fotos que hice en Londres son para una red de tráfico de personas? ¿Y si Marga, en su buena fe, aceptó una oferta que no es lo que parece? ¿Y si ya “me tenían vista” por mi blog y dada mi ingenuidad me eligieron como blanco? —Tenemos ojos en todas partes, ¿entendiste? —me dice la desquiciada Cleo y se va. Yo me quedo caída en la vereda, no atino a moverme, estoy pálida... pálida... siento que todo se va nublando... ya es de noche... estoy mareada.... Y nada.

Marga no puede creer lo que le cuento. Se siente responsable de haberme puesto “en la boca del lobo”, y yo quiero hacerle entender que no tuvo la culpa: —Si no fuera por mi, jamás habrías pasado por esa experiencia, ¡no me lo voy a perdonar nunca! ¡Te podría haber pasado vaya a saber qué! ¡No puedo creer que se me haya escapado algo tan turbio! —Marga, a pesar de todo, no me arrepiento de haber viajado —¿Cómo que no? Vos querías una película inglesa y yo te dí una, pero de terror. ¡No puedo creerlo! Ese estudio de fotografía es uno de los más prestigiosos del mundo. —Por supuesto que se comunica con ellos, y están absolutamente estupefactos, esto será una mancha negra en su imagen mundial. Hasta anoche, yo no había asociado a Gabo con nada, aunque no paraba de pensar cómo había dado conmigo. Pero a partir de hoy, la historia cambia. Porque una empleada del estudio está directamente involucrada. De todos modos, siento una extraña adrenalina, que no se corresponde con mi manera de ser, debía estar aterrorizada, pero no. Quizá yo sea el eslabón para revelar una oscura cadena de quién sabe qué. De un día para el otro, tengo a la prensa pendiente de mí, aunque la policía me aconseja no dar entrevistas y eso es lo que hago. Así comienza un proceso de investigación que me tiene como pieza fundamental:

—¿Emma Ellis? Pertenezco al Servicio Secreto de Investigación, mi nombre es Sergio Alcántara y estoy a cargo de la Operación Inglaterra. —Ahora sí que de verdad estoy adentro de una película, pero es un thriller como los que miran Morena y Ezequiel. Y el investigador... es apuesto. Decididamente, ¡la adrenalina llegó para instalarse en mi vida!

—Soy yo. —es todo lo que se me ocurre responder.

—Emma, antes que nada debo decirte que el Servicio Secreto tiene como misión principal, además de esclarecer lo sucedido, claro, cuidarte a vos. Tu nombre está en los diarios, la prensa, y tenemos que asegurarnos que nadie te haga daño, ¿entendido?

—Entendido.

—Bien. Voy a necesitar saber todo sobre vos, cualquier detalle que recuerdes para nosotros es importante, así que te voy a entrevistar, si no tenés problema.

—No, ninguno.

Sergio Alcántara prende el grabador:

—Emma, ¿qué momento fue el más angustiante?

—Estar en la iglesia abandonada, sentí que mi vida estaba en peligro.

—¿Y cómo llegaste allí?

—Yo estaba en Liverpool, en *The Cavern*, y fue allí donde las cosas empezaron a salirse de control.

—¿Qué sucedió?

—Gabo...

—¿Lo conocías?

—En ese momento creía que no, pero sí...

—¿Cómo es eso?

—Yo tenía un amigo y creyendo que yo era importante para él, empecé a necesitarlo... debía ir al Reino Unido y nunca en mi vida había viajado sola...

—Ibas al Reino Unido, ¿por qué motivo?

—Trabajo en “Unikas” y fui a hacer un catálogo para la marca... pero...

—¿Pero?

—Estaba aterrada porque el desafío era que recorriera todo el Reino Unido...

—¿Desafío?

—Marga, la dueña de la empresa, me tiene mucho aprecio y quiso que yo perdiera mis miedos, para eso un día me mostró un pasaje Montevideo-Londres-Montevideo pero la condición era que yo conociera Inglaterra, Irlanda y Escocia. Como nunca antes viajé, y menos aún organicé nada, mis mejores amigas se sentaron conmigo y organizaron mi viaje. Sacaron los boletos de avión, reservaron mis hoteles, se ocuparon de todo.

—Volvamos a Gabo.

—Yo estaba histérica y él aparecía todas las noches en el chat, y sus palabras me calmaban...

—Así que confiaste en él.

—Sí.

—Pero no lo conocías...

—No... no personalmente.

—Pero parece que él te conocía mucho a vos...

—Sí, eso parece.

—Volvamos a Inglaterra y a Liverpool.



—Yo estaba súper feliz en *The Cavern*, me sentía viajando a través del tiempo, y un chico que hablaba español rioplatense se me acercó. Lo primero que noté era que estaba borracho y no le di mucha importancia. Insistía para que bailara con él y yo me negaba. Decía que me conocía muy bien, pero lo atribuí a los efectos del alcohol. De todos modos abandoné el lugar, pero él salió detrás y volvimos a *The Cavern* porque me obligó, y supongo que me puso algo en la bebida porque empecé a marearme... y cuando desperté estaba en la iglesia abandonada.

—¿Y no te diste cuenta quién era?

—La verdad que no, reconozco que soy muy despistada.

—¿Y cuándo supiste que él era el bueno de Gabo?

—Me lo hizo saber cuando estaba en cautiverio, y descubrí a un ser perverso y malvado. Entonces me di cuenta del peligro que había corrido y que todavía corro.

—Tranquila, ya te dije que nos vamos a ocupar de tu seguridad.

—*Okey*. Cuando supe que Gabo era él, entendí que yo misma le había dado todo servido en bandeja, yo le había dicho la fecha de mis vuelos, los hoteles en donde iba a estar, yo misma le di toda la información... ¡qué tonta que soy!

—No te culpes, lo que sí ya te habrán dicho, y sino, te lo digo ahora, es que no se puede confiar en extraños. Y las redes sociales son lugares donde hay personas malas, que se esconden tras el anonimato, uno nunca sabe quién está del otro lado de la pantalla, aunque supongo que ya aprendiste tu lección...

—Si, claro.

—¿Y por qué creés que Gabo quería hacerte daño?

—No era él, era Cleo.

—¿Cleo?

—La novia de Uriel.

—¿Uriel?

—El fotógrafo que me hizo la mayoría de las tomas en Inglaterra. Lo que sucede es que yo lo conocía de antes...

—¿De dónde?

—Lo conocí del modo más tonto, chocamos corriendo en la rambla.

—¿Y por qué creés que Cleo quiere hacerte daño?

—Porque en nuestras conversaciones, yo le hice saber a Gabo que me pasaban cosas con Uriel...

—Pero Uriel tiene novia...

—Pero uno no elige a quien amar...

—Es verdad....

—De todos modos, noté algo obsesivo en ella cuando hicimos las fotos en Londres.

—¿Ella también pertenece a la agencia?

—Sí, una de las tomas que debíamos hacer era la de *Abbey Road*, ella ya tenía a tres modelos, y todas juntas cruzamos la famosa cebra. Cuando llegué por primera vez a la agencia, Cleo me maltrató y nunca dejó de hacerlo. Otra sorpresa para mi fue que Uriel también perteneciera al staff de la agencia. Era una casualidad muy grande..

—No sabemos si era una casualidad, Emma, eso es lo que vamos a investigar.

—Yo estoy muy confundida...

—¿Y cómo es eso de que te pasan cosas con Uriel?

—Nuestro primer encuentro fue espantoso. Él estaba muy enojado conmigo porque le había hecho perder tiempo. Pero luego, volví a encontrarlo, y algo en él había cambiado...

—Bien, recordás esa fecha, ¿exactamente?

—Sí, fue el primer día que me animé a salir a correr a la noche.

—¿No lo hacías?

—No, nunca. Es que no me gustan las muchedumbres.

—¿Y qué te hizo cambiar de parecer?

—Necesitaba despejarme. Había tenido un día muy difícil en Unikas, habían venido unas clientas para una boda, y quedé muy estresada.

—¿Y entonces?

—Volví a encontrar a Uriel. Primero se burló, pero después cambió de actitud. Él no estaba vestido con ropa deportiva. Lo que noté es que tenía una aversión a las chicas como yo.

—¿Y cómo es una chica como vos?

—Alguien que está pendiente de la ropa... me llamaba “cheta”, peyorativamente.

—¿Llamaba?

—Ese día fue el *click*. Cambió de actitud y nunca más volvió a llamarme así. Me pidió que lo acompañara y nos encontramos en la misma rambla con amigos suyos. Ahí supe que pertenecía a una banda de música.

—Deportista, fotógrafo y artista... interesante combo.

—La verdad que sí.

—¿Y qué sucedió después de ese encuentro?

—Uriel me impresionó positivamente. Ví que detrás de esa persona que ser

burlaba había alguien sensible. Entonces cambié mi rutina de correr para la noche, con la secreta esperanza de volver a verlo.

—¿Y lo viste?

—Pasó tiempo hasta que un día lo encontré. En ese tercer encuentro se disculpó por el modo en que me había tratado, y me preguntó mi nombre.

—¿Antes no lo sabía?

—No.

—¿Y vos no se lo dijiste?

—No lo consideré necesario.

—Siempre que hablamos con alguien es bueno identificarnos, ¿no creés?

—Sí.

—¿Y qué sucedió después?

—Me contó que estaba entrenando para una carrera. Y también me invitó a uno de los ensayos de su banda y me dijo que tocaba la guitarra.

—¿Y el viaje?

—En ese tercer encuentro, yo ya sabía que viajaba.

—¿Y no te dio ninguna pista de que el fotógrafo sería él?

—No. Nada.

—Es todo muy extraño, por hoy dejamos la entrevista por aquí, con esta información voy a tratar de empezar a construir el escenario. Un placer, Emma.

—Lo mismo digo, Sergio.

Sergio Alcántara me llama por teléfono. Dice que tiene datos sobre la investigación y me pide que vaya a verlo. Todo me resulta por momentos surrealista, ¿te imaginabas que la vida de una chica bloguera de moda iba a dar un giro de ciento ochenta grados? No, y yo menos. Lejos están hoy mis pensamientos todo lo que antes me subyugaba, claro está que no me volví Morena ni me pongo lo primero que tengo a mano. “Antes muerta que sencilla”. Sigo cuidando mi pelo como siempre, sigo vistiendo chic, pero no siento la pasión de antes cuando miro las telas, los estampados, los zapatos, las carteras. Pero hay algo que ya no está y no sé qué es. Tampoco te diría que me siento aterrorizada. Desde que hay un investigador siguiendo el caso y sé los servicios de inteligencia están pendientes, confío que ya nada más me va a suceder. Quizá mi apatía se deba a que no sé quién es Uriel. Mejor dicho, ahora sé menos, porque saber, nunca supe realmente. No puedo negar que mis niveles de adrenalina están por las nubes. Desde que la Operación Inglaterra está en marcha, todo el mundo me conoce por la calle y salgo en todos los medios de prensa: diarios, revistas, radio y televisión. Me dicen “Jane Eyre siglo XXI”. La primera vez que me entrevistaron me sentí un tanto nerviosa, pero de inmediato me sentí la heroína, el centro, la estrella. Dicen que fui muy valiente al escaparme corriendo por el campo en plena tormenta, pero yo en ese momento sólo pensaba en salvar mi vida en huir de Gabo, tan psicópata como John Meehan, “Dirty John”, o Paul Spector, de la serie “The Fall”. Spector era un padre de familia con dos hijos pequeños que llevaba una doble vida, asesinando mujeres minuciosamente elegidas con antelación: morochas y exitosas. Tanto Meehan, que es un caso real, como Spector, representan al mismísimo demonio. Y yo tengo demonio propio: Gabo.

\*\*\*

—Emma, ¿cómo estás?

—Bien.

—¿Algo que quieras contarme?

—Nada especial.

—Bien. Tenemos datos nuevos que nos hacen pensar que estábamos buscando en la dirección equivocada. Decidimos seguir el instinto que te guió a confiar...

—¿A confiar?

—Cuando decidimos confiar en alguien, es porque recibimos determinada señal de seguridad o resguardo a nivel del inconsciente, es algo que no razonamos...

—Pero usted me dijo que no se podía confiar en extraños....

—*Okey*, te lo dije.

—¿Entonces?

—Entonces decidimos investigar al sujeto que despertó tu confianza.

—¿A Gabo?

—Gabriel.

—¿Ese es su nombre?

—Sí. Gabriel es argentino y fotógrafo.

—¿Me dijo la verdad?

—Veremos. Como te decía, Gabriel es argentino y se dedica a la fotografía profesional. Pero además, es crítico literario. Escribe para revistas y periódicos. También coordina talleres de literatura. Es una persona muy solidaria con su prójimo y no tiene antecedentes penales.

—No comprendo.

—Emma, Gabriel está endeudado. Su madre tiene una grave enfermedad y necesita medicación muy costosa. Eso lo llevó a meterse con gente... vos me entendés.

—¿Prestamistas?

—Algo así. Vos sabés que, y disculpá lo grosero de mi término, cuando te tienen agarrado de las pelotas, hacés cualquier cosa.

—¿Qué?

—Este tipo de personas u organizaciones no se andan con chiquitas. Una vez que te metés con ellos, sos su rehén. Amenazan a la familia, aterrorizan a la víctima, y la utilizan para sus propios intereses.

—¿Usted me está diciendo que Gabo no quería hacer lo que hizo?

—Eso suponemos, aunque no lo tenemos del todo claro. Pero no fue al único que investigamos.

—¿Uriel?

—No, a él todavía no lo investigamos, pero sí a alguien que también conocés.

—¿Cleo?

—Cleo. Exactamente. Cleopatra/

—¡Ja ja ja ja!

—¡Ja ja ja! Reconozco que no es el nombre más hermoso...

—Por eso se lo recorta...

—Y si. Cleopatra es la hija de Alcides Peña, que está procesado por enriquecimiento ilícito.

—¿Está preso?

—No, ni va a estar. Siempre se las arreglan para zafar; Peña puso sus bienes a nombre de Cleopatra. La agencia inglesa donde estuviste es la cara visible de otros negocios más turbios. Para ser más claro: lavado de activos.

—¿Y por qué Marga me mandó allí?

—Emma, la agencia de publicidad va a seguir funcionando, tiene prestigio internacional, ¿cómo podía saber Marga resultados que recién ahora descubrimos con la investigación?

—*Okey.*

—Cleopatra Peña estudió en el colegio *Northlands*, una de las instituciones educativas más prestigiosas de Buenos Aires. Cuando accedimos a sus registros mediante las autoridades institucionales, arrojaron que se trataba de una adolescente conflictiva y en muchas ocasiones, violenta. Todo esto nos lleva a concluir, que por alguna razón que aún desconocemos, Cleopatra Peña forzó a Gabriel a secuestrarte.

—Claro, yo me escapé cuando los oí conversar...

—Y Gabriel distrajo a Cleo, por eso pudiste huir...

—¿Es decir que él, Gabo, me salvó?

—Así parece.

—¿Y qué hay con Uriel?

—Cleopatra Peña tiene una personalidad obsesiva y le manifestó a su padre, Alcides, su interés por Uriel. Suponemos, esto aún no está claro, que Peña de algún modo, perdoname de nuevo, lo tiene agarrado de los huevos. Vos sabés que aún las personas más déspotas, tienen su talón de Aquiles. Y el de Peña es Cleopatra. Hija única, consentida, a la que no le niega nada, absolutamente nada. Los deseos de Cleo son órdenes para su padre, y en este caso, para Uriel.

—¿Usted cree que lo están obligando a casarse? ¿Que Uriel está con Cleo porque no tiene otra opción?

—Todo indica que así es. Te voy a ser sincero, Emma. Gracias a los celos de una mujer caprichosa y consentida, estamos metiéndonos en el corazón del

infierno. Y vos sos la pieza fundamental que nos mostró el camino. La buena noticia es que tu instinto al confiar en Gabriel, perdón, Gabo, fue correcto. La mala noticia es que te vamos a redoblar la vigilancia porque pensamos que sos carne de cañón para Peña y toda su organización. Sé que tenés mucho que procesar, Emma, pero no te preocupes, tenemos todos los ojos puestos en vos, día y noche.

La foto en *Abbey Road* con las modelos ganó un Premio Internacional y yo estoy ahí. —¡Genia! —me dicen eufóricas Luna y Morena. —¡Vamos, cambiá esa cara, ché! ¡Saliste en todas las revistas!—Debería sentirme en las nubes, pero no puedo. Mi vida ya no es la de antes. Estoy permanentemente al acecho, siempre, no tengo ni un minuto de paz. Cuando salgo a la calle, siempre creo que alguien me sigue. Cuando estoy en mi casa, cualquier ruido me altera. Estoy paranoica, de eso no tengo la menor duda. Sergio Alcántara me asegura que no hay nada que temer, que estoy permanentemente vigilada y que están pendientes de mi. Pero eso de ser la pieza para “meterme en el corazón del infierno” no es para mí. ¡Cómo añoro mi tranquilidad! Mi vida de antes, el pasar desapercibida, el poder ver a mis amigas, el salir a correr por la rambla. Marga me pide que vaya a “Unikas”, dice que tiene el local lleno de reporteros. A pesar de las circunstancias, me esmero y me visto como yo sé, elegante y *cool*, que no todos los días viene la prensa. Algo de la vieja Emma perdura, después de todo.

—¡Emma! ¡No sabés qué orgullosa estoy de ti! —me abraza Marga. —¿Sos consciente de que esto es un antes y un después en tu carrera? —Asiento. Claro que lo sé. Y me gustaría tanto poder disfrutarlo como me merezco... De bloguera de moda a Premio Internacional, portadas de revistas. Los flashes de la prensa me enceguecen. No paro en todo el día. Fotos en el sillón de terciopelo rojo de Unikas. Fotos con el logo de la marca. Fotos mías. Preguntas. Preguntas y más preguntas.

—¡Hola, miamooooor!

—¡Jimmy!

—¡Mi reina! ¡Yo-zabía-que-llegaríaz-alto!

—No es para tanto, Jimmy.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Pro-hi-bi-do-ser-mo-des-ta! ¡Dioza! ¡Dioza To-tal! Ademáz no tenemoz todo el día.

—¿A qué te referís?

—¡A la fiez-ta!

—¿Qué fiesta?



—Emma, Jimmy te va a llevar! —dice Marga.

—¿Fiesta? —digo, con sorpresa.

—El estudio de fotografía no se anda con chiquitas, entiendo que estés asustada, Emma, pero ahora no estás sola...

\*\*\*

Sergio Alcántara está en casa. Me pide que me tranquilice, pero me dice que tenemos que hablar. ¿Qué otra cosa puedo hacer? Me dice que hoy es el “Día D”. Siento que me falta el aire.

—Nosotros vamos a estar en todo momento ahí. Tenemos gente camuflada que te va a cuidar.

—¿Cuidar?!

—Emma, vas a tener que seguir la Estrategia. Sé que lo que te pido es muy duro, pero te aseguro que cuando esto termine, vas a descansar y disfrutar de todo lo que lograste y merecés.

—¿Y en qué consiste la Estrategia?

—Necesitamos que Cleopatra Peña se salga de su eje. La queremos paranoica. Ese es el modo de destapar a toda la organización.

—¿Y qué tengo que hacer?

—El talón de Aquiles de Cleopatra es Uriel. Así que él te va a llevar a la fiesta.

—¿Hablaron con Uriel?

—Tranquila, Emma, tranquila. Hace años que nos dedicamos a esto, confiá en nosotros.

—¿Pero qué va a pensar Uriel?

—Ese es el menor de tus problemas.

—No comprendo.

—Vas a una fiesta peligrosa, y por eso estoy aquí.

\*\*\*

En los barrios altos de las grandes ciudades o en los resorts vacacionales de lujo se encuentra el sumun del recreo del 1%: los clubes nocturnos más

exclusivos. En ellos, no se piden copas, sino que se encargan botellas que se toman en grupo en los reservados o las mesas dispuestas a tal efecto, que son entregadas por las “chicas de las botellas”, mujeres muy atractivas con ropas reveladoras. Ellas se benefician con copiosas cantidades de alcohol y les regalan droga. El objetivo de “crear un ambiente excitante en el que los clientes se gasten dinero en alcohol”. Para captarlos los clubes recurren a “una gran cantidad de bellas mujeres”. Los clubes buscan a mujeres cuyos cuerpos se corresponden con aquellos que se valoran en el mundo de la moda. Las menos valiosas son mujeres bajas y gordas, a las que se les considera despectivamente responsables de las malas reputaciones de clubes y promotores. Por una parte, están las mejor valoradas, las “buenas ciudadanas” que suelen ser modelos profesionales por su delgadez y altura. En el siguiente nivel se encuentran las “ciudadanas” y las “vulgares”, que se adaptan menos a los cánones de belleza oficiales y que, como ocurría con los “puente y túnel”, no pueden entrar en los clubes. “Las menos valiosas son mujeres bajas y gordas, a las que se les considera despectivamente responsables de las malas reputaciones de clubes y promotores”. Las chicas no cobran. Pero sí disfrutan de un gran número de ventajas no económicas aparte del alcohol y las drogas, como regalos, cenas, transporte gratuito e incluso viajes a entornos paradisíacos. Una vez dentro del club, se espera que las chicas vistan ropa de moda, lleven tacones altos y se queden en la mesa del promotor mientras aparentan que están pasando un buen rato. Se supone que no pueden hablar o irse a casa con los clientes, aunque a veces lo hacen si ellas quieren.

Uriel me va a llevar a la fiesta. Sé que no es una cita ni mucho menos, pero me olvido de eso. Y de todo lo demás: de que voy a estar en peligro y de la Estrategia. Voy a ir a una fiesta con mi Jamie Fraser salido de una pantalla de película inglesa... Me siento Claire Randall, el objeto de su deseo, quiero soñar, necesito soñar para seguir viviendo. Me voy a poner linda, aunque sea una “cita de mentira”. Sé que a *Mister Músculo* no le intereso, pero quiero que me vea hecha toda una diosa. No sé si está bien que te lo diga, pero me gusta mi pelo, es rubio natural. ¿Alguna vez lo mencioné? Soy bloguera de moda pero cuando se trata de hablar de mí, me inhibo. Pero hoy, “sin filtro”, te digo que soy elegante y tengo lo mío. Por eso esta es mi oportunidad de que Uriel lo aprecie. Me maquillo para noche, hago una obra artística con las sombras sobre mis párpados, mezclo amarillos con turquesas y fucsias, y delinear con azul neón. Tengo pestañas naturales bien largas y arqueadas, así que no es necesario demasiado rimmel. Elijo unos aros importantes, color plata. Me pongo un vestido azul, ceñido al cuerpo, y *stiletos* rojos.

Ya es la hora. Uriel va a pasar por mi, ¿qué cara pondrá? Con una puntualidad inglesa, llega a la hora pactada pero no se le mueve ni un músculo de la cara cuando me dice: —Hola, Emma—. Me abre la puerta de un auto que jamás le había visto, como todo un caballero. Pero no me habla. Yo estoy muy nerviosa. ¿Estará molesto conmigo? ¿Y si está enamorado de Cleo? Uriel es una estatua de hielo, preferiría al *Mister Músculo* que choqué aquel día ya tan lejano en la playa, burlándose. O al Uriel que me presentó a sus amigos de la banda de rock. Pero este... este me lastima. Hace quince minutos que estamos en viaje y no me dice nada de nada así que confirmo lo obvio: Uriel está molesto y a Uriel no le importo nada. Todos los encuentros en el Reino Unido fueron producto de una simple casualidad y si me trató bien es porque él es un lord inglés y no es del tipo de persona que le hable mal a una dama, así es él, bien chapado a la antigua. Llegamos al lugar y sólo se limita a abrirme la puerta del auto. —Andá entrando, Emma, que yo tengo cosas que hacer— dice y es entonces que me queda absolutamente claro que “no quiere nada”. El lugar está repleto de gente. Hay un ruido apabullante que me perfora los tímpanos, el aire está totalmente viciado por el humo. Corre el alcohol por doquier. Me

siento mareada y sola. Las luces son estridentes y la música es espantosa. Claro que si Luna estuviera aquí, disfrutaría como loca, es su ambiente. Pero a mi no me gustan las fiestas, no me gusta la noche y todavía encima Uriel no me dio ni la hora.

—Emma. —Esa voz yo la conozco. Y me meto dentro de la horrible pesadilla de la iglesia abandonada. ¿Gabo? ¿Quién es Gabo? Según Sergio Alcántara, él no es peligroso, pero yo ya no estoy segura de nada. Y aquí, en medio de tanta gente... Y peor aún, con Cleo en la vuelta... —Hola —respondo. Es entonces que lo miro. Alto, rubio y musculoso. Claro que lo recuerdo. Hoy no tiene la remera negra, aquella que dejaba ver su brazo tatuado con una calavera, sino una camisa blanca. —Perdón, Emma. —suelta con pesadumbre. No sé qué responder. Si Gabo hizo lo que hizo obligado por las circunstancias, “perdón” es muy poco para el calvario que viví. Como si me adivinara el pensamiento sigue hablando:

—Emma, yo no soy así.

—¿Así cómo?

—No me humilles más, por favor.

—¿Yo soy la que te humilla?

—No, claro, por supuesto que no, perdoname. No sé con qué cara mirarte a los ojos.

—Yo confié en vos...

—Lo sé...

—Y vos abusaste de mi confianza. Te reíste de ella.

—No es lo que pensás.

—¡Típica frase que no dice nada!

—Cierto, Emma, estoy subestimando tu inteligencia.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué hiciste lo que hiciste?

—No tuve opción...

—Siempre hay opciones.

—No tuve opción. Vos sos la última persona del mundo a la que querría hacer daño.

—No parece.

—Pero es así.

—¡Ya no puedo mirarte a la cara, Gabo!

—No me digas eso... por favor...

—¿Cómo puedo mirarte a la cara si sólo veo Liverpool, una sombra que me sigue en la calle, alguien que me violenta, alguien que me maltrata?

—¡Yo te amo, Emma!

—¡Curiosa forma de amar la tuya!

—Nunca quise hacer lo que hice.

—Pero lo hiciste.

—Entiendo que me odies, me lo merezco. Merezco todo lo que me pasa. Porque sé que mi amor no es correspondido.

—Maldigo la hora en que te confié mis sentimientos. No te conocía, no tenías cara, Gabo, y yo te abrí mi corazón. De todos modos, la persona que amo no me corresponde, así que compartimos al menos ese sentimiento, amar y no ser correspondidos, y eso es espantoso. Estamos unidos por el espanto. Igual que antes.

—No me digas eso, yo no estoy unido a vos por el espanto, Emma, aunque vos lo veas así, y tenés toda la razón, yo sólo te quiero proteger... cuidar.../

—¿Qué hacés acá, chirusa de mierda? —Cleo está totalmente sacada. —¿Querés robarme a mi novio? ¡Maldita! —giro la cabeza y Cleo tiene un revólver en la mano.

—Mi amor, bajá el arma —es la voz de Uriel. ¿Mi amor le dice aún cuando la maldita me está apuntando? Desgraciado.

—¡No! ¡Nadie toca lo que es mío! —dice la lunática.

—Mi amor... Emma no significa nada para mi —Como duele lo que acabo de oír. —¿Si nos vamos a casar, mi vida? ¿Cómo creés que puedo mirar a otra si quiero que estés en mi vida hasta que la muerte nos separe?

—¡Y por qué está Emma aquí! ¡Te odio Emma! ¡Te odio! ¿Y sabés por qué te odio? Porque te hacés la mosquita muerta pero mirate. ¡La foto que mi estudio tomó está premiada y vos estás ahí! ¡Desgraciada! ¡Querés ser una modelo y no sabés cómo se camina! ¡Pero toda la prensa está sobre vos, maldita!

—Mi amor, no te pongas así, Emma no vale la pena, la foto ganó el premio pero es sólo eso, Emma jamás va a ser una modelo. No tiene gracia ninguna.

Cleo se calma y deja el revólver. Uriel la abraza y la besa. Me siento una reverenda estúpida, tan humillada estoy que el peligro del arma en manos de una desquiciada no me hizo mella alguna. Uriel se estuvo riendo todo el tiempo

de mi, me siento una cucaracha aplastada. Gabo dice estar enamorado de mi. ¿Por qué no me enamoré de Gabo? Si es tan bombón como Uriel, cómo quisiera elegir de quién enamorarme, si Gabo es perfecto para mí... y dejo los pensamientos negativos para con él para quedarme con los otros, Gabo era el amigo que siempre estaba cuando más lo necesitaba, Gabo me daba paz... Paz... cuánto necesito estar en paz...

Abro los ojos. Intento moverme y se me clavan mil agujas en los huesos. ¿Por qué siento tanto dolor? Estoy perdida en la más absoluta de las noches, sólo hay oscuridad en mi mente. Me llevo la mano a la frente pero no puedo tocarme: tengo una gran venda. La desesperación comienza a apoderarse de mi. ¿Estoy secuestrada? ¿Vine aquí por la fuerza? Poco a poco imágenes tenues comienzan a dibujarse en mi memoria. La fiesta. Los excesos. Cleo. El arma. Uriel. Sus palabras tan crueles. Gabo. Sus palabras amables. ¿Dónde están todos? Oigo pasos.

—¿Despertó! —grita alguien. ¿Desperté? ¿Estuve dormida? No recuerdo absolutamente nada.

—¿Qué día es hoy? —es lo primero que se me ocurre preguntar.

—Hola Emma, soy Valeria. Bienvenida.

—¿Valeria?

—Emma, estás en el hospital. No puedo creer que te hayas despertado. — Valeria viste de blanco. —Estuve todo el tiempo a tu lado, soy tu enfermera de cabecera.

—¿Hospital? ¿Despertar?

—Ahora tenés que descansar...estuviste en coma.

—¿En coma?

—Dos meses.

—¿Qué me pasó?

—Recibiste un disparo en la cabeza.

—Ayer estuve en una fiesta...

—Ayer no, Emma, hace dos meses.

Sergio Alcántara entra en la habitación.

—¿Emma! Yo sabía que ibas a despertar...

—¿Recibí un disparo?

—Cleopatra Peña...

—¿Cleo?

—Está recluida en una institución psiquiátrica en Argentina.  
—Ahora recuerdo... Cleo tenía un revólver, me apuntó pero luego desistió...  
—Esa noche montamos el operativo, ¿te acordás, Emma? ¿Te acordás de la fiesta?  
—Tengo imágenes difusas.  
—Cayeron todos. Alcides Peña está preso y toda su red de tráfico de personas acabó.  
—¿Tráfico de personas?  
—La agencia era la cara visible de una red de prostitución que hace años veníamos investigando, y cayeron todos.  
—Ahora recuerdo... yo soy el eslabón para llegar...  
—Nunca debimos ir tan lejos. Estuviste al borde de la muerte. Pero sos muy fuerte, Emma.  
—¿Uriel? ¿Él cayó también?  
—No me corresponde a mi decirte eso... hay alguien afuera que vino a verte...

La puerta se abre. Uriel. ¿Uriel? ¿Qué hace aquí? —Los dejo solos para que conversen —dice Sergio Alcántara y sale de la habitación.

—¿Emma! ¡No puedo creer que hayas despertado! Anoche cuando me fui/  
—¿Anoche?  
—Estuve aquí todos los días. Te hablaba para que me escucharas. Pero no respondías. De todos modos todos los días te hablaba porque... ¿qué iba a ser de mi si no despertabas?  
—No entiendo... dijiste que no valgo la pena.  
—No podía hacer otra cosa... era parte del plan...  
—¿De qué hablás, Uriel?  
—Había que desmontar la red de Peña, y cada uno de nosotros tuvo un papel en la investigación, el mío fue... bueno... ahora supongo que lo entendés.  
—¿Decís que no te importaba Cleo?  
—Emma, me conocés, ¿verdad?  
—No lo sé, Uri... la verdad es que no tengo la menor idea de quién sos. ¿El corredor ofuscado porque lo choqué por accidente en la playa que se burló de mí? ¿El de la banda de rock? ¿El fotógrafo profesional? ¿Por qué fuiste a Inglaterra?



—Fui a Inglaterra porque ibas vos.

—No es cierto.

—Por supuesto que sí. Cuando Cleo se enteró quiso venir conmigo. ¿Qué podía hacer? No podía decirle que no, estábamos en plena investigación. ¿Ya te olvidaste que estuve contigo en Irlanda? ¿En Inglaterra? Porque yo no me olvidé, Emma.

—No sé qué decir...

—Yo sí tengo algo para decir, y creo que este es el momento más apropiado. Te amo, Emma. Sos el amor de mi vida. Soy yo, Uriel, el que se parece a Jamie Fraser, soy yo, Emma, el chico que salió de la pantalla de tu película para volverse real. Ahora recuperate y descansá... mi amor.

*Un mes después.*

Verte Bien.

Para verte bien no tenés que medir 90-60-90, esta es una idea incisiva que lleva a muchas mujeres a la desesperanza. Es que todas las modelos de pasarela son unas flacas escuálidas, no entiendo todavía por qué los diseñadores de moda las siguen eligiendo así.

Para verte bien no necesitás usar ropa cara, ni de marca, podés tener la ropa más cara del mundo y de todos modos, verte ridícula.

Para verte bien no necesitás tener mucha ropa, no necesitás un armario como el de Wanda Nara, eso es simplemente un exceso.

Lo que intento decirte es que verte bien es mucho más accesible de lo que creés, lo que sucede es que nadie te lo dice. Te preguntarás por qué. Y te responderé: Nadie te dirá que no necesitás mucha ropa porque la industria de la moda se alimenta de consumidoras contumaces. Por eso año tras año “se usan cosas distintas”. Eso hace que las mujeres sientan que la ropa del año anterior está demodé, la descarten y salgan corriendo a buscar lo “que se usa”. ¿Cómo, sino, se genera la necesidad de tener ropa nueva cuando una mujer tiene ropa en perfecto estado? Y de esa necesidad que se hace adicción, es que

“comen” en la industria de la moda. Pero sucede que aún estando “con lo último”, existen muchas mujeres que se equivocan a la hora de vestirse y no se ven bien.

Nadie te dirá que podés verte bien sin ser una flaca esquelética. ¿Para qué te van a decir eso? Los gimnasios, los *personal trainer*, e *ainda mais* se quedarían sin clientela. Por eso las mujeres se vuelven obsesivas con su peso, con su cuerpo, pasan el día entero haciendo dietas y ejercicio, pero siguen insatisfechas de su aspecto. Eso en el mejor de los casos. Y en el peor, esa obsesión deviene en trastornos alimenticios como la bulimia y la anorexia. Muchas de las súper modelos famosas la han padecido, ha vivido bajo presión y su vida se ha vuelto un calvario, y algunas han terminado muertas.

Verte bien tiene que ver con cuestiones básicas, y vos podés verte bien. No importa tu dinero ni tu físico. Vos podés.

Pero...

Pero para verte bien de verdad, esas cuestiones son banales.

Para verte bien de verdad tenés que encontrar al amor de tu vida. Porque cuando te enamoras, se te nota en todos los poros de la piel.

Enamorate sin miedo. No dejes que nadie se ría de tus sueños. No desistas de tus sueños jamás. Porque los sueños siempre se hacen realidad. Sólo tenés que creer en ellos. No le hagas caso a los que te digan que los sueños son para las pantallas de cine.

Enamorate. Tu amor te va a encontrar. Puede que te lleve tiempo, pero no dudes que al fin, él te va a encontrar. Enamorate. Soñá despierta.

Dejate seducir por los paisajes ingleses. No hay nada más hermoso que el verde de la campiña, no importa si llueve. Las piedras inglesas tienen magia. ¿Quién construyó *Stonehenge*? Allí lloró Tess D'Uverville. Los sepulcros

abrazan al mar, las ruinas de una abadía que quizá pisó una campesina consciente de jamás poder acceder a la aristocracia, han sobrevivido. Allí se detuvo Jane Eyre al huir del castillo del señor Rochester, empapada por la lluvia y aterida de frío. Miré el paisaje y me pregunté cuántas personas pisaron aquella tierra, abrazaron esas piedras, lloraron esos muertos. El cielo me lo dijo. También el mar. Las piedras me lo dijeron, ellas hablan.

Ese gris ceniciento de un cielo que anuncia la llovizna. Ese sol, que se cuela entre las nubes. Esa tranquera, parada cual grácil bailarina en medio de la maravillosa pista de baile, como si quisiera mimetizarse con la planicie. Si viviera en otro tiempo, me detendría para sentir el alivio de la opresión del corsé y liberarme de las enaguas que me esculpían la falda, el cuello de encaje y las mangas abullonadas. Estaría harta de esa ropa hecha a medida con telas que se fabricaban en las ciudades del norte de Inglaterra, Escocia e Irlanda. Hubiera preferido ser libre; aunque mi familia no pudiera permitirse tamaño lujo. ¡Cómo habría corrido libre por el campo! Aunque esa conducta no fuera propia de una hija de la nobleza. Hubiera caminado descalza sobre la arena y mojado mi falda ajada en el mar, sin ser impedimento la llovizna para que pudiera meterme en el lodo.

Así es, yo me enamoré de un príncipe inglés de una pantalla de cine. Yo me enamoré de Jamie Fraser. Y Jamie Fraser vino a mí, se salió de la pantalla, y vino de las tierras altas a Montevideo. Me encontró en la rambla corriendo y yo lo choqué. Así me encontró. Con dolor. Con amor.

Yo me veo bien... porque estoy enamorada.

—FIN—